

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES

el cáرابo



7

OCTUBRE 1977

BETTELHEIM - LINHART

En defensa del Marxismo y el Leninismo

**Las salidas a la crisis: del gobierno de concentración
a la unidad de las fuerzas populares**

Universidad vasca: algunos problemas



el carabo

EDITORIAL

Ha transcurrido un año desde que EL CARABO salió por primera vez a la calle. Desde entonces, a lo largo de este período hemos procurado plasmar en los seis números publicados el compromiso que con nuestro primer editorial adquirimos frente a nuestros lectores. En él expresamos nuestro propósito de ser una revista teórica, de una teoría que aplicando un marxismo creador y crítico hable, en lenguaje claro, de los problemas que condicionen nuestro mundo, sin que la práctica de la polémica enriquecedora nos haga caer en un esterilizador electicismo. Sin incurrir en ningún tipo de triunfalismo ni de autocomplacencia por la labor realizada, creemos sinceramente que hemos cumplido ese propósito y compromiso.

Al iniciar nuestro segundo año de existencia hemos pretendido enriquecer la Revista, tanto en la forma como

7

octubre 1977
SUMARIO

ARTICULOS

EN DEFENSA DEL MARXISMO Y EL LENINISMO	5
LAS SALIDAS A LA CRISIS: DEL GOBIERNO DE CONCENTRACION A LA UNIDAD DE LAS FUERZAS POPULARES	27
AYUNTAMIENTOS DEMOCRATICOS Y ELECCIONES MUNICIPALES	41
LA UNIVERSIDAD VASCA: ALGUNOS PROBLEMAS	55
HUELGA DE PRENSA: LA PRIMERA UNIDAD DE LOS TRABAJADORES	67

NOTAS

NOTAS CRITICAS SOBRE LOS RESULTADOS ELECTORALES	75
---	----

CRITICA 85

LIBROS 89

INFORMACION BIBLIOGRAFICA 93



en el contenido. El cambio de tamaño y de presentación responde al deseo de mejorar los aspectos formales de la publicación, con el fin de hacerla más grata y útil al lector. En cuanto al contenido, iniciamos dos nuevas secciones, con las que pretendemos fomentar la polémica y complementar la sección de recensión de libros respectivamente. Con la primera incitamos a nuestros lectores a que polemiquen abiertamente desde nuestras mismas páginas frente a aquellos trabajos publicados con los que no estén de acuerdo en algún grado. Iniciamos la sección en este número 7 con dos breves críticas a los artículos **Acerca de la revolución científico-técnica** y **El capitalismo monopolista de estado en la URSS**, publicados en los números 4 y 5. Con la segunda salvamos la dificultad de obtener recensiones adecuadas de todos los libros interesantes que van apareciendo en el mercado, con una lista de recomendación de aquellos que nos parezcan más importantes.

No se trata pues de un cambio de orientación en EL CARABO. Sus características iniciales permanecen: plataforma independiente desde la que se pretende utilizar el marxismo como teoría crítica y creadora. Por ello seguimos pidiendo ayuda y cooperación a todos aquellos que, como nosotros, entiendan que hemos cumplido y podemos seguir cumpliendo una función a partir de esos presupuestos. Junto con el número 6 remitimos a nuestros suscriptores una encuesta con el fin de tomar en cuenta su opinión sobre la marcha de EL CARABO. Son muchos los que ya nos han contestado y ello está siendo de gran utilidad. Pero todavía son muchos también los que no lo han hecho. Desde aquí nos permitimos reiterar la importancia de que las contestaciones a la encuesta sean lo

más amplias posibles. Una segunda forma concreta de ayudarnos en estos momentos es contribuyendo a la renovación y ampliación de suscripciones. EL CARABO es ya una revista consolidada y no un mero proyecto. Pero precisamente por sus características esenciales sólo podrá subsistir si todos aquéllos que creen en su utilidad participan de alguna forma en su elaboración y en su divulgación.

La larga serie de atentados fascistas contra la cultura y los medios de información constituye uno de los saldos más tristes de este año dentro de la dolorosa y cruenta salida del franquismo. El atentado a la revista «El Popus» ha sido, hasta el momento de redactar estas líneas, la máxima expresión de esa línea de actuación de las bandas fascistas. Aunque con el retraso derivado de una periodicidad bimestral, no queremos publicar este número 7 sin expresar nuestra completa solidaridad con la huelga protagonizada por nuestros compañeros el día 23 de septiembre como protesta frente al mencionado acto terrorista.

Este número 7 pretende combinar, como ya es habitual en nosotros, el tratamiento y profundización en los problemas claves del marxismo y de sus realizaciones históricas, y una aportación a los problemas inmediatos con los que se enfrenta actualmente la sociedad española. El primer aspecto aparece cubierto con la publicación de un extenso debate sobre el marxismo y el leninismo de Charles Bettelheim y Robert Linhart; el segundo, con los artículos sobre gobierno de concentración, la universidad vasca y movimientos ciudadanos respectivamente. El número se completa con dos notas sobre la pasada huelga de trabajadores de prensa y sobre los resultados electorales del 15 de junio.

REVISTA MENSUAL

MONTHLY REVIEW

"UNA REVISTA PARA COMPRENDER CON CLARIDAD LOS OBJETIVOS Y PROBLEMAS DEL SOCIALISMO" (A. Einstein)

Aún a la venta

Núm. 3-4 (Monográfico Doble) PTAS. 150

ACERCA DE LA TRANSICION SOCIALISTA (I)

* Primera parte: SOBRE LA TEORIA MARXISTA DEL PERIODO DE TRANSICION

* Segunda parte: EL MODELO SOVIETICO

Artículos de P. M. Sweezy, P. Chattopadhyay, B. Chavance, etc.

Núm. 5 (Septiembre 77) PTAS. 75

EL IMPERIALISMO HOY (Simposium de Barcelona, Mayo 77)

Ponencias y Artículos de: P. M. Sweezy, Harry Magdof, André Gunder Frank, J. M. Vidal Villa, Eduardo Galeano y Samir Amin.

Aparecerá próximamente

Núm. 6 (Octubre 77) PTAS. 75

- Opresión Nacional y Lucha de Clases en Euzkadi
- EE.UU. contra los Derechos Humanos en el Tercer Mundo/ Noam Chomsky — E. S. Herman
- Economía Marxista/ P. M. Sweezy
- Marxismo y Cuestión Nacional: El caso de Puerto Rico/ J. Blaut

Redacción y Administración:

Apartado 2760. Barcelona. Tel. 317 13 86

Suscripciones 1 año:

E. Español 800 Ptas.

Extranjero 1200 Ptas.

SAIDA



CADA DOS SEMANAS en su Kiosko una revista que se dirige a los sectores más a la izquierda de los pueblos del Estado español, una revista abiertamente popular, inspirada en criterios revolucionarios, asumiendo una perspectiva netamente federalista...

SAIDA-6

Dossier: LAS AUTONOMIAS QUE EL GOBIERNO NO VA A DAR.

- ★ Los planes del Gobierno.
- ★ La situación en: País Canario, País Valencià, Catalunya, Euzkadi y Galicia.

Informe: Amnesty International. La represión en América Latina.

Entrevista con J. A. Dorronsoro (MC).

Avilés: un Ayuntamiento estilo Suárez.

La crisis de la izquierda abertzale.

SAIDA

En defensa del marxismo y el leninismo.

C. BETTELHEIM Y R. LINHART

(traducción de Mercedes REIG)

En la lucha teórica del período actual ocupan un lugar muy destacado los ataques indiscriminados al marxismo y al leninismo. C. Bettelheim y R. Linhart, en sus últimas obras han planteado, cada uno a su manera, la cuestión del tipo de defensa del marxismo que se debe promover. La revista francesa «Communisme» abrió un debate con los dos teóricos sobre estos temas. («Communisme» n.º 27-28, marzo-junio, 1977).

Comunisme (B.F.). — Para empezar, habría que decir algunas palabras sobre lo que nos dio la idea de esta discusión. Hace más o menos un año, *Communisme* inició un trabajo de reflexión sobre una serie de problemas ligados entre sí: las relaciones de los revolucionarios de los diferentes países con los países socialistas, los orígenes del revisionismo, la cuestión de Stalin... Todos estos problemas se plantean en función de las tareas — particularmente de la lucha teórica en el período actual — teniendo en cuenta los ataques indiscriminados de que son objeto el marxismo y el leninismo. Se da el caso de que el libro de Bettelheim (*La lucha de clases en la URSS* cuyo 2.º tomo acaba de apare-

cer) y el de Linhart (*Lenin, los campesinos Taylor*) plantean, cada uno a su manera, la cuestión del tipo de defensa del marxismo que se debe promover. En nuestra opinión, es un debate político importante. Bettelheim aborda el problema del desarrollo del marxismo de las fuentes de este desarrollo, de las relaciones entre el marxismo ideologías extrañas al marxismo presente en el *marxismo históricamente constituido*. Linhart, por su parte habla de la necesidad de una *defensa crítica* del leninismo de los numerosos ataques de que es objeto, es decir, una defensa que tome el leninismo como *movimiento de contradicciones*.

Bettelheim, en tu capítulo sobre la *formación ideológica bolchevique*, estableces una

distinción entre el marxismo revolucionario y el marxismo históricamente constituido. ¿Podrías explicitar esta distinción que de hecho se orienta hacia la comprensión del desarrollo del marxismo y de los orígenes del revisionismo?

C. Bettelheim.— Quisiera, antes que nada, volver a situar las fórmulas que empleo en el contexto en el que surgen. He llegado a proponer estas formulaciones en el marco de un análisis de conjunto de las transformaciones sociales en la URSS y particularmente al plantearme cuáles fueron las formas específicas de las transformaciones que tuvieron lugar inmediatamente después de la revolución de octubre, en el curso de la NEP y, ulteriormente, con motivo del paso a los planes quinquenales. Así, he llegado a desarrollar algunas observaciones concernientes a las condiciones específicas en las que se desarrolló la lucha por el socialismo en la Unión Soviética por un lado, y en China por otro. Esto nos lleva, no solamente a considerar los caracteres específicos de las dos formaciones sociales, sino también a examinar con relativo detalle las concepciones dominantes en el seno del partido bolchevique.

Intento señalar lo que aparece como una profundización del marxismo y el leninismo en las concepciones defendidas por el partido bolchevique en diferentes momentos, y lo que, por el contrario, aparece como el efecto de ciertos elementos que, tras un análisis, se pueden señalar como ajenos al marxismo, a pesar de constituir un componente real del bolchevismo, y que representa precisamente lo que yo llamo una de las formas del marxismo históricamente constituido.

El término de *marxismo históricamente constituido* designa el resultado, fechado históricamente, de la fusión del movimiento obrero y de la teoría revolucionaria. Dicha fusión no conduce necesariamente a la apropiación de la teoría marxista en su conjunto

por las organizaciones revolucionarias que provienen del marxismo. En cada período histórico, esta fusión da lugar a un sistema ideológico contradictorio en cuyo interior se articulan concepciones del marxismo revolucionario y concepciones ajenas a él. Y es a partir de este sistema ideológico, que se especifica en cada momento, cuando las organizaciones políticas de la clase obrera que se declaran marxistas elaboran las *respuestas* que dan a los problemas que plantea la lucha de clases. Por supuesto, estas *respuestas* vienen determinadas en última instancia por las presiones que ejercen sobre las organizaciones obreras, las diferentes clases sociales, si bien el marxismo históricamente constituido evoluciona en función de la misma lucha de clases.

Las formas específicas de la fusión entre la teoría revolucionaria y el movimiento obrero nos llevan a distinguir entre el marxismo revolucionario —es decir, la teoría cuyas piedras angulares pusieron Marx y Engels y que se ha ido desarrollando desde entonces, enriqueciéndose con las enseñanzas que se extraen de la lucha de clases— y las concepciones que se ata tal o cual organización revolucionaria. Concepciones que no incorporan necesariamente el total de las adquisiciones de la teoría revolucionaria en razón de las condiciones concretas, en las que cada organización de la clase obrera se ha formado y ha podido apropiarse el marxismo.

Así, cada una de las diferentes formas de marxismo históricamente constituido tiene su propia historia. Esta historia se caracteriza a la vez por una cierta continuidad teórica y por unas diferencias. Son estas diferencias las que hay que plantearse, sobre todo a fin de captar lo que en el *marxismo* de una organización concreta corresponde a un desarrollo teórico real y lo que, por el contrario, corresponde a una forma de ocultamiento de los análisis marxista anteriores.

Si consideramos el bolchevismo como una de las formas del *marxismo históricamente*

constituido, podemos constatar —como intento hacer en el tomo 2 de *la lucha de clases en el URSS*— que éste representa una unidad contradictoria en el seno de la cual conviven las aportaciones del marxismo y el leninismo con toda una serie de concepciones ajenas al marxismo. Estas últimas son activas en el bolchevismo de los años 20 y 30, pero su modo de combinarse con las aportaciones del marxismo va modificándose en función de la coyuntura de la lucha de clases.

Concretamente, cuando analizamos el contenido de las discusiones que tuvieron lugar hacia fines de los años 20, constatamos que en el partido bolchevique predomina cada vez más la idea de que el desarrollo del socialismo en la URSS estaría fundamentalmente condicionado por la capacidad del poder soviético, de asegurar un rápido auge de la gran industria y por su capacidad de *mecanizar* la agricultura. En lo que concierne a esta última, vemos que, hacia fines de los años 20, la idea de que la transformación socialista de la agricultura depende ante todo de la voluntad de los propios campesinos, de enrolarse en la vía, de la producción colectiva, se sustituye por una idea muy diferente: la de una *revolución desde arriba* que impondría a los campesinos unas formas colectivas de producción, que permitiesen el empleo de las máquinas. Así, la teoría leninista del apoyo que hay que ofrecer a los campesinos pobres y medios para ayudarlos a introducirse en el camino del socialismo, es reemplazado por una tesis extraña al marxismo, la de una *revolución desde arriba*. Se ha producido una mutación en la formación ideológica bolchevique. Esta mutación se hizo posible por algunas de las características ideológicas del bolchevismo, pero, una vez realizada, conduce a una ruptura con el marxismo revolucionario.

Por supuesto, las transformaciones de la formación ideológica bolchevique se insertan en una coyuntura política particular; en una coyuntura política que se caracteriza, por un lado, por unas relaciones tensas entre el par-

tido y el poder soviético, y por otro, por un importante fraccionamiento dentro del campesinado. No obstante, la ausencia de un análisis concreto de los orígenes de esta tensión y de los puntos débiles de la política campesina, que permitieron que esta tensión se desarrollase, condujeron a dar prioridad no a la acción política e ideológica, sino a los cambios técnicos. Estos pasaron a ser considerados como condición determinante de la transformación de las relaciones sociales, lo que corresponde a la adopción de una tesis *economicista-tecnicista*.

La profundidad de las transformaciones que se operan así en la formación ideológica bolchevique, en tanto que marxismo históricamente constituido, aparece de manera explícita y bajo una forma teórica en el texto de Stalin, *Materialismo dialéctico y materialismo histórico*. En este texto, Stalin adelanta la teoría según la cual las transformaciones sociales vienen determinadas por el tipo de relaciones existentes entre la sociedad y la naturaleza. Este texto plantea el conjunto *sociedad-naturaleza* como constituido por dos realidades ajenas entre sí. La naturaleza es tomada como un *entorno* de la sociedad mientras que la relación de esta última con la naturaleza se plantea bajo la categoría de las fuerzas productivas. Se afirma que el desarrollo de estas fuerzas es el elemento motor de las transformaciones sociales. Desde ese momento, la lucha de clases ya no es el motor de la historia, sino que no es más que algo auxiliar que *ayuda* al desarrollo de las fuerzas productivas, cuando las relaciones de producción existentes se oponen a este desarrollo. Así, este último parece ser el resultado de una especie de *ley del progreso* tomada en el sentido de la ideología burguesa. Sabemos que Oskar Lange volvió a tomar esta idea al hablar de la *ley del desarrollo e progreso de las fuerzas productivas*.

Así, el motor de la historia sería una *dinámica* externa a la lucha de clases. Esta *dinámica* aseguraría un *desarrollo social*. Seme-

te noción de *desarrollo social* constituye uno de los temas tratados en *Materialismo dialéctico y materialismo histórico*. Este tema ambiguo es ajeno al marxismo; plantea la *ciudad* como una especie de realidad en su totalidad fuera de las clases que la constituyen.

Al igual que el marxismo de la socialdemocracia alemana de principios de siglo y de la II Internacional, el bolchevismo representa una forma particular del marxismo históricamente constituido. Esta última pasó por importantes transformaciones en el curso de los treinta años, transformaciones que condujeron al ocultamiento de las tesis fundamentales del marxismo revolucionario, particularmente la de que la lucha de clases, es el motor de la historia de las sociedades divididas en clases. Esta tesis fundamental se sustituyó por otra, la del papel motor del desarrollo de las fuerzas productivas. Igualmente, el concepto de transición socialista que corresponde al proceso de transformación del capitalismo en comunismo, se sustituyó por una noción, sin aval científico, de *modo de producción socialista*.

El análisis que efectuó de la formación ideológica bolchevique en el tomo 2 de *La lucha de clases en la URSS* me lleva a distinguir entre el marxismo históricamente constituido (el que domina un determinado período histórico) y el núcleo científico de las concepciones que se declaran marxistas, núcleo que designo con el término de marxismo revolucionario. Este último es el producto de los análisis teóricos de Marx y Engels y de la profundización y el desarrollo de estos análisis por los que han continuado su obra apoyándose en la experiencia de la lucha de clases y las revoluciones. Al introducir las nociones de *profundización* y de *desarrollo* del marxismo revolucionario, subrayo que éste no se dio de una vez por todas en los textos de los clásicos, en los textos de Marx y de Engels. Como dice Lenin, ellos pusieron las *piedras angulares* del materialismo histórico, pero éste, como toda ciencia, está neces-

sariamente *inacabado*. Así pues, el marxismo revolucionario se transforma, y esta transformación se opera sobre la base de los conocimientos ya producidos que se van enriqueciendo progresivamente y se articulan de manera a ir dando cuenta cada vez mejor de los procesos reales, dando así la posibilidad de actuar sobre el curso de la historia. El desarrollo del marxismo revolucionario conduce a conclusiones nuevas y permite rectificar las formulaciones anteriores. Lo que distingue a semejante enriquecimiento del marxismo es que no funciona como *justificación* del orden existente, sino que constituye un arma que sirve efectivamente a las luchas del proletariado, puesto que guía estas luchas.

La experiencia china nos muestra de modo preciso cómo el desarrollo del marxismo revolucionario efectuado por Lenin (desarrollo que reviste particular importancia en sus últimos escritos) pudo ser utilizado y servir de hecho para la consolidación de la dictadura del proletariado en China. Con esto me refiero sobretodo a lo que Lenin escribió sobre las relaciones que el partido dirigente debe desarrollar con las masas campesinas.

Communisme (B. F.).—Empleas en tu libro el término de *contradicciones internas* en la formación ideológica bolchevique, y dices que esas contradicciones son la fuente del desarrollo del marxismo históricamente constituido, pero que el movimiento de estas contradicciones viene determinado por la lucha de clases. Y sin embargo, el empleo de este término de *contradicción interna* plantea un problema: ¿Qué tipo de contradicción?, ¿son solamente contradicciones internas de un determinado sistema de pensamiento (en cuyo caso corremos el riesgo de caer en el idealismo para el cual todo transcurre en el pensamiento) o bien, son también contradicciones entre el estado de los conocimientos en un momento dado, el resto del marxismo, y la realidad objetiva? ¿Cuál es de hecho el estatuto de este término, *contradicción interna*?

C. Bettelheim. — En efecto, es muy justo preguntarse sobre el estatuto de esta contradicción. De hecho, este término designa varias realidades. Por una parte, están las contradicciones entre el movimiento real y el conocimiento que tenemos de él, ya que el proceso del conocimiento es indefinido y nunca llega a haber una completa adecuación entre el conocimiento y el movimiento real. Es este un tipo de contradicción que se repite siempre al mismo tiempo que se transforma. Pero, por otro lado, están también las formulaciones contradictorias que pueden darse en el marxismo. Estas contradicciones son de por sí, un efecto de la adecuación desigual de las tesis y de los conceptos del marxismo al movimiento real.

Tomemos, por ejemplo, los textos que el mismo Marx escribió en épocas diferentes, o incluso en épocas cercanas entre sí, como los textos del *capital*. Cuando se analizan estos textos, podemos encontrar formulaciones que no concuerdan entre sí, y hay algunas que permiten captar el movimiento real mejor que otras. Por consiguiente, ciertas formulaciones pueden llegar a ser el origen de desarrollo positivos al permitir apropiarse mentalmente la realidad y actuar sobre ella. Y, por el contrario, hay otras formulaciones que son, hablando un lenguaje metafórico, el legado de las formulaciones anteriores y no se justifica por las formas más desarrolladas del pensamiento de Marx.

Así, en *El Capital*, la oposición entre la *dominación formal* y la *dominación real* en las relaciones de producción, es un tema indudablemente dominante. Esta oposición permite demostrar que son las transformaciones de las relaciones de producción las que constituyen el marco en cuyo interior se desarrollan y se van caracterizando las fuerzas productivas. No obstante, a pesar del papel dominante que *El Capital* concede a la naturaleza de las relaciones de producción, relaciones que determinan las de las fuerzas productivas que se desenvuelven en su seno, encontramos en

esta misma obra, aunque esporádicamente, fórmulas diferentes que sugieren que sería precisamente las transformaciones técnicas las que determinarían las transformaciones sociales.

Así que encontramos en Marx formulaciones que no concuerdan entre sí, que están en contradicción. Algunas de estas formulaciones servirán justamente para un ulterior desarrollo del marxismo; otras, por el contrario, podrán ser aisladas y utilizadas para justificar algo muy diferente: una concepción completamente esclerotizada del *marxismo* incapaz de enriquecerse realmente.

Comunisme (H. C.). — ¿Dónde empieza que es el cuerpo científico del marxismo hasta dónde llega la teoría científica? ¿Cuáles son las relaciones entre el aparato teórico y la formación ideológica bolchevique, por llamarla de alguna forma? Quisiera ilustrar lo que digo tomando el ejemplo del *Capital* de Marx. ¿Acaso no nos da la prueba de la posibilidad de un desarrollo relativamente autónomo de la teoría científica, con respecto a la lucha de clases real? Si consideramos la teoría de la plusvalía y de la fuerza de trabajo como los elementos concretos de la vida real, la explotación del trabajo por parte del capital existió en 1844 tanto como en 1867. Y sin embargo, ¿necesitó un prolongado trabajo científico para que esta teoría se produjera... Pasemos por esto el hecho de que esta teoría de la plusvalía es crucial, que no podemos ignorarla en ningún caso y que es necesario defenderla y aplicarla. En todo caso, ya no necesitamos *descubrirla*. Pienso que sin esos veinte años de trabajo científico, de análisis y de estudio histórico de la realidad y de las leyes de modo de producción capitalista al mismo tiempo que de las teorías burguesas, Marx no habría llegado a descubrir esa teoría. Pero también, que sólo la descubrió porque buscaba, porque tenía la pretensión de armar al proletariado con una economía — la llamada *economía política del proletariado* — es deci-

porque *había partido* de una posición de clase y era precisamente esta posición de clase la que le orientaba en su trabajo teórico. Y podríamos encontrar otros ejemplos.

C. Bettelheim. — La pregunta saca a la luz un problema real e importante que retoma en parte las cuestiones que hemos evocado al principio de esta discusión.

La misma historia del marxismo y el leninismo nos obliga a reconocer que existen contradicciones internas en el mismo seno del pensamiento marxista. La existencia de estas contradicciones nos abre un campo de trabajo de crítica, de autocrítica y de rectificación. Ciertamente este trabajo nos lo imponen las exigencias de la lucha de clases, pero esto no quiere decir que se desarrolle solamente como un eco o paralelamente a las nuevas experiencias de lucha. También puede basarse sobre la reflexión crítica de las luchas anteriores, incluyendo la de la lucha ideológica de clases, que nos han podido mostrar cómo tal formulación o tal otra abría una vía a algunas concepciones ajenas a las exigencias de la lucha del proletariado.

El ejemplo propuesto, que se refiere al paso de la noción de *valor del trabajo* al concepto de *valor de la fuerza de trabajo* me parece excelente. Este ejemplo nos pone en presencia de un desarrollo que el propio Marx opera rectificando algunos de sus primeros textos. Este desarrollo del pensamiento de Marx no es el resultado de importantes acontecimientos que se hubieran podido producir a nivel de enfrentamientos sociales. Resulta, más bien, de la crítica que Marx efectúa de las concepciones económicas burguesas, de sus críticas al pensamiento de Adam Smith y de Ricardo, críticas que no persiguen un *fin intelectual*, sino ayudar a la clase obrera a orientar mejor su lucha, a sobrepasar el mundo de las apariencias inmediatas, captando así la conexión interna de las relaciones sociales.

Decir que el marxismo en tal etapa en su desarrollo, conlleva contradicciones internas

es decir al mismo tiempo que algunas de las formulaciones marxistas dan cuenta del movimiento real, mientras que otras no lo hacen. En otros términos, todo esto nos lleva a reconocer que ciertas formulaciones están en contradicción con el movimiento real. Según las condiciones concretas de la lucha de clases, el desarrollo del marxismo resulta, o bien de la toma en cuenta de sus propias contradicciones internas, o bien de las contradicciones que oponen al conocimiento marxista históricamente constituido con el proceso histórico real. Es por esto por lo que los mayores progresos del marxismo aparecen generalmente ligados al surgimiento de nuevas experiencias históricas en el campo de la lucha de clases.

Así, el desarrollo del marxismo tiene dos aspectos. Uno aparece ligado a la profundización interna y a la rectificación del sistema conceptual; este aspecto está principalmente dirigido por la lucha ideológica de clases. El otro aspecto se une a las luchas llevadas directamente por la clase obrera, luchas cuya salida obliga a tal rectificación o tal otra precisión. El ejemplo más significativo de semejante desarrollo lo constituyen los textos que Marx consagró a la Comuna de París. Estos dos aspectos del desarrollo del marxismo son complementarios. Según la coyuntura política e ideológica, el primero o el segundo aspecto tendrá un papel dominante en el proceso efectivo del desarrollo del marxismo.

Communisme (B.F.). — Volvamos un poco atrás. Linhart, ¿qué entiendes tú por la definición del pensamiento de Lenin como *movimiento de contradicciones*? Has escrito que el pensamiento de Lenin es un pensamiento dialéctico. Así que también hablas de contradicciones pero no parece que éstas ocupen el mismo lugar.

R. Linhart. — La cuestión de hace un momento es muy oportuna para profundizar en esto: ¿se trata de un sistema de contradicciones

nes internas o se trata más bien de un pensamiento que, en lucha consigo mismo, busca su propia coherencia siguiendo los criterios científicos, o un cientifismo, que él mismo se otorga?; ¿se trata de un pensamiento que está en contradicción y en lucha porque está en lucha con lo real y porque lo real es de por sí un sistema de contradicciones?

Communisme (B.F.). — Has escrito que el pensamiento de Lenin está en lucha consigo mismo y con lo real, luego hay dos aspectos.

R. Linhart. — Hay dos aspectos. Creo que hay uno que es determinante y otro que es determinado: el pensamiento de Lenin está en lucha consigo mismo porque está en lucha con lo real. Se elabora en esta lucha con lo real porque no existe una situación ideal: todas las situaciones, por definición, aparecen *en bloque* y si hay un cierto número de cosas que hacer y que pensar en el interior de un sistema dado de determinaciones históricas, es siempre dentro de sus límites.

Tomemos el sistema de pensamiento de los marxistas y de Marx en tiempos de Marx, en tiempo del *Capital*, de la I Internacional, de la lucha sindical en Alemania e Inglaterra en el siglo XIX; tomemos el bolchevismo del tiempo de Lenin en Rusia, o tomemos el pensamiento de Mao Tsé-Tung en la China de la Revolución cultural: son siempre sistemas de pensamiento que están históricamente determinados y delimitados. La única continuidad que podemos encontrarles es la posición de clase, es el hecho de que el materialismo histórico que ellos fundaron y desarrollaron es el arma teórica e ideológica de que se sirvió el proletariado. Históricamente es cierto. Pero eso es todo. Por lo demás, creo que saltar de un texto a otro y de una época a otra no tiene ningún sentido: Marx no ponía en las palabras *fuerzas productivas, técnica, relaciones de producción, Estado, proletariado o burguesía*, el mismo contenido que Lenin, Stalin o Mao Tsé-Tung. Hay que explicitarlo a cada ocasión. Y lo que tienen en común es menos importante que la diferencia.



Vuestra pregunta del principio me parece muy justa: el marxismo es atacado ¿cómo defenderlo? El único marxismo que vale es el marxismo concreto que lucha y sirve a la revolución.

Es por esto por lo que la lucha *para la defensa de los conceptos marxistas* es, en el último término, ridícula cuando pretenden guardarse de toda inserción concreta. La experiencia nos enseña que no hay un solo concepto marxista que la burguesía no pueda utilizar. Y el proletariado puede acoger muchas nociones cuyo vehículo inicial ha sido la burguesía. En eso también, lo único que podemos hacer es explicitarlas.

Tomemos un ejemplo actual que me parece revelador: el concepto de *dictadura del proletariado*.

Si imaginamos el marxismo como una especie de sistema concéntrico, con un núcleo universal y círculos contingentes, es evidente que en el núcleo central se situará la dictadura del proletariado. No hace falta citar a los grandes clásicos; me parece que es algo suficientemente sólido.

Y naturalmente, cuando en la primavera pasada Marchais abandonó oficialmente el término de dictadura del proletariado, algunos enarbolaron la bandera de la rebelión y dijeron: ya está, eso es renegar del marxismo. Efectivamente, todo esto podía dar la impresión de ser un combate relativamente claro: un partido comunista abandona una cosa que se definía como un partido marxista en provecho de algo que le define como partido revisionista. Pero para cualquiera que examine las cosas desde un punto de vista concreto es un debate falso. El partido comunista es un partido revisionista desde hace mucho tiempo, se revista o no del concepto de dictadura del proletariado, de la misma manera que el partido comunista que gobierna hoy en Hungría no es un partido comunista por mucho que reivindique la dictadura del proletariado.

Pero vayamos más lejos: este falso debate enmascara otro verdadero y esencial en Francia para todos los que buscan un marxismo vivo. Algo pasó el año pasado en las organizaciones revisionistas como se puede ver, y no en sus estatutos, sino en las dificultades que aparecieron con la Unión Soviética. Por este lado, desde luego, pasó toda una serie de cosas cuya medida y cuyo alcance es preciso medir. ¿Hay en este momento contradicciones entre los revisionistas de Europa occidental y los que están en el poder en la URSS y el Comecón?, ¿van a seguir desarrollándose?, ¿corresponden a diferencias de intereses entre la base social de los movimientos revisionistas occidentales y las clases poseedoras que están en el poder en el Este?, ¿hacia qué forma de sociedad —de capitalismo de Estado— tienden las fuerzas sociales que sostienen el revisionismo occidental?, y por último, ¿pueden entrar en conflicto con el imperialismo soviético? Estas son algunas de las cuestiones que hoy se plantean a los que quieren hacer del marxismo un arma de lucha en Francia. El problema no es el hecho de que el término *dictadura del proletariado* desaparezca de los estatutos del PC: lo que

cuenta es saber si los PC occidentales van a dejar de ser agentes de la penetración soviética para convertirse en fuerzas políticas de otro tipo. Lo que, por supuesto, no quiere decir que se convertirían así en partidos marxistas y proletarios. Si tuviese que intervenir un proceso semejante de constitución de un sistema revisionista occidental en ruptura con la URSS, sería realmente algo muy importante. Y en último término, es mejor que abandonen la palabra dictadura del proletariado; más vale un revisionismo abierto, en movimiento, susceptible de crisis y transformaciones que un revisionismo disimulado bajo los principios formales del marxismo que provocaría un estancamiento desde el punto de vista ideológico de las masas a las que engañaría e inmovilizaría. Frente al revisionismo, lo que necesitamos no son las eternas citas de Lenin (es demasiado fácil contestar que el mundo de 1977 no es el de 1917 y que hay que tener en cuenta los sesenta años de experiencia que han intervenido), sino un análisis de clase del revisionismo moderno. Sólo tiene alguna utilidad en este caso el análisis concreto de una situación concreta. Es por esto por lo que se hace indispensable pensar en la ideología —incluyendo la nuestra— en movimiento.

Es en este sentido en el que en *Lenin, los campesinos*, Taylor adelantó la noción de *formación ideológica* para definir el bolchevismo. Decía que trataba el leninismo bajo este ángulo para iniciar el análisis de la formación ideológica bolchevique, es decir, de un sistema de pensamiento determinado que apareció en una determinada lucha de clases y en una situación con sus propios límites. Que nosotros sepamos, las teorías, los sistemas ideológicos, son siempre el producto de las fuerzas sociales, de sistemas de pensamiento históricamente constituidos. Los intelectuales ingleses o alemanes del siglo XIX no son producto del mismo sistema de determinaciones que los intelectuales rusos de principios del XX, que los intelectuales chinos, y

que todos los demás... Lo cual no quiere decir que en cada momento no se alcance algo universal, pero ese algo no existe más que en lo particular y no tiene significación más que en lo particular.

Si volvemos al problema de la lucha en torno al marxismo, están las formas más evidentes del reniego tal como aparecieron hace ya algunos años: la ideología del deseo o la ideología anticomunista construida sobre el pretendido descubrimiento de los campos de concentración soviéticos (y digo pretendido descubrimiento porque la gente de mi generación ya contaba con ellos cuando empezó a hacer política; de hecho, a principios de los años sesenta el sistema represivo soviético ya no era un secreto para nadie). Estas caídas ideológicas por oleadas son evidentemente las más espectaculares, pero la ideología burguesa tiene otras formas de asedio al marxismo. Creo que la defensa dogmática del marxismo es también una forma de hundir al marxismo. Esta defensa dogmática del marxismo no interviene en las luchas ideológicas concretas, no permite comprender las transformaciones concretas que se operan en la ideología y en la sociedad, y va haciendo poco a poco del marxismo un sistema de pensamiento repetitivo y cada vez menos utilizado. Y encima, es poco resistente a los enfrentamientos. En la actualidad tenemos un buen ejemplo: estamos asistiendo a una nueva ola de antimarxismo a propósito de China, y eso por lo menos nos debería incitar a reflexionar sobre el problema de la defensa del marxismo y de lo que es realmente el marxismo revolucionario. Lo que más me choca de toda esta historia es que asistimos a una especie de desfundamiento del maoísmo europeo, es decir, de un sistema de pensamiento en el que creíamos que estaban resueltos todos los problemas —las relaciones entre dirigentes y dirigidos, entre obreros y campesinos, entre la pequeña y la gran empresa, etc.— en fin, que habíamos llegado a la Verdad con V mayúscula. Así, se ha ido

construyendo todo un rousseauianismo ingenuo a partir de la simplificación del maoísmo, del que se ha ido haciendo una especie de ideología con cuyas normas podríamos juzgar a Stalin, a Lenin, a Marx... Pero si estudiamos un poco el caso de China, vemos que esto no corresponde a la realidad. Por lo demás, esta imagen tiende a desvanecerse en las luchas políticas y las luchas de clases que se manifiestan en China. Para cualquiera que se atenga a un punto de vista materialista histórico, esto no es una revelación, puesto que no existe un modelo fijo: toda sociedad no es más que el resultado de fuerzas de clases contradictorias, y precisamente en el caso de China no parece que se haya llegado a la estabilización. Pero para los que adoptan un punto de vista idealista (un sistema de referencias normativo en el que los criterios de bien y de mal se aseguran de una vez por todas), es, evidentemente, la caída de un sueño. China, al fin y al cabo, es una sociedad como las demás... Estos son los que esperan poder aprender cosas espectaculares, ¡cuando lo único que tienen de espectacular es haber puesto de nuevo el espíritu crítico a la orden del día! Tomemos la agricultura: al parecer, uno de los grandes problemas de hoy de la economía china es el estancamiento de la agricultura. Y parece ser que una de las decisiones que se tomaron a partir de 1974 para luchar contra ese estancamiento fue la de modificar la política referente a los abonos, cuyo tipo de producción no permitía una renovación suficiente de unos terrenos explotados con demasiada intensidad; así que se decidió no atenerse más a la política de las pequeñas y medianas fábricas de abonos y completar el dispositivo desarrollando una gran industria química que pudiera servir de base a una producción más sofisticada de fertilizantes. En sí —me apresuro a decirlo— un hecho semejante no tiene significación; habría que situarlo en el conjunto y yo casi lo desconozco. Puede ser una decisión justa o una decisión falsa. Quiz

vorece a tal fuerza social en detrimento de la otra... En mi opinión, no podemos apreciarla si no es en un análisis global de la estructura social china. Y sin embargo, para una cierta representación idealista, se la considerará como un giro catastrófico: habrá que extraer grandes cantidades de fosfato, de amoníaco, habrá que importar tecnologías extranjeras (cosa que los chinos ya han empezado a hacer), etc. Todo ello, intrínsecamente malo. Lo que podríamos contestar que los chinos no importan las fábricas llave en mano, como otros países que las examinan en todos sus aspectos, que todos los puestos son sometidos de nuevo a examen, etc. En una palabra, que no escaparemos de un análisis complejo en el que se manejan otras determinaciones distintas al blanco o negro. Dicho de otra forma, estoy convencido desde hace varios años de que no se conoce toda una parte de la realidad china por la sencilla razón de que los medios de propaganda —que nos transmiten una imagen determinada— son objeto de luchas políticas y de intensas luchas ideológicas entre grupos que van cambiando —como ha quedado bien claro— y que dan de sí mismos, cuando dominan la información, una imagen determinada. De manera que una posición marxista, para no hundirse en cada cambio de análisis, de propaganda o de relaciones entre las fuerzas políticas, debe atenerse a un cierto número de principios básicos y conservar un espíritu crítico al analizar una formación ideológica determinada en relación con la realidad... Lo que hoy se está hundiendo no es ni el marxismo ni la función histórica de China y del pensamiento Mao Tsé-Tung, es el idealismo histórico: un peso que nos quitamos de encima. Desgraciadamente es previsible que tome otras formas...

Communisme (C.R.). —Podríamos volver sobre la idea de la distinción entre marxismo y bolchevismo como sistemas limitados históricamente y entre los cuales sería más importante la diferencia que lo que tienen en co-

mún. Hay en todo eso un peligro: el de no considerar más que sistemas histórica y geográficamente determinados que no estarían relacionados entre sí, con el agravante de la imposibilidad en que se hallarían las personas situadas en el interior de estos sistemas de formular un juicio o una apreciación sobre lo que pasa en los otros.

R. Linhart. —Lo que dices es caricaturesco. Hay una unidad de conjunto: la posición de clase, la posición proletaria, es lo que hace que el marxismo, el materialismo histórico, cuando penetra en las masas, se convierta en una arma del proletariado y sea la unidad de todo esto. Una vez dicho esto, lo que hoy me parece de una importancia más vital que nunca es el hecho de tomar conciencia de que esta unidad no se define nunca en los textos. Tomemos un ejemplo actual. Es de todos conocido que muchos marxistas franceses consideraban excelentes los textos de los que ahora se llaman en China «los cuatro de Shanghai». Muy bien. Pero, ¿cuál es el problema para apreciar la línea de los «cuatro». El problema está en saber cuál era su práctica real, qué relaciones tenían con las masas y qué consecuencias efectivas tenía su línea política para las diferentes fuerzas sociales en movimiento en China en conjunto. Es el único problema real.

Communisme (H.C.). —¿Cómo se puede hacer lucha ideológica entre marxistas? Cuando utilizamos los textos y las tesis de tal época o tal otra, es para cribar las posiciones de ésta o del de más allá. No nos ponemos a leer los textos marxistas por el placer de leerlos, ni hacer historia por hacer historia; vamos más bien a tomar postura en función de los problemas que se plantean hoy. Es decir, que utilizamos hoy los descubrimientos de ayer. En este sentido, la lucha ideológica entre marxistas es una lucha de clases. Hoy es indispensable, por ejemplo saber dónde se sitúa la ruptura entre Lenin y Stalin, así que será indispensable hacer un análisis materia-

lista de la lucha de clases en la URSS que nos permita decir: el corte entre Lenin y Stalin se sitúa aquí. No se trata de conformarse con hacer una exégesis de los textos, sino de apuntar que tal texto, que corresponde a tal coyuntura, por su abandono de ciertos datos o de cierta posición de clase del marxismo, nos indica que es el resultado de una lucha de clases y que, a nivel de teoría, el proletariado no llevaba la voz cantante. Entonces estaremos en condiciones de poder decir que en esa situación concreta, en el marco de la *formación ideológica bolchevique* en un momento determinado, tal línea política o tal posición avanzada por Stalin representaba la posición de la burguesía. En este sentido, lo que hace Bettelheim es muy útil. Llega un momento en que esta formación ideológica bolchevique se transforma en su contrario y en el que es la burguesía la que lleva la voz cantante. Esta victoria de la burguesía es el resultado de una lucha de clases que comprende el nivel teórico y el ideológico. Esto sólo se puede entender haciendo referencia a un núcleo revolucionario marxista, a un cierto *bagage*.

R. Linhart.—Uno de los objetivos de mi libro (sobre todo del capítulo sobre Gorki) era buscar las raíces del odio anticampesino que existía en el partido bolchevique y en la intelectualidad socialista rusa, y la lucha que intentó Lenin contra aquella ideología anticampesina que portaba la pequeña burguesía intelectual y urbana con la que había tenido que aliarse. Para comprender todo esto es preciso remontarse a mucho antes de la revolución, hasta el fracaso del populismo e incluso hasta las relaciones entre las clases sociales del conjunto de la Rusia zarista y la formación del Estado ruso... En todos los casos consiste en algo que fue cristalizando a continuación y llegó a tomar una forma extremadamente violenta y feroz en los tiempos de Stalin.

La pregunta que planteas —cómo toma forma la teoría que se encarnaría en Stalin— es a mi modo de ver una cuestión fundamental. Pero es una pregunta a la que en absoluto podemos responder tomando los textos de Stalin —que por otra parte se nos presentan generalmente mutilados— y buscando una coherencia interna, buscando el momento en el que se aparta del punto de vista de Lenin o el momento en que alguna de sus formulaciones es diferente a las de Marx, etc. Lo que sigue siendo la cuestión fundamental, a mi parecer, en la apreciación de Stalin, puede resumirse de la siguiente manera: en la Rusia de los años veinte y treinta y los siguientes hubo un sistema de contradicciones concretas entre unas fuerzas de clase en movimiento; ¿Stalin representó principalmente el aspecto burgués o el aspecto proletario en este sistema de contradicciones? En 1929, Stalin no discutía ni con Mao, ni con los *cuatro*, ni con los ecologistas... Discutía con Bujarin, Trotsky, Zinoviev... Había entonces un sistema de corrientes establecidas, de contradicciones sobre el problema campesino, la política industrial, la cuestión del terrorismo, etc., y todo esto, dentro de un horizonte que es el de una época que hemos superado con mucho desde entonces.

Incluso gente que entre sí estaba en completa oposición, estaban completamente de acuerdo sobre cosas que hoy nos parecen totalmente impugnables. Tomemos la *oposición obrera* de la Kollontai y los textos de 1920-21; todos sabemos que ella se manifestaba en contra de la burocratización y de la excesiva protección de la clase obrera por parte del partido y el Estado. Luego representaba, al parecer, una corriente que habría puesto a la iniciativa obrera por delante de cualquier otra cosa más autoritaria, más organizada. Pero veamos qué dice la Kollontai sobre la técnica: tiene exactamente la misma concepción de la técnica que Lenin y hace afirmaciones totalmente análogas sobre el papel de los especialistas, sobre la gran industria

ya marcha debe ser como un mecanismo de relojería, etc. Evidentemente, hoy no es fácil afirmar retrospectivamente que habría sido necesario renunciar a aplicar la iniciativa técnica de las masas. Todo lo que podemos decir es que en aquella época no había aparecido todavía ese punto de vista; no se había dado en ninguna de las corrientes ideológicas revolucionarias que existían y podían oponerse. A partir de ahí, puede ser interesante investigar por qué todo esto no se dio en aquella época, en cuyo caso habrá que ver la formación de la clase obrera, la existencia o no de conocimientos artesanales en las principales producciones industriales y el problema de la importación de la tecnología tal como se planteó en la Rusia de entonces. No voy a desarrollar todo esto; en la segunda parte de mi libro he intentado analizarlo. En todo caso, en todo esto hay que profundizar todavía y si se hace prestando suficiente atención a las condiciones concretas de la época, empezaremos a poder definir un universo mental determinado que en un cierto punto limita las alternativas. La gente de aquella época tenía la impresión de estar en completo desacuerdo y sin embargo, estaban de acuerdo sobre una cosa que aparecería cincuenta años más tarde.

Para el importante giro de 1929 creo que habrá que atenerse también a este mismo punto de vista materialista: reflexionar sobre el sistema social en conjunto, sobre el *paralelogramo de fuerzas* políticas y de clase, sobre los diferentes puntos de vista sobre la crisis (mencheviques, trotskistas, bujarinistas, etc.) sobre las líneas que se fueron manifestando (crecimiento prudente, colectivización e industrialización aceleradas...) y sobre la actitud ideológica de las fuerzas reales existentes (los pueblos, los pequeños agricultores, la burguesía rural, la administración soviética, el aparato del partido, las diversas categorías de los obreros de las fábricas...). Desde el momento en que intentamos imaginar —cosa que no está prohibida de hecho—

la línea que habría sido justa y que nadie formuló, entramos en un terreno mucho más especulativo, en cuyo caso, tendremos que explicar que las condiciones para la producción de esta línea existían también. Si no, caemos en una historia idealista en la que podría haber pasado todo, una historia a la manera del *lo único que debía hacerse...*

Communisme (B.F.). — Entre Stalin y Lenin, si de hecho hay una unidad, también hay una diferencia; el problema es saber qué es lo que domina, la unidad o la diferencia. La pregunta es la siguiente: ¿en qué utiliza Lenin en un sentido revolucionario el marxismo para analizar (y transformar) la situación concreta en la que se encuentra, y en qué utiliza Stalin, en la situación concreta de su época, el marxismo en un sentido revolucionario? Por ejemplo, en los textos de Lenin sobre la cooperación podemos ver cómo se apropia, en unas condiciones históricas precisas, ciertas ideas esenciales que había desarrollado Engels en otras condiciones y en otra época (*La cuestión campesina en Francia y Alemania* de 1894) y cómo las utiliza para captar las contradicciones y trazar el camino para transformar las relaciones sociales en el campo. Las tesis enunciadas por Engels habrían sido ocultadas en su época por la socialdemocracia alemana, cuyas concepciones habían dejado una profunda huella sobre la gran mayoría de los bolcheviques. Lenin, de alguna manera, redescubre y desarrolla algunas tesis de Engels sobre la manera de orientar la alianza entre obreros y campesinos referente al hecho de que no hay que emplear la violencia con los campesinos, de entender la cooperación como una forma inferior y progresiva de la colectivización, etc....

Este ejemplo (podríamos encontrar otros muchos) nos permite ver por qué, en mi opinión, es un error tomar los marxismos de épocas diferentes únicamente como sistemas históricamente limitados, sin verdaderos lazos de unión entre ellos. Está claro que las cond

ciones históricas concretas y la coyuntura de la lucha de clases no pueden apartarse del análisis (porque caeríamos en el idealismo). Pero cargarlo todo a esas condiciones sería el mismo error en el sentido contrario. Y llevando las cosas a su límite, todo se podría justificar de esta manera, o bien por ejemplo, se podría llegar a la conclusión de que la ruptura de la alianza obreros-campesinos, e incluso el restablecimiento de la burguesía en la URSS, eran cosas inevitables.

Hace un momento has citado el ejemplo del abandono de la dictadura del proletariado por el PCF. Tienes toda la razón al decir que una denuncia dogmática de este abandono deja de lado lo esencial: por qué el PCF, que es revisionista hace mucho tiempo, abandona *ahora* la proclamación formal de este principio. Dicho de otro modo, para entender este punto hay que pasar por un análisis concreto del revisionismo, de la imagen de la dictadura del proletariado como lo que existe en la URSS desde los años 30, etc. Pero todo esto es necesario *también* porque hay que defender la teoría marxista de la dictadura del proletariado tal como fue desarrollada por Marx, Lenin y Mao: ésta es un arma indispensable en la lucha por el comunismo. Que incluso la misma teoría haya que aceptarla de manera crítica, que es vital desarrollarla sobre la base de la experiencia adquirida, que en el futuro deba enriquecerse necesariamente con las experiencias nuevas, todo esto es cierto. Pero es que su apropiación por parte del proletariado es decisiva. Y esto es cierto en todos los conceptos fundamentales del marxismo-leninismo; en este sentido, es erróneo decir que los conceptos de fuerzas productivas, relaciones de producción, Estado, clases, proletariado, burguesía, etc., son concebidas de manera *principalmente* diferente por Marx, Lenin y Mao. Es lo contrario lo que es sobre todo verdad, es decir, que en lo esencial, lo que tienen en común es más importante que las diferencias. Si no, ya no se entendería cómo, sobre la base de un análisis



realizado con la ayuda de la teoría marxista y de los conceptos del materialismo histórico ha sido posible *transformar* (o empezar a transformar) la realidad social.

Si llevamos hasta sus últimas consecuencias el razonamiento según el cual el marxismo no es más que una posición de clase proletaria en una coyuntura determinada, ya no podemos entender qué es el revisionismo y por consiguiente, nos quedamos sin armas para combatirlo. Bettelheim ha escrito que lo que permite, en un momento dado, la aparición del revisionismo, son sobre todo las contradicciones del marxismo históricamente constituido de la época anterior. Esto implica que el revisionismo se apoyará en lo que era ajeno al marxismo o lo que era incluso contradictorio con el marxismo. A mi modo de ver, este aspecto (siempre y cuando no se tome por la causa única olvidando las transformaciones de las relaciones de clases) es importante, ya que permite plantear la cuestión de las transformaciones en el propio seno del marxismo.

Por el contrario, creo que tu posición, Linhart, nos llevaría a relativizar completamente el marxismo (o los marxismos de las diferentes épocas) y a aislar los distintos períodos históricos, es decir, a hacer incomprensible el desarrollo o la regresión del marxismo, de la teoría marxista.

Si es cierto que en el *núcleo revolucionario del marxismo* no hay nada que sea definitivamente estable o irrevocable, no lo es menos el hecho de que es esta existencia lo que fundamenta la posibilidad de un desarrollo.

R. Linhart. — Temo que este concepto de *núcleo revolucionario del marxismo* sea algo así como el horizonte que va desapareciendo a medida que nos acercamos a él. Si al mismo tiempo que se va desarrollando la lucha de clases, nos dedicamos a replantear las nociones básicas — clase social, Estado, fuerzas productivas, etc. — es porque cada generación produce nuevas formas de ideología burguesa dentro de lo que la generación precedente tomaba por el *núcleo revolucionario*.

Y de todos modos hay una cosa específica de nuestra época, y es que tenemos un inmenso imperio revisionista, capitalista e imperialista que se dota a sí mismo de toda una terminología marxista, incluida la dictadura del proletariado. Los soviéticos publican las obras completas de Lenin; lo que me sorprende es que esto ya no choque a nadie. Porque la verdad es que eso nos debería hacer reflexionar... Publican todos los textos revolucionarios de Marx y de Lenin de los que hablamos nosotros y sin embargo, aparentemente, eso no hace que el sistema soviético se tambalee sobre sus cimientos.

El problema que se plantea hoy en China es el de saber si una determinada posición sobre la técnica, las pequeñas unidades de producción o el papel de la superestructura puede favorecer al proletariado o a la burguesía. En mi opinión, es una cuestión que sólo se puede zanjar con un análisis concreto, y muchos de los elementos que nos hacen falta para

elaborarlo se nos escapan. Es perfectamente posible que dentro de unos años (me apresuro a decir que no es más que una hipótesis de estudio) se descubra que un texto contra el mecanicismo o el *tecnicismo* que hoy nos parece totalmente revelador, aparezca como un arma de lucha contra el proletariado. O también se puede descubrir lo contrario. Desde luego, la opacidad con que nos aparecen las formaciones sociales en las que se han realizado las revoluciones de dictadura del proletariado, es un problema. En los discursos políticos que se formularon en ellas hay una forma de código que todavía no hemos aprendido a dominar; y sin embargo la experiencia debería enseñarnos a no seguir tomando al pie de la letra unos hechos que tienen siempre una función determinada en una correlación de fuerzas determinada. Buscar la manera de descifrarlos me parece hoy una de las tareas del análisis revolucionario y, en el fondo, es la única manera de dar un contenido al concepto de *formación ideológica* entendido como uno de los componentes de la formación social. Creo que toda sociedad produce también sus formas de representación y de ilusión y esto se aplica igualmente a las llamadas *sociedades en transición*. Investigar, en cuanto sea posible, las leyes de esta producción no es precisamente el factor menos importante entre los que andan en juego en la crítica marxista.

Es por esto por lo que no me parece justo intentar reafirmarse borrando de los textos pasados todo lo que se opone a su reducción a unas líneas ideales, dejando a un lado los textos de Lenin en los que se manifestaban unas tendencias que hoy se llaman *tecnicistas* o una desconfianza hacia el campesinado. De Stalin se borra todo lo que manifestaba los aspectos dialécticos de sus posiciones. Así, en 1930 Stalin insistía mucho en su texto *El vértigo del éxito* y sobre todo en la *Respuesta a los camaradas de los Koljós* (abril 1930), en la necesidad de no romper con el campesino medio y criticaba duramente lo

excesos repitiendo que el único objetivo debía ser el *Kulak*. Lenin, en los tiempos del *comunismo de guerra* había tomado una postura semejante, y en los dos casos la lucha de clases efectiva tomó un giro diferente. Hay que recordar también que, con ocasión del auge del Stajanovismo y en otras circunstancias, Stalin multiplicó los textos en los que se llamaba a favorecer la iniciativa de las masas y en los que se criticaba el poder ilimitado de los especialistas. Y creo que esto también surtió efecto en la línea política aplicada por Stalin. Pero el ulterior desarrollo del revisionismo y los conocimientos (ciertamente limitados) que empezamos a tener sobre la sociedad soviética ponen hoy a la luz algunos aspectos de aquella sociedad que habían permanecido ocultos. Tomando en cuenta todos los aspectos de la línea de Stalin es como podemos tener la medida de la complejidad de la lucha de clases en aquella época. Y teniendo también en cuenta todos los aspectos de las posturas políticas formuladas por Stalin —y que distan mucho de ser siempre *mecanicistas* o *economicistas*— es como podemos adquirir algunos reflejos para el análisis del presente.

En resumen, hay que renunciar a una *línea ideal* para extender el campo del análisis materialista.

Communisme (B.F.).—Es cierto que encontramos en Stalin algunas cosas contradictorias. A otro nivel también hay cosas contradictorias en Krutchev. El problema es saber qué es lo que domina al analizar todos los aspectos de las relaciones entre teoría y práctica. Y lo que domina en Stalin (y en el partido) a partir de los años 30 es sobre todo una separación creciente entre el pensamiento político y la práctica seguida en la realidad. La colectivización se impuso manteniendo hasta el fin la proclamación de la alianza con el campesino medio mientras que en la práctica se hacía *en contra* de la alianza con el campesino medio. Stalin dijo en 1930 que no había que emplear la violencia con los campesinos mientras que todas las directrices del

partido desde el lanzamiento de la colectivización (y después de 1930) implicaban de *hecho* la utilización de la violencia contra la masa de los campesinos. Cuando, al término del comunismo de guerra la alianza entre obreros y campesinos está definitivamente rota, Lenin dice: la alianza se ha roto; hay que restablecerla. Lenin es materialista: ve y designa la realidad tal como es. Cuando después de la colectivización la alianza entre obreros y campesinos está otra vez objetivamente rota, Stalin proclama que se ha reforzado. A partir de ese momento, lo que domina es la negación de las contradicciones. El otro aspecto dominante desde los años treinta, a nivel ideológico y teórico, es la teoría de las fuerzas productivas, el culto absoluto a la *técnica moderna*, la concepción de la revolución desde arriba, etc.; es decir, esencialmente, una regresión del marxismo-leninismo hacia el revisionismo. Por otra parte, todo esto corresponde a una dominación cada vez mayor de la burguesía en todos los campos. Las intervenciones de Stalin sobre el stajanovismo, por ejemplo, son sólo en apariencia una puesta en cuestión del economicismo desenfrenado que entonces dominaba. La prueba es que en ningún momento se salen del marco de *la técnica lo decide todo* ni apelan a la *iniciativa* obrera (y a la crítica de los cuadros) más que en el sentido preciso del aumento de normas de producción, etc.

En los dos planos, tanto en la ruptura entre ciertos aspectos apologéticos del discurso político y la práctica efectiva por una parte, como en el carácter esencialmente revisionista del marco teórico por la otra, lo que dominará entre el período stalinista y el de Krutchev es la continuidad. Y todo esto representa principalmente una ruptura con lo que había pasado en la época de Lenin e incluso en los años veinte (evidentemente, en condiciones distintas).

Quisiera volver sobre la influencia que pudieron tener en la historia ciertas formaciones ideológicas particulares en el movimiento

ero y comunista. Es un aspecto importante de la cuestión del *partido padre* cuya historia habrá que estudiar algún día. El *partido padre* ha sido en la época de la II Internacional la socialdemocracia alemana, y el partido bolchevique en la época de la III Internacional, pero también, en cierto modo, lo ha sido el PCCH después de la ruptura con el revisionismo soviético. A veces no queremos ver que las relaciones entre los diferentes partidos o los diferentes movimientos obreros nacionales no son unas relaciones de total comparación.

En la realidad son unas relaciones muy complejas que se transforman sobre todo en terreno ideológico y teórico. Por ejemplo: está claro que, por razones históricas evidentes, la relación entre causas externas (la URSS) y causas internas no es la misma en la China de principios de los años cincuenta y en la del inicio de los sesenta. Creo que una concepción antidialéctica de las relaciones entre causas externas y causas internas en la historia del movimiento comunista internacional (concepción que se desarrolló como reacción a los ataques de la burguesía y también contra el trotskismo, pero que llega a llegar que las causas externas puedan en ocasiones ser determinantes), que una concepción semejante permite que se perpetúe un cierto número de incomprensiones o de mistificaciones. Muchas veces estamos dispuestos a reconocer la unidad del revisionismo internacional (unidad muy contradictoria de hecho), pero oportunamente nos olvidamos de que el proletariado tiene *también*, al igual que la burguesía, una existencia internacional. Todo transcurre como, si al llegar Krutchev al poder las causas externas (la URSS) se volvieron dominantes en el movimiento comunista internacional, mientras que antes, en la época de Stalin, habían primado las causas internas de los distintos países. Esto es negarse a ver que el marxismo tal como existía en la Unión Soviética en aquella época (sin hablar de la política internacional) es el que

ha sido dominante en el movimiento comunista internacional.

R. Linhart. — Pienso que esos mecanismos específicamente ideológicos a los que llamamos influencias y el modo de pensamiento (socialdemócrata o cualquier otro) son mecanismos subordinados en relación con las relaciones reales, con las relaciones de clases. Pienso que hay una cierta manera idealista de plantear el problema al decir que la mentalidad de la II Internacional fue rechazada, y después volvió a aflorar y que más tarde se vio reaparecer una mentalidad que ya se había olvidado y a continuación un concepto que se había perdido... Si un concepto vuelve a surgir en una época y es utilizado para un fin político determinado, es en una coyuntura política y social precisa.

No podemos ahorrarnos el conjunto del proceso y aislar la carga teórica para retomarla en un corpus de criterios que defina ciertamente el marxismo revolucionario de hoy. El marxismo revolucionario es en primer lugar una posición de clase en una situación concreta. Es inútil responder indefinidamente a las cuestiones que plantean las crisis pasadas y presentes con un *hay que preservar la alianza entre obreros y campesinos; no hay que maltratar a las masas, etc.* No son más que buenas palabras que ante las contradicciones reales se hacen pedazos. Y solamente si tomamos en cuenta el conjunto de las contradicciones reales de la época en que estamos —y de la época de la que hablamos— podremos emplear con un cierto sentido las palabras línea de masas, ideología de clase, técnica o sistema productivo.

De lo contrario, tendremos por un lado una teoría que sigue su pequeña marcha tranquilamente, *enriqueciéndose con nuevas aportaciones*, y por el otro una realidad actual en la que no haremos pie. Pero de todos modos ya sabéis muy bien que hay gente que, aun proveniendo del mismo sustrato teórico, no saben muy bien qué pensar de Angola, Cuba, de la unión de las izquierdas y de n

cosas más que la vida nos pone a la orden del día. Ahí está la tragedia. Hay una desproporción fantástica entre ciertos debates teóricos sobre el marxismo y la capacidad de tomar en cuenta la lucha de clases concreta de hoy.

C. Bettelheim.—Es evidente que no podemos dar cuenta de las transformaciones de una formación social refiriéndonos principalmente a las concepciones teóricas de los que tienen un papel dirigente en la lucha de la que esa formación social es el campo, pero tampoco podemos hacer abstracción de esas concepciones. Por regla general, el curso y la salida de las luchas sociales vienen determinados por las *formas ideológicas* en cuyo interior se desarrolla la lucha de las masas y las organizaciones políticas. En efecto, tal como lo indica Marx en el prólogo de 1859, siempre es a través de las formas ideológicas determinadas como se desarrollan las luchas sociales, y el resultado de esas luchas depende ampliamente de las formas ideológicas y de las representaciones que dominan la acción de los que luchan. De ahí la importancia de la lucha ideológica de clases; y de ahí la atención que concedió Lenin a la lucha en el frente teórico, incluyendo el frente filosófico.

Volviendo a la formación social soviética de fines de los años veinte, (de la que trata el tomo 2.º de *La lucha de clases en la URSS*, son ciertamente las contradicciones sociales objetivas las que desempeñan un papel determinante en las transformaciones que sufre entonces esa formación social. Estas contradicciones las constituyen sobre todo la forma de las relaciones entre el proletariado y el poder soviético por una parte, y las masas campesinas por la otra; por la forma de las relaciones entre la industria y la agricultura, etcétera...

Sin embargo, el tratamiento de estas contradicciones por el partido bolchevique no es el simple reflejo de esas contradicciones. Este tratamiento proviene de una línea política que es asimismo el producto de una amplia lucha

de clases, de una lucha de clases que se desarrolla también a un nivel teórico. El resultado del conjunto de esas luchas ejerce un acción decisiva sobre el movimiento ulterior de las contradicciones. Por supuesto, la lucha ideológica de clases no transcurre en el dominio etéreo de la *ideas*, sino que se articula con las prácticas sociales concretas, con las relaciones de fuerza entre las clases. Así, la forma de industrialización en la que se enroló la Unión Soviética en 1929-30 no puede separarse del papel que tuvieron los dirigentes de las grandes empresas, los dirigentes de los trusts soviéticos y los responsables de la Comisión del Plan y del Consejo Superior de la Economía Nacional. Estamos en presencia de un conjunto de fuerzas sociales que actúan sobre el curso y la forma de la industrialización, y que actúan también sobre las transformaciones que sufre entonces la formación ideológica bolchevique. No obstante, estas transformaciones ejercen también a su vez una acción sobre la lucha de clases en la URSS, sobre la ideología del partido bolchevique, así como —y teniendo en cuenta el papel decisivo que tuvo este partido en la II Internacional— sobre la lucha de clases en todos los países en los que existen relaciones con la III Internacional.

En el tomo 2.º de *La lucha de clases en la URSS* he intentado precisamente sacar a la luz la articulación de las contradicciones sociales objetivas, de las transformaciones sociales y de las transformaciones de la formación ideológica bolchevique. El análisis concreto revela el papel que jugaron estas últimas transformaciones en tanto que condujeron a una interpretación determinada de la realidad soviética y al desarrollo de una línea política.

En general, algunas de las concepciones que dominan cada vez más en el partido bolchevique en el curso de los años treinta reflejan una práctica (como la de la *revolución desde arriba* esbozada en 1929), pero estas concepciones permiten a su vez que

práctica se consolide y aparezca como *históricamente justificada*.

Y más aún, si la teoría y las formas ideológicas no tuviesen el papel que tienen en la lucha real, la lucha ideológica de clases —que es uno de los aspectos esenciales de la práctica leninista— no tendría la importancia que le corresponde en la historia del movimiento revolucionario.

Al analizar la articulación de las luchas sociales y al hacer el balance de sus efectos, así como de la función desempeñada por las formas ideológicas dominantes, es cuando podemos sacar conclusiones y descubrir las consecuencias positivas o negativas, desde el punto de vista de la revolución proletaria, de un determinado conjunto de posiciones teóricas.

Así, el análisis concreto nos permite discernir de qué manera puede enriquecerse una forma particular del marxismo históricamente constituido a través de la lucha de clases y contribuir al desarrollo del marxismo revolucionario. Este último es susceptible de desarrollarse ya que no sólo está constituido por algunas tomas de posturas que no serían útiles al proletariado más que en una coyuntura determinada, sino que también lo constituye un conjunto de conocimientos de alcance universal. Negar la capacidad de desarrollo del marxismo revolucionario es reducir a bien poco la *experiencia histórica* y su *apropiación por parte de la teoría*; es suponer que casi siempre hay que *partir de cero* puesto que sólo existirían las situaciones concretas particulares y no los conceptos que nos permitirían analizar éstas últimas. Rechazar la idea —confirmada por la experiencia— de una teoría marxista susceptible de desarrollarse y enriquecerse es poner en cuestión el carácter científico del marxismo, su capacidad de producir unos conocimientos de alcance universal y por lo tanto, reducir al marxismo a un *punto de vista* y un *método*.

Si el análisis concreto de la formación ideológica bolchevique y de sus transformaciones

nos permite discernir más claramente las condiciones en las que ha podido desarrollarse el marxismo revolucionario, también nos permite este análisis captar las regresiones que conoció la formación ideológica bolchevique, regresiones que acabarán por convertir al bolchevismo en su contrario, lo que también supone unas consecuencias internacionales.

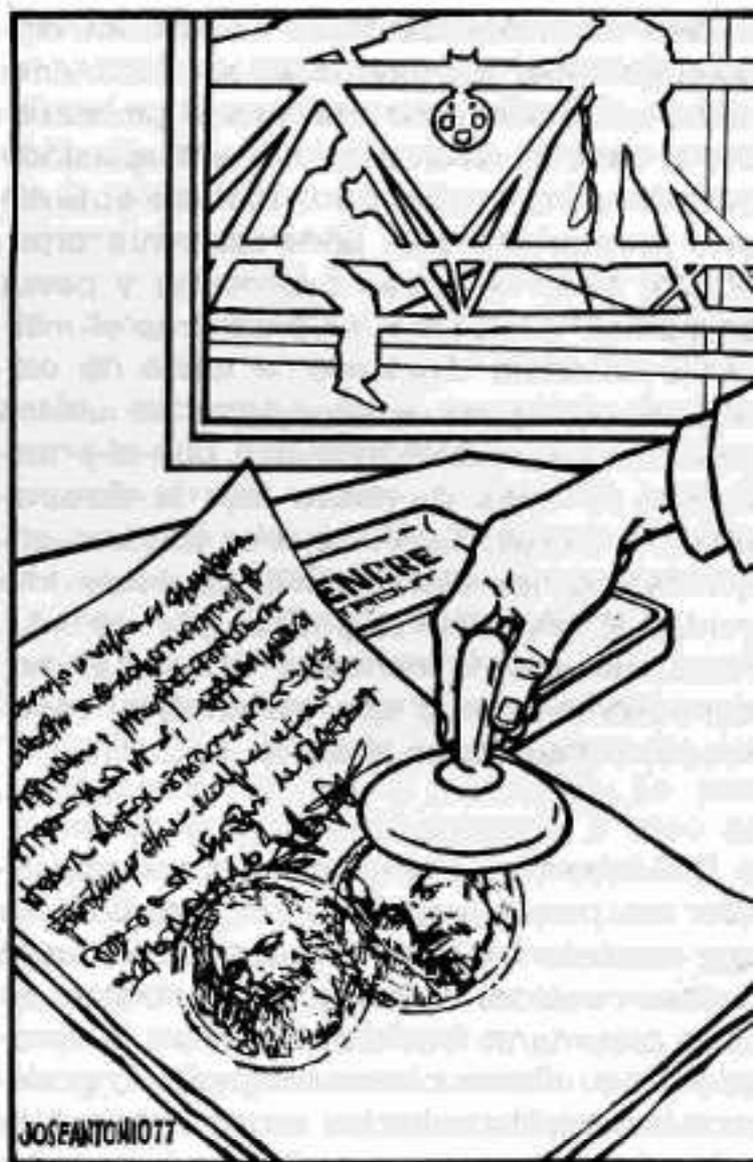
El problema del corte existente entre Lenin y Stalin debe plantearse así. Ese corte no solamente se manifiesta a nivel teórico (por ejemplo, como transformación del marxismo de un instrumento crítico en un instrumento apologético), sino que se manifiesta también, y sobre todo, a nivel práctico. A este nivel, lo que caracteriza la separación entre Lenin y Stalin es la tentativa que se llevaría a cabo a partir de 1929, de imponer *desde arriba* a las masas unas transformaciones sociales que no están preparadas para aceptar, aunque el contenido de las transformaciones (por ejemplo, el desarrollo de los koljós) sea radicalmente diferente del que se habría obtenido sobre la base de un auténtico movimiento de masas, y de él se derivan innumerables consecuencias para la formación social soviética.

Hay toda una serie de campos en los que se pueden registrar rupturas semejantes entre las posturas de Lenin y las de Stalin, por ejemplo, en las relaciones entre la grande y pequeña industria, en el problema de la diferenciación de los salarios, en el abandono o conservación del *partmax* (es decir, de la prohibición que tenían los miembros del partido de cobrar un salario superior al de un obrero), etc. De hecho, tanto a nivel teórico como práctico, vemos desarrollarse durante los años treinta un conjunto de concepciones que contribuirán masivamente a las posteriores derrotas del proletariado soviético. Hay todo esto una lección, y es una lección de alcance universal.

Communisme (B. F.).—Quisiera añadir una cosa en este sentido, en la relación Lenin-Stalin. Si tomamos la concepción del socialismo

mo en Lenin (concepción que está en desarrollo), la concepción de lo que representa la transición entre capitalismo y comunismo y de lo que significan las alianzas entre las clases; si vemos cómo Lenin, frente a la práctica y a las condiciones concretas de la revolución soviética, desarrolla sus concepciones, está siempre al acecho de las contradicciones, se esfuerza por captar lo que aparece como nuevo en la práctica de las masas, intenta criticar o replantear algunas ideas que él mismo había tenido antes, lucha eventualmente para rectificar la política anteriormente definida, etc., tenemos un ejemplo fantástico de lo que es una actitud fundamentalmente dialéctica (es decir, crítica y revolucionaria). Es por esto por lo que el pensamiento de Lenin (que hay que captar en su movimiento) está siempre a la vanguardia de las posiciones del proletariado y por esto fue Lenin uno de los mayores dirigentes del proletariado. Pero si comparamos todo esto con la concepción del socialismo que dominará a partir de la mitad de la década de los treinta, en condiciones ciertamente distintas, vemos aparecer algo que es cualitativamente diferente (sigo refiriéndome a *lo que domina*). Vemos, no ya ese aspecto dialéctico, ese aspecto de la crítica de la propia política, sino, por el contrario, la justificación, la apología del orden de cosas existente. A partir de los años treinta, la idea dominante (véase Stalin) es que el socialismo ha vencido ya definitivamente porque la propiedad estatal es hegemónica y que la tarea primordial es la de *defender* el estado de cosas tal como está. Ya no se dice: estamos en la transición entre dos modos de producción, luego hay que continuar la revolución; por el contrario, se dice: lo principal es proteger lo que existe. Pero lo que existe es también el capitalismo, el capitalismo de Estado, la burguesía en la sociedad, en el partido y en el Estado, etcétera.

Comunisme (H. C.).—Estoy completamente de acuerdo con Linhart cuando dice



que la posición de clase proletaria es una característica del marxismo, pero no creo que podamos quedarnos en ese aspecto. Pienso que hay nuevos datos, y que éstos forman un todo problemático que, al mismo tiempo que nos permite tamizar la realidad, está él mismo sometido constantemente a la prueba de esta realidad. Aparte de la posición de clase, este *bagage* constituye una concepción científica del modo de producción y del desarrollo social además de la experiencia negativa y positiva acumulada por el movimiento revolucionario. Insisto en el hecho de que este *bagage* no aparece ya formado, sino que es siempre el resultado de una lucha, de una apropiación o de una desposesión del proletariado.

Pero estos nuevos datos no ofrecen ninguna garantía. No hay nada, absolutamente nada, que pueda garantizar que el proletariado, si hace la revolución, no será aplastado pasado un cierto tiempo. Incluso aunque este proletariado esté poderosamente organizado, tenga una gran experiencia y posea un partido que utilice brillantemente el marxismo-leninismo dirigiendo la lucha de clases, etc., ninguno de esos datos adquiridos garantiza por toda la eternidad que el proletariado no caerá de nuevo bajo la dominación del capital. Esto sí que es un dato adquirido: no hay una garantía, no existe una verdad absoluta. No es posible, por ejemplo, hablar de *victoria definitiva* del socialismo, contrariamente a lo que pretendía el movimiento comunista en la época de Stalin.

R. Linhart.—El término de *datos adquiridos* me parece engañoso. El problema es que esa *base* hay que conquistarla de nuevo constantemente, en las luchas concretas, en unas coyunturas inéditas. Tomemos la cuestión de la alianza obrero-campesinos; podemos haber leído todos los textos imaginables sobre los errores que no hay que cometer (os recuerdo de paso que Stalin, durante toda la NEP, no cesó de citar los textos de Engels y Lenin sobre la necesidad de no violentar al campesinado, de llevarlo por la persuasión, etc.), pasarse toda una vida repitiendo machaconamente unos principios fundamentales (o que se declaran fundamentales)... y hacer todo lo contrario en unas condiciones determinadas. Este es el problema del marxismo. La línea de masas es ciertamente una importante conquista práctica del marxismo revolucionario. Pero, ¿una carga teórica adquirida? Lo dudo mucho. Estoy convencido de que se la podría enarbolar para encubrir una dictadura de la burguesía. El pensamiento de Lenin, por ejemplo, es un sistema que, en mi opinión, no contiene lo que hoy podríamos buscar en cuanto a la

alianza entre obreros, campesinos e intelectuales, en cuanto a la transformación del proceso de trabajo, en cuanto a la ideología y a la superestructura, etc. El pensamiento de Lenin y el leninismo son, en cuanto tales globalmente, algo que ya está superado. Dicho esto, lo que llamamos *marxismo-leninismo* es algo muy distinto: es precisamente la capacidad de retomar el punto de vista fundamental del materialismo histórico y del proletariado en cada nueva época para tratar problemas concretos, nuevos. Nunca llegaríamos a eso convirtiendo en recetas unos fragmentos de experiencias históricas. ¿Por qué decir que lo que hemos *adquirido* como bueno es la cooperación agrícola o la pequeña industria? Sería ridículo...

En lo que concierne al período de Stalin que fue una época de transición, creo que se concentraron algunos aspectos de dictadura del proletariado sobre la burguesía (dominantes al principio) y otros aspectos de dictadura de la burguesía sobre el proletariado (cada vez más importantes al final de este período). Y es cierto que no podemos contentarnos con las explicaciones simplistas según las cuales todo habría cambiado de noche a la mañana sólo porque Krutchev dio la vuelta a la mayoría del buró político haciéndolo rodear de tanques. Pero igualmente simplista es el punto de vista, según el cual todo se volvió del revés al pasar de un buró Lenin dialéctico a un mal Lenin mecanista.

Communisme (H. C.).—Una pregunta que se plantea es la de qué hacer de este análisis marxista hoy.

R. Linhart.—No creo que de la deferencia del marxismo se pueda hacer un objeto suficiente en sí. El marxismo surgirá y será útil siempre que haya gente que sepa utilizarlo.

La única cosa que puede mantener vivo el marxismo hoy son los análisis concretos que puede producir, ya sean de Francia, Polonia,

gal, el sur de Europa, las nuevas formas del imperialismo y el trasvase tecnológico, o la lucha de clases en China.

Evidentemente, necesitamos análisis de la Unión Soviética actual (y no sólo de su historia). ¿Constituye hoy un sistema imperialista o no? ¿Qué es el Comecón? ¿Qué podemos llamar en la URSS burguesía y proletariado? ¿Qué fuerzas proletarias pueden mantenerse en la URSS? Todo esto sigue siendo un inmenso misterio. Y ya hemos visto cómo en Portugal los grupos que se definían marxistas-leninistas y maoístas estaban totalmente desorientados sobre las cuestiones más fundamentales de la estrategia antirevisionista; la UDP y el MRPP se opusieron con violencia, ¡una violencia tal, que llevó a algunos militantes a matarse entre ellos!

Pero, volviendo a Francia, una cuestión como la apreciación del mayo 68 es sumamente importante. Personalmente, creo que en el mayo 68 hubo un movimiento doble: una tentativa de expresión proletaria de la clase obrera, agobiada por el paro y las difíciles condiciones de vida que le imponía el gaullismo, y una irrupción, que se colocó en primer lugar, de la pequeña burguesía intelectual deseosa de transformar la sociedad de una manera determinada y de tomar el poder. Y creo que el mayo 68 contribuyó efectivamente a una renovación masiva de la participación de la pequeña burguesía en el sistema de poder capitalista. Y esto se llevó a cabo, entre otras cosas, por mediación de los que practicaban unas sedicentes *ciencias humanas*, por el desarrollo de toda una red psiquiátrica, psicoanalista, psicológica, sociológica, y pedagógica, por la formación permanente, el urbanismo, la producción cultural... *La imaginación al poder*: en esta consigna se concentraban las reivindicaciones de una pequeña burguesía oprimida por la forma de dominación burguesa, establecida y que obtuvo una participación en el remodelamiento de aquella forma de dominación. Dicho esto, cuando uno se encontraba

entre la espada del movimiento de masas de la juventud y de la pequeña burguesía intelectual y la pared de una influencia revisionista, dominante en la clase obrera a pesar de la ofervescencia de algunas de sus fracciones, ¿qué se podía hacer?

A principios de los años sesenta era evidente que Francia era un país imperialista; eso saltaba a la vista. Había toda una generación que volvía de la guerra de Argelia, que sabía lo que era Massu y sabía lo que era la tortura. Y encima, el conflicto entre el imperialismo y los pueblos revolucionarios se encarnaba de manera ejemplar en Vietnam. En todo esto había una cierta evidencia.

Hoy, Francia sigue siendo un país igualmente imperialista, pero la conciencia que tiene de ello la gente, y en particular los intelectuales, es mucho más débil. En este momento Francia está entrando a saco en Gabon, en Marruecos, en el Amazonas y el Mato Grosso; es la plusvalía que sacan las inversiones francesas en el mundo entero lo que permite a la burguesía francesa reestructurar su industria y administrar un paro enorme sin haber provocado todavía una explosión social. Todos estos mecanismos son los mismos de antes, pero como se conocen menos, no provocan tanto escándalo.

Entonces, lo que pasa es que los ideólogos que están siempre dispuestos a girar como veletas y a aliarse con el viento dominante, lo están haciendo en este momento. En 1965-66 estaban del lado del marxismo porque había toda una crisis en la ideología burguesa y estaban las protestas humanitarias contra las guerras coloniales. Pero hoy, la situación es mucho más compleja y aunque los mecanismos objetivos sean exactamente los mismos, la burguesía domina mucho mejor la imagen de sus formas de dominación y ha sabido utilizar la restauración del capitalismo en la URSS para hacer de ella un arma anticomunista. La tensión ideológica es, pues, más fuerte y ahora es mucho más difícil tener una posición marxista.

Es difícil hacer hoy análisis marxistas, pero es la única manera de defender el marxismo: producir marxismo vivo en la situación concreta actual. Si, sobre esta base, se dice que para comprender un determinado proceso actual se necesita comprender otro proceso determinado del pasado, estoy completamente de acuerdo. Pero con la condición de que, con el pretexto de establecer los prolegómenos de un estudio ulterior, no vayamos a encerrarnos en algo que, al fin y al cabo son debates escolásticos y una manera de hacer sobrevivir el marxismo bajo una forma universitaria, cosa que no es más que una ilusión de supervivencia.

C. Bettelheim.—La defensa del marxismo pasa ante todo por la producción de conocimientos con ayuda del marxismo, y por las acciones realizadas gracias a esos conocimientos, y rectificándose estos últimos a su vez a través de la acción. Desde luego, estamos completamente de acuerdo al decir que no será gracias a la repetición de los *textos sagrados* del pasado como se podrá hacer la defensa del marxismo. Esta pasa principalmente por el análisis concreto de la situación actual en Francia y en el

mundo, de manera que permita una orientación justa de las luchas que se están llevando a cabo ahora y que se harán más adelante. Es así solamente como el marxismo puede seguir siendo una guía para la acción. Pero hay que subrayar que el análisis marxista de una situación concreta no es una mera descripción empírica de la realidad. Este análisis pone necesariamente en movimiento, de una manera crítica, los conocimientos ya adquiridos por el marxismo. Sin una movilización semejante de los conocimientos adquiridos, el análisis concreto corre el riesgo de quedarse en la superficie, de no captar el movimiento real y de conducirnos a la repetición de los errores del pasado. Del mismo modo, el análisis concreto de la situación actual no puede separarse del análisis concreto del pasado, de las luchas de los últimos cincuenta años, de la representación que nos habíamos hecho de ellas y de las concepciones teóricas que las orientaron. Es con esta condición como se desarrollará el marxismo y estará a la altura de las necesidades de la época, y así seguirá siendo la teoría revolucionaria sin la cual ningún movimiento revolucionario podrá obtener verdaderas victorias.

Hay diversas opciones para salir de la crisis económica y política en la que estamos sumidos. Desde un gobierno de la oligarquía sin participación de las fuerzas populares a un gobierno de las fuerzas populares sin participación de la oligarquía, pasando por las modalidades de gobierno de concentración nacional o gobierno de coalición.

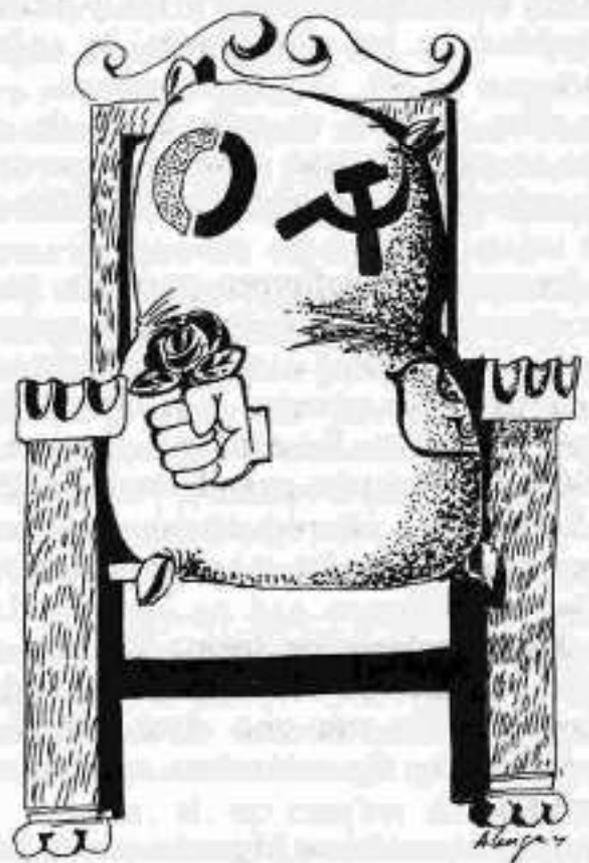
Rodrigo BERCOVITZ
y Angel MTZ G-TABLAS

Las salidas a la crisis.

DEL GOBIERNO DE CONCENTRACION

A LA UNIDAD DE LAS FUERZAS POPULARES

Los ejemplos históricos de acuerdos interclasistas, en los que partidos marxistas han colaborado desde dentro o fuera de los gobiernos son múltiples a lo largo de este siglo y su significado profundamente dispar. Tenemos así el apoyo de los partidos socialistas a sus burguesías nacionales al estallar en 1914 la primera guerra mundial imperialista, la presencia del PSOE en el gobierno durante el primer bienio de la II República y su ausencia en el resultante del Frente Popular de 1936 (estos dos últimos casos interesadamente interpretados por Simón Sánchez Montero en «El País», de 19-7-77, en defensa de sus tesis), las cambiantes relaciones del P.C. Chino con el Kuomintang a lo largo de tres décadas, la colaboración de los partidos comunistas francés e italiano con gobiernos burgueses después de la segunda guerra mundial (recientemente recordada por Satrústegui en las páginas de «El País» de 22-9-77). Aterrizando ya en nuestro proceso político actual, ahí está el intento frustrado, apoyado en sus comienzos por todos los partidos marxistas, de salida del franquismo a través de un gobierno provisional democrático.



Los ejemplos podrían multiplicarse; algunos fueron auténticas traiciones a la clase obrera, otros pueden calificarse de errores graves, mientras que los hubo que contribuyeron a debilitar al enemigo y a impulsar el avance de las fuerzas revolucionarias.

Así pues, ningún apriorismo histórico es válido a la hora de enjuiciar la propuesta de gobierno de concentración, defendida, entre otras, por algunas fuerzas políticas democráticas como fórmula para conjurar los peligros que en la actual coyuntura acechan a nuestro pueblo.

Nadie, desde una perspectiva marxista, puede pretender que la clase obrera no debe en ninguna circunstancia establecer acuerdos con otras clases y con sus representantes políticos. Muy al contrario, el avance hacia el socialismo exige forjar alianzas duraderas con otras clases populares e incluso llegar a compromisos temporales con clases enemigas. El debate no se plantea en el terreno de los principios sobre el sí o el no de la admisibilidad de tal tipo de transacciones, sino sobre los criterios que deben inspirarlas y sobre su oportunidad en las condiciones de cada coyuntura.

Por ello, no está de más antes de adentrarnos en nuestro caso concreto recordar algunos principios elementales de validez general:

- Es incorrecto y peligroso para un partido marxista manejar conceptos que presentan un *interés nacional* como algo distinto —y en cierto modo superior— al interés de las clases populares. En este error parece caer S. Sánchez Montero cuando invita al PSOE a *defender el interés nacional al mismo tiempo que el de las masas populares* («El País», 19-7-77).
- No puede tratarse de forma confusa e indistinta la alianza con una clase amiga y el compromiso con una clase antagónica, por ser pactos de naturaleza esencialmente diferente.
- Hay que caracterizar rigurosamente la circunstancia específica que lleva a plantear la oportunidad del compromiso, argumen-

tándola de forma analítica desde una perspectiva de clase.

- Debe tomarse en cuenta la correlación de fuerzas y de forma especial considerar si el acuerdo la modifica en sentido favorable o desfavorable para el pueblo.

Entrando ya en el caso español, y a modo de introducción, podemos resumir como sigue las principales posiciones políticas:

- La oligarquía combina tres actitudes: amaga continuamente con la posibilidad de involución fascista (campañas de desestabilización, ataque a las figuras liberales del ejército, etc.), cierra filas en torno al gobierno monocolor de UCD y finalmente, prepara posiciones escalonadas de retirada que puedan convertir derrotas parciales en victoria final (tesis favorables al gobierno de concentración Alvarez Miranda, Satrustegui, Ruiz Jiménez, Areilza, e incluso Fraga).
- Partidos democráticos de representación popular, como el PSP y sobre todo el PCE, enfatizan la gravedad de la situación política, definiéndola de forma genérica con respecto al proceso constituyente y a la crisis económica, para reclamar, en aras del interés nacional y en evitación del riesgo de involución, un gobierno de concentración nacional apoyado por todas las fuerzas políticas.
- El PSOE, después de precaver contra una manipulación catastrofista de la crisis, apoyándose en los resultados electorales, se presenta como una alternativa de poder, exigiendo no se arrinconen antes de tiempo los aún por estrenar mecanismos democráticos de rotación gobierno-oposición, poniendo en primer plano su voluntad de coherencia programática y por lo tanto, de gobernar con un inequívoco *para qué*.
- Coinciden con el PSOE, en la apreciación de que no es momento para conciliar intereses antagónicos a través de compromisos, las fuerzas políticas que como aquél plantean la necesidad de una salida alternativa a la que propone la oligarquía, conside-

rando que la única forma de defender con realismo los intereses del pueblo es forjar una amplia dinámica de unidad entre todas las fuerzas populares, que sirva de sostén, garantía e impulso a tal opción.

I

CARACTERIZACION DE LA SITUACION POLITICA

Resultaría difícil analizar críticamente las diversas posiciones políticas expuestas sin delimitar la forma en que hemos accedido al régimen democrático y sin precisar los rasgos definidores de la crisis política, que todos coinciden en centrar en la gravedad de los problemas económicos y en la trascendencia del proceso constituyente que debe institucionalizar la democracia.

El acceso a la recién estrenada democracia

Si tuviéramos que describir con trazo breve el parto democrático diríamos que éste ha venido marcado por un doble fracaso: fracaso de la oposición al no conseguir la ruptura democrática, fracaso del poder al ver desbaratados sus proyectos de reforma del fascismo. La situación resultante es de una innegable complejidad.

La oposición democrática vio esfumarse su gran oportunidad histórica al romperse la unidad antifascista a la vuelta del Referéndum del 15 de diciembre, pudiendo considerarse los términos en que se celebraron las elecciones y la falta de unidad de las fuerzas populares en ellas, como consecuencia de tal proceso.

La imposición de las elecciones del 15 de junio por parte de la oligarquía constituyó una severa derrota para las fuerzas democráticas. En efecto, el llamamiento a las urnas se realizaba en unas condiciones especialmente desfavorables para propiciar un resultado

realmente democrático. Mientras que muchos partidos auténticamente demócratas seguían sin legalizar o disfrutaban de una legalidad sumamente precaria, la oligarquía seguía contando con todas y cada una de las parcelas de poder del aparato de estado franquista, haciendo uso del mismo sin ningún tipo de restricciones antes de y durante la campaña electoral.

Sin embargo, las elecciones del 15 de junio depararon para muchos la sorpresa de recoger mayor número de votos democráticos que de votos favorables a los planes reformistas de la oligarquía. Aunque esa mayoría no se reflejase fielmente en los escaños obtenidos y los propios resultados electorales estuvieran llenos de sombras y ambigüedades, las elecciones constituyeron un triunfo para las fuerzas demócratas y una derrota para el fascismo. A pesar de que se habían realizado dentro de un marco político trucado, el pueblo dio una gran lección política: su capacidad para discernir, aun en condiciones adversas, a los demócratas y antifranquistas, de los franquistas *convertidos* a la «democracia». Ese es el principal significado de los votos recibidos por los partidos populares. En su mayor parte no pueden considerarse votos decididamente a favor de uno u otro partido concreto, sino a favor de aquellos partidos que, en opinión de los votantes, pueden conducirnos mejor a una auténtica democracia. Son votos demócratas y antifranquistas. Son votos contrarios a un continuismo en nuestro país de la dominación política de la clase, cuya identificación con la forma fascista de dominación es inequívoca, opuestos a la permanencia del poder político de la oligarquía. Nada más... y nada menos.

De triunfo para la oligarquía las elecciones del 15 de junio se han convertido pues, por medio de sus *sorprendentes* resultados, en triunfo para el pueblo. Ahora bien, parece importante medir exactamente el alcance de ese triunfo para no incurrir en errores políticos. Supone, sí, un cambio en la forma de dominación política. La reforma del fascismo ya no es viable; pero no es menos cierto que las consecuencias inmediatas de las elecciones

no señalan sino el primer paso en la larga marcha hacia una verdadera democracia para el pueblo. Han servido para introducir un número importante de representantes de partidos populares en el Parlamento —con el PSOE claramente destacado como segunda fuerza política del Parlamento después de UCD— y también para que los partidos populares tomen conciencia, más allá de los resultados aparentes, del gran arraigo que un horizonte auténticamente democrático tiene en el pueblo. Entendida así la votación del 15 de junio parece lógico exigir a los partidos populares que la utilicen en favor de una democracia que recoja el sentir y las necesidades de las amplias masas, de esa democracia que está por construir.

El significado del proceso constituyente

La consolidación de la democracia pasa por la elaboración y posterior promulgación del correspondiente texto constitucional. La Constitución es hoy clave en la lucha por la democracia. Veamos lo que está en juego: la amplitud de las libertades para el pueblo —para las que la amnistía total es requisito previo— la pervivencia o desmantelamiento del estado franquista, el tratamiento de las autonomías, la forma de gobierno (monarquía o república), las relaciones entre gobierno y Parlamento, la independencia frente a las potencias extranjeras, etc.

Los intereses del pueblo y los de la oligarquía son profundamente divergentes en todas estas cuestiones fundamentales. La oligarquía pretende conservar en sus manos el control absoluto del poder político y trata de institucionalizar esta posibilidad por medio de una Constitución que favorezca el asentamiento de sus resortes de poder y que al tiempo desbarate una acumulación eficaz de las fuerzas populares. El actual gobierno de la monarquía intenta constitucionalizar la situación política existente: libertades recortadas para el pueblo, mantenimiento del aparato de estado fascista con mínimos retoques, régimen

de autonomía controlada —y entregada a las grandes burguesías locales— para las nacionalidades y las regiones, afirmación de la monarquía juancarlista, mantenimiento de la representación política correspondiente al cuadro de la Ley de Reforma Política, independencia mediatizada del Estado por su subordinación al imperialismo. Frente a esto el pueblo busca el más amplio ejercicio de las libertades, el desmantelamiento del estado franquista (y en especial de los cuerpos represivos), el reconocimiento pleno de las autonomías nacionales y regionales, el reconocimiento pleno de la soberanía nacional, el derecho a decidir, de manera inequívoca, la forma de estado (monarquía o república) y la instrumentación de la representación política en el Parlamento, la afirmación de la independencia frente a las injerencias exteriores, etc.

Para propiciar su salida, el Gobierno Suárez practica consecuentemente una política de congelación de los efectos derivados de las elecciones del 15 de junio, tratando de que la fisura abierta con ellas en el poder político de la oligarquía no se agrande. Le basta con empantanar la labor del Parlamento, para desprestigiar de los partidos políticos demócratas, y con fomentar la desconexión entre la representación política de las fuerzas democráticas y las masas populares.

Las fuerzas con coherencia democrática deben perseguir todo lo contrario: ampliar la fisura, agrandar su parcela de poder político potenciando el Parlamento. Y esto sólo lo pueden conseguir cumpliendo dos requisitos, que se complementan:

- Acelerar el desarrollo del proceso constituyente.
- Dar publicidad a los debates y apoyar la defensa de las reivindicaciones democráticas en el Parlamento con movilizaciones ciudadanas.

Efectivamente el factor tiempo es importante, ya que la interinidad prolongada de un proceso constituyente contribuye a la inestabilidad y retrasa el tratamiento de los problemas de fondo que aquejan al país. El impul-

so del proceso constituyente a favor de los objetivos democráticos requiere un funcionamiento eficaz del Parlamento, en el que los partidos de representación popular actúen continuamente ligados a las masas; esto es, recibiendo del pueblo la fuerza de la que carecerían encerrados entre las paredes de los edificios de las Cortes y de la ex-sede del Consejo Nacional del Movimiento.

La crisis económica

Nadie duda de su existencia. El debate parece centrarse en torno a su grado de gravedad —extrema o simplemente alarmante—. En un segundo plano queda lo que es realmente importante e imprescindible para aplicar diagnósticos y remedios: su caracterización.

De forma inevitablemente esquemática vamos a exponer una tesis interpretativa que se verá complementada por la caracterización de sus rasgos fundamentales:

1. La crisis económica española tiene aspectos comunes con la internacional, por lo que no es extraño que, hasta cierto punto, los mismos males sirvan para caracterizar a ambas (inflación, paro, desequilibrio exterior).

2. Los aludidos aspectos comunes vienen en nuestro caso condicionados por importantes aspectos específicos y sólo a través de esta mediación son comprensibles y tratables.

3. Los rasgos peculiares de nuestra crisis nacen de nuestra trayectoria histórica inmediata, de la estructura económica creada y de nuestro tipo de vinculación a la economía internacional.

4. Nuestros problemas específicos están unidos al dominio, el comportamiento, la idiosincrasia y los intereses de la oligarquía, fracción que ha ejercido el poder político y económico durante la etapa fascista.

5. La solución de la crisis necesita el tratamiento articulado de males específicos y genéricos, exigiendo como condición necesaria

(aunque no suficiente) desmontar zonas neurálgicas del poder económico de la oligarquía.

6. En consecuencia, la pretensión de resolver la crisis de la mano de la oligarquía es irreal y utópica.

En el fondo, esta interpretación se basa en la apreciación de que la crisis económica española es fruto de la combinación de una profunda crisis internacional (que va mucho más allá de lo que pretende encubrirse como crisis del petróleo) con las insuficiencias y aberraciones de la estructura económica que emerge en nuestro país como fruto de la política oligárquica de los últimos años. Destaquemos, sin pretensión de exhaustividad, algunos rasgos determinantes de dicha estructura:

1. Un sistema financiero construido en torno a la gran Banca, con lo que la orientación del crédito responde tendenciosamente a la política estatal. Orientación especulativa del ahorro, vinculación con ineficaces complejos industriales que se ve «obligado» a sostener, escasa atención a la pequeña y mediana empresa, derroche de recursos por la competencia interbancaria en la captación del ahorro, etc.

2. Descuido del sector energético y asignación a la agricultura de la función de suministrar abundante mano de obra al proceso industrializador. Para la oligarquía la estructura de la propiedad es intocable a pesar de su injusta irracionalidad. Los parches necesarios se han cubierto con precios de garantía. En lo demás, indiferencia ante la depresión crónica del campo, descapitalización de explotaciones medianas y pequeñas, baja productividad, rigidez de oferta, insuficiencia crediticia, comercialización especulativa, importaciones de productos agrarios, productos alimenticios con costes elevados, fuente permanente de presión sobre el coste de la vida y la competitividad de las exportaciones.

3. El elevado grado de concentración monopolista de la industria ha canalizado los recursos financieros disponibles hacia sectores dinámicos dependientes del exterior por capi-

tal y tecnología, así como a sectores tradicionales protegidos, en los que se combina la gran inversión y la baja productividad. Como resultado el resto de la industria, principalmente pequeña y mediana empresa, padece de insuficiente capitalización, amenazada por el proceso de concentración y haciendo de «carne de cañón» en los reajustes que imponen las crisis. Las prácticas monopolistas combinadas con la baja productividad impulsan la inflación y el déficit comercial de la balanza de pagos.

4. Integración de la economía española en la cadena imperialista en posición subordinada y dependiente, fruto de la debilidad de la oligarquía. Productos innecesarios, tecnología exterior a menudo ni asimilada, ni adaptada a nuestra situación, condicionamiento comercial, fomento del endeudamiento exterior progresivo, presencia interiorizada del capital extranjero en el aparato productivo, mayor vulnerabilidad a crisis de origen externo, con marcado condicionamiento de las medidas aplicables en su tratamiento, etc.

5. Intervención estatal en la economía, ineficaz, descompensadora y al servicio de los monopolios. Supeditación y servicio directo de empresas públicas a empresas privadas, «nacionalización» de empresas privadas no rentables, canales privilegiados de financiación... todo ello basado en un sistema fiscal altamente redistributivo en favor del gran capital, incapaz de servir como instrumento de gestión económica e impulsor de tendencias inflacionistas (vía déficit presupuestarios imposición indirecta, uso inadecuado del gasto público...)

A todo esto se une, ya en la actual coyuntura, que la clase obrera y el resto de capas populares no aceptan que la clase que impuso jornadas extensas para salarios exigüos, el plan de estabilización, la emigración para los trabajadores, el paro, la represión laboral..., reclame ahora responsable disciplina laboral, aportaciones creativas, sacrificios «compartidos». Y esto es todo lo que puede ofrecer la oligarquía. No está dispuesta a perder un sólo ápice de su poder económico, aunque al

igual de lo que sucede en el plano político prepara posiciones escalonadas de retirada, desde las que aplicar medidas técnicas a la vieja estructura apenas retocada (reforma fiscal, gradual reasignación de recursos sin afectar a intereses establecidos, aumento de la dependencia exterior). No está en su mano aplicar las soluciones posibles que el pueblo exige y difícilmente puede el pueblo combinar en una negociación respeto de los intereses oligárquicos, defensa de sus propios intereses y soluciones eficaces para los problemas económicos. El pueblo puede presentar soluciones, que siendo tales, respeten sus intereses, pero no puede conseguir la cuadratura del círculo que supondría el hacerlas compatibles con el poder de la oligarquía. Y esto se basa en el carácter singular que la crisis tiene en nuestro país. No valen ni argumentos genéricos, ni ejemplos traídos de realidades diferentes (El País-25 sept- en su editorial: «La economía británica o cómo salir de la crisis»).

El riesgo de involución política

El riesgo de una involución política existe y ello es evidente. Nadie pretende desconocerlo. Ahora bien, sólo si analizamos ese peligro nos encontraremos en condiciones de señalar cual es la forma más adecuada para combatirlo. En gran medida, la gravedad del riesgo de golpismo procede del fracaso de la ruptura democrática. Con ésta se habría podido, entre otras cosas, desarticular los aparatos represivos del franquismo. Pero en el momento actual esos aparatos represivos permanecen intactos y es de ellos precisamente de los que cabe racionalmente temer una intervención encaminada a cegar la vía de la democracia. Lo que parece innegable es que la oligarquía no tiene el menor interés en proceder a su desarticulación. En sus manos, la hipotética intervención de las fuerzas armadas constituye siempre un chantaje frente a los partidos demócratas y, en su caso, por qué no, si medios adecuados no lo impiden, puede constituir algo más que un chantaje, es decir la solución para un momento de desesperación.

La misma política practicada por el Gobierno Suárez tiende a crear un caldo de cultivo favorable a un golpe de derechas. La paralización del Parlamento produce el desprestigio de la democracia como fórmula política. La propia incapacidad para atender a los problemas del país favorece esa idea que se pretende promocionar desde la derecha y que queda recogida en el lema fascista «Con Franco se vivía mejor».

¿De dónde proviene en consecuencia el verdadero riesgo para la democracia? Esta amenaza se nutre de un doble origen:

1. La falta de solución real a los graves problemas que el país tiene planteados, con lo que la situación se pudre y el desánimo y el escepticismo cunden.

2. La postergación, descuido consciente o irresponsable, de la tarea de impulsar ininterrumpidamente el fortalecimiento y la acumulación de fuerzas verdaderamente democráticas, aumentando la conciencia, el entusiasmo y el protagonismo de las masas, como único camino coherente para «limpiar» los restos fascistas del aparato del estado.

¿Dónde reside por el contrario el aventurismo que favorece la amenaza de involución? Es evidente que pueden existir provocadores irreflexivos o manipulados que con su actuación estimulan los soterrados deseos de quienes sueñan con dar «cerrojazo» a la aún débil y tierna andadura democrática. Pero no son éstos los más peligrosos. Los más peligrosos pueden ser los que subordinan la política de fortalecimiento y organización del pueblo, al propósito de granjearse la benevolencia de las fuerzas más objetivas e históricamente proclives al recurso fascista. No es fiando a la amistad de la oligarquía como se fortalecerá la democracia del pueblo.

Dos son las formas básicas para evitar el peligro de involución fascista. La primera de ellas consistiría en que las fuerzas democráticas se plegasen a la política de la oligarquía —aliarse con el zorro para que nadie se coma las gallinas—. En este supuesto el papel de los partidos populares sería de frenar al pueblo en sus reivindicaciones democráticas, desmo-

ralizándole hasta conseguir recortar sus ímpetus a la medida de la «democracia» deseada por la oligarquía. En esta opción el peligro se evitaría a corto plazo, mientras persistiese esa política y siempre que el pueblo se plegara inerte ante tales manipulaciones. La segunda opción es de signo opuesto. El camino para conservar la democracia no pasa por rebajarla, sino por profundizarla; no necesita la desmoralización y el enervamiento del pueblo, sino su entusiasmo decidido y responsable. Esto sólo es alcanzable con la acción articulada de los partidos democráticos presentes en el Parlamento y las movilizaciones ciudadanas, a fin de conseguir un tratamiento abierto y rápido del proceso constituyente y de los acuciantes problemas existentes.

¿Es la situación política tan grave como se insinúa?

De lo hasta aquí dicho se deduce que existe un peligro auténtico y serio de ver frustrada la consolidación y profundización democrática si no se actúa con firmeza y decisión. El aparato de estado aún con importantes enclaves fascistas, la oligarquía decidida a crear el marco que perpetúe su permanencia en el poder político, una actividad parlamentaria progresivamente desconectada de las masas, la actual correlación parlamentaria insuficiente para una decidida política popular, la situación económica en creciente deterioro, el gobierno de UCD dividido e inoperante, la vida parlamentaria retórica y empantanada, etcétera.

Sin ocultas intenciones, ni interesados catastrofismos, hay que reconocer la compleja y profunda gravedad de la situación como único camino para pergeñar con nitidez los objetivos necesarios y para crear las fuerzas e instrumentos capaces de hacerlos realidad. Rebajando el diagnóstico nos arriesgamos a intentar remedios normales para situaciones de asentamiento, en vez de recurrir al amplio impulso democrático que el saneamiento de la situación y la defensa de los intereses populares exigen.

II

LAS SALIDAS A LA CRISIS: UN ANALISIS DE LAS DIVERSAS OPCIONES

La caracterización de la crisis realizada en las páginas precedentes va a servirnos de referencia en el estudio del significado e implicaciones de las alternativas, que se ofrecen con carácter de solución para la actual situación política.

Antes de entrar en el análisis específico de cada una de dichas fórmulas conviene recordar:

1. La oligarquía está interesada en conservar todo el poder político durante el período de transición y el Gobierno de UCD es manifestación directa de esta voluntad.

2. El Gobierno Suárez necesita ser reforzado, desde dentro o desde fuera, de forma expresa o encubierta, para poder acometer, con un mínimo de expectativas, sus «soluciones» a la crisis.

3. Sólo en la medida en que la resistencia de las masas a su política y la incapacidad de sus representantes políticos para llevar a término, coloquen a la oligarquía ante un fracaso que haga peligrar la continuidad de su dominación, solo entonces recurrirá a fórmulas diferentes, en las que esté dispuesta a compartir el poder político. Para ello dispone de una serie escalonada de niveles de cesión de ese poder político; todos ellos proyectados como eventuales remedios para preservar lo fundamental de sus intereses y su futura hegemonía.

4. A la clase obrera y al pueblo no les interesa cualquier solución a la que pueda colocarse un calificativo genérico de democrática; les interesa una solución popular, les interesa salvar aquél «interés nacional» que se identifica con los intereses del pueblo. (Para

los partidos populares no puede haber otra forma consecuente de defensa de los intereses del Estado que la de defender los intereses que ellos representan). Les interesa la auténtica democracia: la democracia para la mayoría, para el pueblo.

Gobierno de la oligarquía sin participación de fuerzas populares.

Esta fórmula significaría la continuidad del Gobierno UCD en su actual configuración o con simples retoques para consolidar su posición parlamentaria, pero apoyado por un pacto de «responsabilidad» extragubernamental con otras fuerzas.

En este sentido apunta Fernández Ordoñez («ABC», 25 sept.), cuando dice que «*la situación es suficientemente grave como para que intentemos conseguir los principales efectos del gobierno de concentración sin asumir sus evidentes costes políticos*»; habiendo fundamentado poco antes esta pretensión al decir que «*lo que es urgente, lo que es indispensable, más que un gobierno de concentración, es la conciencia de que una solución política requiere una estricta corresponsabilidad de todas las fuerzas presentes en el espectro del país*».

Sin prejuzgar necesariamente su forma gubernamental, en una línea similar se pronuncia Fraga («El País», 22 sept.) cuando se refiere a la «*coparticipación de todos los grupos responsables... en un plan a dos años de seriedad, austeridad, de ejemplaridad*», para elaborar una Constitución realista, fortalecer el orden público deteriorado y conseguir el «*enfriamiento de las cuestiones que no tienen solución a corto plazo... con vistas a restablecer la confianza y la economía...*»

Desde posiciones críticas a la política del PCE, a la que descalifica por apoyarse «*en la ficción de una política económica por encima de las contradicciones y antagonismos de clase...*» I. Sotelo (en «Diario 16», 17 sept.) argumenta de forma tal que objetivamente puede utilizarse en defensa de este enfoque.

Dice así: «...si no hay alternativa real a la política tradicional de superación de la crisis —y para él no es clara que la haya— congelación de salarios, disciplina laboral, facilidades a la inversión, ahorro en gasto público, etcétera) ...en semejante coyuntura mas vale desde la oposición defender los aspectos positivos e imprescindibles (!) de dicha política, pero conservando la libertad de crítica...» Posición que parece asumir el PSOE con su reciente propuesta de un «pacto programático», en el que Gobierno y oposición llegarían a «un acuerdo para sacar al país de la crisis, pero cada uno en su sitio, y cada cual con sus responsabilidades» («Diario 16», 28 sept.).

Esta alternativa, aún planteable en las actuales circunstancias por UCD, a pesar de su descomposición interna, se basa en definitiva en invitar a las fuerzas y partidos populares a respaldar la salida oligárquica de la crisis económica y política. El tipo de cesiones de poder que en estas circunstancias cabe esperar serían desde luego de carácter secundario, aceptando los sacrificios que para el pueblo conllevaría tal salida y sin exigir el «coste político» que para la oligarquía supondría el compartir su poder político con las actuales circunstancias.

Gobiernos compartidos por fuerzas oligárquicas y populares.

Esta posición tiene dos variantes fundamentales:

a) *Gobierno de concentración nacional* que abarca todo el espectro de fuerzas políticas parlamentarias, desde Alianza Popular al PCE, si bien ambas fuerzas extremas podrían colaborar desde dentro o fuera del gobierno, según los casos.

Esta opción puede plantearse en una situación de flagrante fracaso, pero no de absoluto hundimiento de UCD y puede ir presidida por el mismo Suárez y otra personalidad de claro signo oligárquico (Areilza o similar). A ello se refiere S. Carrillo cuando en el pleno de las Cortes (14 sept.), dice: «tratamos de

proponer, de sugerir, de hacer comprender la necesidad de lo que podría quedar limitado a un simple reajuste ministerial».

Esta fórmula tiene significativos defensores dentro de las filas oligárquicas y fue inicialmente propuesta y continúa siendo defendida por el PCE. Tomemos algunos argumentos representativos.

Ruiz-Giménez escribe en «Cuadernos para el Diálogo» (1-7 de octubre: «sigue pareciendo aconsejable el nombramiento de un Gobierno de coalición —o si se prefiere, de «consolidación democrática»— por un plazo concreto y previa consulta por el Rey a los líderes de todos los partidos políticos y organizaciones sindicales, y a los presidentes de los organismos estatutarios de las regiones que ya los tengan constituidos. Tal Gobierno, del que convendría que fuese presidente don Adolfo Suárez... estaría compuesto, mayoritariamente, por miembros de los dos grandes partidos... —UCD y PSOE—, pero con la participación equitativa de los demás partidos que tienen representación en el Parlamento..., sólo ese Gobierno de auténtica solidaridad nacional podría gozar de la autoridad política necesaria para superar con rapidez y eficacia los obstáculos que hoy entorpecen el proceso de consolidación democrática».

Satrústegui en las páginas de «El País» (22 septiembre) postula la necesidad de un «gobierno de evitación de una nueva dictadura, entre todas las fuerzas políticas parlamentarias», cuyas tareas no pueden ser otras, después de su cómica pirueta intelectual de identificar libertad y democracia con economía de mercado, que «salvar nuestra crisis económica con las medidas que normalmente se aplican en ese modelo de economía», concediendo con generosidad que «una vez salvada la crisis... esos partidos de izquierda tendrán pleno derecho a concurrir a nuevas elecciones».

Por su parte J.L. Cebrián, director de «El País», en un artículo (2 sept.) lo configura como un «Gabinete de tiempo limitado y función concreta: amparar el período constituyente y sentar las bases de la reforma económica»... basando su conveniencia entre otras cosas en

que *«no basta convencer a la izquierda de la gravedad de la situación. Hay que darle algo (subrayado del autor) a cambio de lo que se le está exigiendo».*

Vuelve a la carta «El País» en sus editoriales de 25 sept. (ejemplificando con el caso de Gran Bretaña) y sobre todo del 29 sept. (a raíz de la dimisión del Ministro Camuñas).

El PCE justifica la necesidad del Gobierno de concentración en la gravedad de la crisis, en el temor a las consecuencias de que fracase UCD y en la viabilidad de alcanzar, en la actual situación, un acuerdo programático de gobierno entre fuerzas oligárquicas y populares. Veámoslo.

«Nuestra preocupación responde a que estamos construyendo un nuevo sistema político democrático después de cuarenta años de dictadura fascista y lo estamos construyendo en medio de una crisis económica grave... Tanto la construcción de ese sistema político nuevo, como la solución que no puede tener mas que un sentido progresista —si quiere ser de verdad una solución de fondo de los problemas de la crisis— exige... que todos, absolutamente todos los partidos democráticos, las fuerzas sindicales, las fuerzas burguesas responsables, arrimemos el hombro...» (discurso de Carrillo al Pleno del CC del PCE de 7 de septiembre 1977).

A su vez S. Sánchez Montero («El País», 19 septiembre) argumenta que el PSOE podría *«elaborar con UCD un programa de gobierno en el que sean tenidos en cuenta, al hacer frente a la grave situación económica y al resolver los problemas políticos, los intereses de los trabajadores (?)...»*

Finalmente «Mundo Obrero» (Martín Muñoz, 15 septiembre) razona desde otro ángulo que *«no se puede jugar a esperar a que se «queme» un partido en su incapacidad de gobierno. El fracaso de UCD no importaría demasiado si no llevara al país a un atolladero político».*

Alcanzado un punto, la argumentación toma un sesgo sorprendente apareciendo el concepto de *«confiscación»* del programa de la izquierda por parte de UCD, como si programas con un diferenciado contenido de clas

podieran aplicarse indistintamente ora por partidos oligárquicos, ora por partidos populares. Valga de ejemplo el razonamiento de Carrillo ante el CC arriba aludido cuando al oponerse a un programa de UCD nutrido con las sugerencias de los partidos de izquierda dice que colocaría *«a la oposición... en la situación en que Suárez y Centro «confiscan» una parte importante del programa de la izquierda y lo utilizan políticamente en su beneficio y la izquierda en vez de afirmar su identidad va perdiéndola y con ello la iniciativa política a favor de UCD».*

Pasemos ahora al análisis crítico. En teoría, un gobierno de concentración parece adecuado para un período constituyente por las garantías de equilibrio político que ofrece. Pero nos encontramos ante un proceso constituyente con caracteres muy específicos. Cuando las fuerzas populares creyeron que la ruptura democrática era no sólo posible sino el camino más consecuente para acabar con el fascismo, plantearon la necesidad de un gobierno provisional democrático, en el que estuviesen presentes incluso aquellas fuerzas oligárquicas que fuesen antifranquistas y luchasen por la democracia. Hoy la situación es profundamente diferente y el sentido de las contradicciones también. El fascismo ha sido derrotado, aunque no barrido; la coyuntura política se caracteriza no por el enfrentamiento entre fascismo y democracia, sino por el que existe entre soluciones oligárquicas y soluciones populares a la crisis política. Un gobierno de concentración, con dominante presencia oligárquica no conseguiría ahora, en el plano constituyente, más que acelerar el proceso... pero para culminarlo con una constitución de democracia recortada, con los caracteres antes enumerados para la opción oligárquica.

En el terreno económico el *«arrimar el hombro»* que tendría sentido frente a una agresión o evento exterior a la sociedad española, pierde ese sentido si tomamos la crisis económica en los términos antes expuestos determinada por marcados intereses de clase. No se trata de una fluctuación coyuntural, ni tan siquiera derivada primordialmente de

contexto internacional. Su origen y su naturaleza es inseparable de la política seguida por la oligarquía e inseparable de sus actuales intereses. Una solución que cumpla el doble objetivo de:

1.) No hacer recaer sobre las capas y sectores populares menos favorecidos las consecuencias del saneamiento.

2.) Sentar las bases de un futuro desarrollo económico sostenido y equilibrado, no puede llevarse a término sin tomar medidas de forma directa y decidida contra el juego pernicioso de intereses fundamentales de la oligarquía, siendo en consecuencia una política inviable para un gobierno en el que aquélla esté representada de forma mayoritaria. En las condiciones en que hoy puede plantearse un gobierno de concentración, o se ve paralizado por antagonismos irreconciliables, o impulsa una salida favorable a los intereses de la oligarquía. Y esto no por cuestión de principios o abstracta oposición a lo que significa un compromiso, sino por la peculiar tipología de la crisis económica con que se enfrenta el país.

Sin embargo, sí es cierto que las fuerzas que compusieran un gobierno de concentración, quedarían, en parte legitimadas ante los ojos del imperialismo y la oligarquía si consiguen hacer triunfar la operación saneamiento, reparando así temporalmente el sistema económico capitalista en España, inevitablemente a costa de la derrota y el sacrificio de las clases populares. Tales fuerzas conseguirían las credenciales de fiabilidad para continuar optando a las plazas de gestores del sistema.

b) *Gobierno de coalición* que incorpora a los componentes de UCD menos comprometidos con el franquismo y llegara hasta el PCE, si bien este último podría figurar dentro o fuera del propio gobierno, según las circunstancias.

Esta opción se corresponde con un irrecuperable deterioro de la actual amalgama gubernamental, UCD, y podría ser presidido por una personalidad socialista. Se trata de una hipótesis escasamente argumentada hasta

ahora de manera abierta y positiva, pero que subyace a algunas actitudes políticas.

En un gobierno de estas características la presencia de la oligarquía es obvio que sería cuantitativamente menor que en el primer caso, pero cualitativamente continuaría siendo decisiva, sin que el hecho de que participaran las tendencias más liberales de aquélla modifique de forma significativa la defensa de los intereses fundamentales de su clase. Muchas de las limitaciones, apuntadas en el caso anterior para dotar de un contenido progresivo a la política gubernamental, se reproducirían en esta fórmula.

En el plano constitucional es posible que semejante gobierno consiguiera avances más próximos a los intereses populares, pero sin llegar, ni a cuestionar de forma explícita la forma de gobierno, ni a lograr una auténtica profundización democrática en el resto de campos en litigio, si no se apoyase de manera decidida en la movilización de masas; lo cual sería inaceptable para las fuerzas oligárquicas partícipes en él.

En el terreno económico sus posibilidades serían aún menores que en el político, ya que al aportar los partidos oligárquicos el aval y la hipoteca del imperialismo americano, al margen de maniobra gubernamental para resolver los problemas económicos cruciales, en que los intereses oligárquicos están por medio, sería tan escaso que se mostraría insuficiente para alcanzar una política económica coherente que cumpliera los dos objetivos básicos antes aludidos. Al igual que en el supuesto anterior tampoco sería posible superar el problema que crea el tipo de dependencia de la economía española respecto a la cadena imperialista. Más bien sucedería lo contrario, buscándose la salida a la crisis en un incremento de dicha dependencia; con lo que los frutos inmediatos, de existir, no harían sino preparar crisis futuras de mayor hondura, disminuyendo el horizonte de nuestras posibilidades autónomas y acentuando nuestro rango secundario en el contexto imperialista. Con todo lo que esto conlleva.

En el fondo, una solución de este tipo parte

del error de confundir los términos de la situación política actual con los del período predemocrático. Ahora el «enemigo a batir» no es ya el fascismo, aunque haya que acabar con todos sus restos cobijados bajo mil formas en el aparato de estado, sino la oligarquía y el imperialismo, dueños y señores de la etapa fascista, causantes últimos de la crisis, verdadera hipoteca para la consolidación de la libertad y de la democracia así como para la mejora de las condiciones de vida y trabajo del pueblo. Lo que hasta las elecciones se presentaba como una conquista favorable a los intereses populares —unidad de las fuerzas antifascistas, incluidas las oligárquicas— es hoy una severa limitación para hacer avanzar los intereses del pueblo.

Gobiernos de las fuerzas populares sin participación de la oligarquía

De nuevo aquí existen dos variantes principales:

a) Gobierno monocolor y minoritario del PSOE

Esta posibilidad respondería al total fracaso de UCD y a una mejora del PSOE en la correlación de fuerzas parlamentarias, eventualmente contemplable para después de unas nuevas elecciones legislativas. Con la actual composición del Parlamento ese gobierno monocolor del PSOE no parece viable, aunque éste afianzase su posición con triunfo en las elecciones municipales, e incluso en las sindicales.

Sin duda pues es al resultado de unas próximas elecciones legislativas, forzadas por esos triunfos electorales o una vez aprobada la Constitución, a lo que los dirigentes del PSOE hacen referencia cuando repiten una y otra vez que no están dispuestos a entrar en un gobierno de concentración porque ellos son una alternativa de poder. Así, escribe Luis Solana (en «El País» del 3 sept.): «Desde la posición de una democracia recién estrenada, lo lógico es que el grupo político que ha recibido el encargo de dirigir el país lo haga.

Si dentro de unos meses se demuestra que es incapaz de resolver la situación, lo coherente es que sea la siguiente formación política e potencia electoral la que intente la solución. Esto no sólo por que sea la segunda con escasa diferencia con la primera, sino porque significa la posibilidad de que otros intereses cumplan su turno de Gobierno». En el mismo sentido manifiesta Felipe González (en «El Socialista» del 11 sept.): «Si entramos a formar parte de un Gobierno, sea cual sea su composición, ha de ser compatible para nosotros el porqué gobernamos y el para qué gobernamos. Lo contrario sería diluir nuestro carácter y negar nuestro futuro como alternativa de poder».

En esta actitud se manifiestan los siguientes errores:

1.º) El PSOE no valora adecuadamente la gravedad de la crisis («No se nos puede pedir que gobernemos porque las circunstancias expresadas de modo catastrófico por algunos interesados así lo exijan» Felipe González en «El Socialista» de 11 sept.).

2.º) El PSOE sobreestima sus propias fuerzas.

3.º) Además, confía excesivamente en el juego parlamentario, como si nuestra democracia estuviese ya consolidada.

Aceptando que el PSOE esté dispuesto a llevar adelante su programa, no creemos que tenga fuerza suficiente para ello sin el apoyo de los demás partidos demócratas y antioligárquicos, y sin una movilización de masas basada en la unidad de las fuerzas populares. Sin esos presupuestos, se vería obligado a gestionar la salida de la crisis respetando esencialmente tanto el poder político como económico de la oligarquía, es decir a costa de las clases populares. Sin pretender paralelismos, ahí está como ejemplo de la impotencia de un partido socialista para practicar una política acorde con sus intereses de clase el caso de Portugal.

Estas apreciaciones son todavía más válidas si se piensa en un gobierno monocolor del PSOE como alternativa inmediata, sin pas-

por unas nuevas elecciones legislativas (ya hemos dicho que semejante variante no nos parece posible).

b) *Una alternativa de amplia base popular*

El análisis de las opciones hasta ahora consideradas no conduce inevitablemente al derrotismo. La defensa de los intereses populares precisa eso sí, dotarse de instrumentos adaptados al carácter de la crisis que vivimos. Tales instrumentos existen. A este fin, es necesario luchar por la más amplia unidad de las fuerzas populares, como única alternativa realista para ampliar la democracia, conseguir para la crisis económica soluciones eficaces en beneficio del pueblo y conjurar los más inmediatos peligros de involución. Este propósito no representa una opción inmediata de gobierno, ni tiene por tanto sentido predefinir con detalle su contenido programático. Sin embargo, objetivamente parece la solución más cabal y realista para superar la compleja crisis que en lo que precede hemos caracterizado.

Carecería de sentido inhibirse de los problemas actuales, afanados en crear una futura alternativa de poder, porque sólo con respuestas concretas a lo inmediato puede aquélla convertirse en realidad. Así, respecto al proceso constituyente hay que reivindicar su discusión abierta, de cara al país, mientras que en los problemas económicos hay que exigir medidas inevitablemente provisionales, que ataquen al paro y preserven la capacidad adquisitiva de los trabajadores y capas menos favorecidas, resistiendo los intentos de poner en ejecución políticas que no respeten estas condiciones. Pedir estas cosas no es reclamar utopías, aunque a la oligarquía puedan parecerle tales. Su posibilidad objetiva existe y no es cierto que la única salida a la crisis necesite, entre otras medidas, «una política de rentas... que modere los salarios, de forma que su crecimiento real medio sea inferior en varios puntos al de los precios» («El País», 27 septiembre, avanzando lo que puede ser el contenido del Plan de Saneamiento y Reforma Económica). ¡Curiosa reforma!

Una persona, tan poco sospechosa de iz-



quierdismo como Claudín valora en lo que sigue con justeza la situación cuando dice: *«Creo posible una política realista desde la oposición... que junto con la solución del problema constitucional defienda eficazmente los intereses de los trabajadores... y prepare al mismo tiempo una alternativa de poder de la izquierda... que conquiste para las verdaderas soluciones populares —y por tanto nacionales— a los problemas del país, un voto ampliamente mayoritario... Esta perspectiva requiere una política unitaria de los partidos de izquierda, de las organizaciones sindicales, de los movimientos de masas»* («El País», 10 de julio 1977).

Sólo forjando desde ahora la más amplia unidad de las fuerzas populares, en todos los planos, desde el Parlamento a la lucha reivindicativa, será posible crear los cimientos y la dinámica de una política que resuelva los problemas y favorezca al pueblo. Sólo así los buenos deseos no se convertirán en sueños

vanos o en su contrario, gestión de los intereses oligárquicos bajo siglas populares.

Hay hitos importantes que pueden suponer en el futuro inmediato un gran impulso para la lucha por la democracia y que las fuerzas populares no pueden responsablemente echar por la borda. Nos referimos claro está a las próximas elecciones municipales y sindicales. La unión de los auténticos demócratas, de los demócratas que representan los intereses de las masas populares, puede convertirlas en un triunfo decisivo. Desde él y culminado el proceso constituyente, la convocatoria de nuevas elecciones legislativas puede significar la plataforma para que un poder de amplia base popular dé una respuesta eficaz, coherente y democrática a las aspiraciones de nuestro pueblo, consolidando la democracia y abordando con ideas, realismo y decisión la grave crisis económica en que el país se ha visto enfangado por la política de nuestra oligarquía.

R.B. y A.T.

5 de octubre de 1977



Tomás VILLASANTE
y Antonio MURCIA

Ayuntamientos democráticos y elecciones Municipales

Las próximas elecciones municipales son un buen punto de reflexión para profundizar en algunas cuestiones urgentes, en torno a la táctica y a la estrategia de la izquierda. Y en este sentido la meta de este artículo será encontrar la articulación necesaria entre las tareas del momento en torno a las elecciones y la perspectiva estratégica de un bloque antimonopolista en vías a la transformación socialista.

Lo que hasta aquí se sabe en materia de Ayuntamientos y Administración Local, es la experiencia no muy larga ni muy conexas, pero muy intensa y significativa, de las luchas del movimiento ciudadano. En el Estado Español, el modelo de urbanización, ha provocado seguramente los movimientos, en los barrios, más importantes de Europa. El capital monopolista ha actuado tan descaradamente apoyándose en la forma fascista de denominación, que ha originado movimientos populares sin precedentes. *La calle* ha sido en numerosas ocasiones el recurso de actuación de los ciudadanos acorralados por el ejercicio del poder de los monopolios. La calle que reivindicaba H. Lefebvre (1) en sus libros, en nuestras ciudades ha sido tomada como lugar de protesta por nuestro pueblo en los últimos años. La calle es el miedo del poder establecido, es el temblor de todo Gobernador Civil. La calle, que es lugar de encuentro, de festejos populares, de manifestaciones, de concentraciones y hasta de asambleas..., es para los vecinos lo que para el movimiento obrero es la huelga.

Estos movimientos ciudadanos, resumiendo las experiencias de estos años, son fruto de las reivindicaciones inmediatas de los vecinos. Empezaron siendo defensivas, *de afectados*, y hoy son en general ofensivas y organizadas. Su actividad se centra en luchas por reformas de la ciudad en que vivimos. Se puede decir que es la lucha *sindical*

de los usuarios, de los consumidores, de los vecinos, de las amas de casa, etc. Nacieron en los barrios obreros y populares y hay asociaciones ciudadanas por cualquier barrio. Y no sólo cuidan el aspecto reivindicativo. El papel de las Asociaciones se asienta de forma muy importante en la creación día a día de un sentimiento de solidaridad y vecindad en los barrios. Las fiestas populares, los actos culturales, el asesoramiento profesional, etc., son aglutinantes que llenan el vacío hoy existente. Esta labor cotidiana entre el pueblo es clave para un contacto permanente y de masas entre los vecinos. Sobre esta base general, de los movimientos ciudadanos podemos marcar cuatro lecciones prácticas y decisivas que se aprenden en esta escuela, donde todos los vecinos pueden aprender de las contradicciones que les ha tocado vivir.

1. *No basta tener la fuerza de la razón, hay que tener la razón de la fuerza.* Ante cualquier asunto el pueblo aprende que hay que hacer propuestas posibles, razonadas y no simple demagogia radical. En la actual situación, el arma de la información y documentación con profesionales al servicio del pueblo se vuelve muy importante. Pero mucho más importante sigue siendo el arma de la movilización sin reservas de los vecinos. Sin esto es difícil que se consiga alguna reivindicación. Si de antemano se pone techo, si se está dispuesto a no llegar hasta el final con los vecinos, esta arma es inservible, estamos engañando a la gente. Hay que oponerse a las acciones de vanguardia elitista. Esta es la primera lección.

2. Las luchas para que triunfen suelen ser prolongadas, a veces de meses o años, por lo que *el arma de la unidad del pueblo es imprescindible.* Esto también se aprende en esta escuela. Hay activistas que funcionan en comisiones de trabajo, hay un sector activo que acude a las asambleas, hay quien simplemente está afiliado a la Asociación, y hay quien sólo se siente vinculado a la asam-

blea del barrio cuando es abierta para un caso concreto. Hoy que hay tantos tipos de asociaciones en los barrios, cada cual se afilia según sus preferencias. Por eso es importante que la *Asamblea del Barrio* permanezca o se inicie como aglutinante de los vecinos. Esta lección de unidad y organización, de elección en asamblea de las comisiones o responsabilidades, es muy importante para el pueblo, es empezar a garantizar un futuro democrático.

3. Además de comprender la combatividad y la unidad necesarias para las luchas del pueblo, los vecinos pueden *comprender cuáles son las causas de fondo de los problemas* que sufren. Si hay dirigentes conscientes del desarrollo de la lucha de clases, la lección de vital importancia es aprender de la realidad inmediata, viva, con ejemplos concretos, cómo se comportan los monopolios y el Estado del capital, y por contra cómo se ha de comportar el pueblo. *Hay una tribuna pública en cada conflicto para señalar la distinción de clase de estos movimientos antimonopolistas.* El pueblo, así aprende quién trata de aumentar su capacidad de acción soberana, y por contra quien se quiere aprovechar (para frenar o precipitar, según esquemas socialdemócratas o aventureristas) de su fuerza y de su unidad. Los dirigentes son así reconocidos por el pueblo. Esta lección es definitiva en toda lucha, marca el avance o retroceso de los movimientos populares. La necesaria negociación puede significar un pacto social que lleva a la consiguiente desmovilización y desmoralización de los vecinos, o por contra un acuerdo provisional, con mejoras conseguidas, que prepare nuevas batallas. En quién dirige está la clave.

4. Estas lecciones nos llevan a una consecuencia que se desprende inmediatamente. Los movimientos ciudadanos forman parte de la base, son fundamentales, por populares y antimonopolistas para la formación de un solo bloque que sea fuerza y conciencia

de la necesaria transformación social de la estructura de poder. Las experiencias de solidaridad con el movimiento obrero (especialmente en las huelgas generales que distintas ciudades han vivido bajo el fascismo), la solidaridad en los locales, colectas, apoyo a la amnistía, etc..., que el pueblo lleva adelante, su baza cotidiana para la formación de ese *bloque necesario de todo el pueblo contra la sociedad hoy dominada por los monopolios.*

Ganar la confianza de las distintas capas y clases populares para la necesaria transformación antimonopolista, no es tarea de un día. No basta un acuerdo de partidos (aunque éste facilite la tarea), sino unos eslabones de tareas cotidianas donde Asociaciones de comerciantes, de pensionistas, de amas de casa, de jóvenes, de vecinos, de sindicatos, etc..., van uniendo sus luchas, van coincidiendo codo a codo con todo el pueblo, y principalmente con la clase obrera aprendiendo la necesidad de un bloque antimonopolista. Este bloque en su formación histórica encuentra su base social en esos festejos populares que Asociaciones y Sindicatos potencian en barrios y pueblos su base se reconoce en las masivas manifestaciones por el pan, los precios, la contaminación o la amnistía; la calle y las huelgas son escuelas de nuestro pueblo. Y ante toda esta tarea, la clase obrera, su dirección más consciente tiene que estudiar en cada momento cada paso. Y cada día hacer política es no perder el norte antimonopolista y trabajar por la unidad más amplia del pueblo. En la dirección de cada día está la clave, y así se forja la dirección política de la clase obrera y de todo el pueblo.

Queda claro que las Asociaciones ciudadanas no pueden ser apolíticas. Queda claro que no pueden ser partidistas. Queda claro que tienen *una política propia unitaria, pero sobre todo, antimonopolista.* Esto se desprende de la experiencia de estos años de lucha. Pero alguien podría afirmar que en

realidad, en estos años de lucha contra el fascismo, las Asociaciones ciudadanas han sido un *cajón de sastre* antifascista, bastante más que antimonopolista, y que desaparecido en lo fundamental la forma fascista, las Asociaciones de Vecinos, a lo más quedan en un segundo plano, si no desaparecen. O dicho de otro modo, que los Ayuntamientos llamados Democráticos, y el peso de los partidos en las localidades van a hacer casi inútiles estas Asociaciones nacidas en la lucha antifascista. Su lucha política ha sido contra el fascismo y por las libertades, pero nada más falso que afirmar que las Asociaciones, tienen menos papel en la nueva situación. Al contrario, las contradicciones con los monopolios serán el objetivo central, directamente, se podrá ver con más claridad (si procuramos desvelarlo) el carácter del Estado (y Ayuntamientos) de los monopolios. Donde hay opresión hay resistencia. No sólo la clase obrera, sino todo el pueblo, y aquí las Asociaciones son fundamentales, tienen una necesidad común y manifiesta: acabar con el poder de los monopolios.

Desde luego, las formas tienen que cambiar. La situación política ha cambiado y esto tiene una repercusión indudable en todos los movimientos sociales. Al final del artículo analizamos este aspecto, uniéndolo además a la coyuntura de estas elecciones municipales. Pero antes es imprescindible ir al fondo. Es necesario ver cuáles son las raíces, la necesidad histórica demostrable, de estos movimientos ciudadanos, y de su necesaria inserción en un bloque antimonopolista cercano del socialismo. Las bases económicas, políticas e ideológicas del modo de vida urbano, impuestas por el gran capital, llevan consigo (como su enterrador) la necesidad de ese bloque que hoy constituye en torno a la clase obrera.

LA CIUDAD DE LOS MONOPOLIOS Y EL PODER DE CLASE

Las ciudades en las que hoy vive la mayoría de nuestra población no son fruto de casualidad, ni un mal necesario de la industrialización, sino que son fruto de una política concreta que ha favorecido a unos pocos en contra de la mayoría. Una política de leyes y financieros que ha dejado arruinado el campo y que ha concentrado mano de obra barata en los barrios de las ciudades. Una política que se basa en la capacidad de inversión del gran capital, y que ha aplicado la forma fascista de dominación durante cuarenta años, para lograr los beneficios más rápidos y cuantiosos. Una política de los monopolios que necesita fuerza de trabajo adecuada, una mano de obra que consume los productos que lanza la gran industria —coches, casas, alimentos, etc.—, en la proporción, forma y precios que se hacen necesarios en el modo de vida urbano impuesto. Esta fuerza de trabajo necesita reproducirse (cualificarse, alimentarse, descansar...) para rendir mejor. La ciudad de los monopolios es el lugar donde se da esa reproducción básica de la fuerza de trabajo, y se da en las condiciones óptimas para el capital, con los máximos beneficios y los mínimos costos. Frutos naturales de esto son la especulación del suelo, la vivienda, la contaminación, la falta de servicios y equipamientos sociales, etc...

Puntualizando:

1. La ciudad de los monopolios agudiza las contradicciones entre el desarrollo de las fuerzas productivas (la reproducción de la fuerza de trabajo y medios de producción) y las relaciones de producción (las aglomeraciones urbanas hacen cada vez más evidente la apropiación socializada de las condiciones de vida y producción).

2. La falta de equipamientos y servicios más imprescindibles, y la burocratización (actitud dictatorial) del Estado monopolista, hacen saltar continuamente a la calle en defensa de mejores condiciones de vida a las clases populares, marginados progresivamente de los beneficios del gran capital.

3. Los 40 años de dictadura en España han venido a agravar y a hacer más descarada la opresión sobre el pueblo, y en nuestras ciudades perduran los testimonios vivos aún de la especulación y la corrupción sin precedentes y sin límites. Los fraudes del pan, o los desastres ecológicos no son más que pequeñas muestras, de la forma de vida y consumo impuesta y que durante estos años seguimos sufriendo.

De los tres puntos, el primero es el clave para entender, dada la estructura de la ciudad capitalista, la necesidad de una nueva forma de vida, socialista. La ciudad de los monopolios despilfarra fuerza de trabajo (horas muertas en transportes, insuficiencia en sanidad y formación profesional, etc...), despilfarra fuentes de energía (gasto inútil de gasolina, electricidad, abastecimiento de agua, etc...), despilfarra materias primas (contaminación, descapitalización del campo, etc...), y despilfarra técnica (más preocupada en la propaganda de una *vida urbana feliz* y de *gran consumo* que en las necesidades reales). Como se ha resumido en otra parte (2), *la ciudad de los monopolios es un continuo y progresivo despilfarro de capacidad productiva y una dictadura, enmascarada de «modernidad» sobre sus habitantes.* La necesidad urgente de tomar medidas contra el modo de vida urbano que nos imponen los monopolios, plantea la necesidad de una

nueva ordenación del territorio de signo socialista. Sólo dentro de una planificación en primer lugar antimonopolista, y en la perspectiva socialista, se puede acometer el problema campo-ciudad, el problema del uso integral de la fuerza de trabajo y de los medios de producción.

Pero todas estas transformaciones necesarias históricamente para el desarrollo de la humanidad, y según la lógica de la lucha de clases, tienen un punto de apoyo sin el cual toda teorización es inútil. Será bueno que nos detengamos en analizar cuál es la cuestión central en este asunto, donde están las bases científicas del análisis de la ciudad y sus contradicciones. Y para ello vamos a citar unas frases de V. I. Lenin en *El Estado y la Revolución*, sin duda su obra clave, en donde toca de pasada pero muy significativamente la cuestión de la vivienda: 1. *El problema de la vivienda.*

En su obra sobre la vivienda (1872), Engels tiene ya en cuenta la experiencia de la Comuna, deteniéndose varias veces en las tareas de la revolución respecto al Estado. Es interesante ver como, sobre un tema concreto, se ponen de relieve, de una parte, los rasgos de coincidencia entre el Estado proletario y el Estado actual —rasgos que nos dan la base para hablar del Estado en ambos casos— y, de otra parte, los rasgos diferenciales o, la transición hacia la destrucción del Estado.

¿Cómo, pues, resolver el problema de la vivienda? En la sociedad actual se resuelve exactamente lo mismo que otro problema social cualquiera: por la nivelación económica gradual de la oferta y la demanda, solución que reproduce constantemente el problema, y que por tanto no es tal solución. La forma en que una revolución social resolvería esta cuestión no depende solamente de las circunstancias de tiempo y lugar, sino que además, se relaciona con cuestiones de mucho mayor alcance, entre las cuales figura como una de las más esenciales, la supresión del contraste entre la ciudad y el campo. Como nosotros no nos dedicamos a

onstruir ningún sistema utópico para la organización de la sociedad del futuro, sería más que ocioso detenerse en esto. Lo cierto, sin embargo, es que ya hoy existen en las grandes ciudades edificios suficientes para remediar enseguida, si se les diese un empleo racional, toda verdadera necesidad de vivienda. Esto sólo puede lograrse, naturalmente, expropiando a los actuales poseedores y alojando en sus casas a los obreros que carecen de vivienda o viven hacinados. Y tan pronto como el proletariado conquista el Poder político, esta medida, impuesta por el interés del bien público, será de tan fácil ejecución como lo son hoy las otras expropiaciones y requisas de viviendas que lleva a cabo el Estado actual. (Pág. 22 de la edición alemana de 1887.)

Aquí Engels no analiza el cambio de forma del Poder estatal, sino sólo el contenido de sus actividades. La expropiación y la requisa de viviendas son efectuadas también por orden del Estado actual. Desde el punto de vista formal, también el Estado proletario «ordenará» requisar viviendas y expropiar edificios. Pero es evidente que el antiguo aparato ejecutivo, la burocracia vinculada con la burguesía, sería sencillamente inservible para llevar a la práctica las órdenes del Estado proletario.

En esta cita aparecen los elementos clave para nuestro razonamiento sobre el poder y la transformación de las realidades urbanas.

El primer elemento sitúa sobre un problema concreto, el punto de partida necesario de la reflexión, no para construir ningún sistema utópico, sino para contar con las circunstancias de tiempo y lugar, y sobre ellas las actividades del Estado: La expropiación y la requisa en todo tipo de Estado.

Pero no basta: están los rasgos diferenciales (del nuevo Estado) o la transformación hacia la destrucción del Estado. Están las cuestiones de mucho mayor alcance, es decir, la supresión del contraste de la ciudad y el campo. Aquí está la diferencia, este es otro tipo de Estado, otro tipo de vida que se

distingue netamente de la organización de la vieja sociedad.

Y en tercer lugar el punto de apoyo práctico, la tarea eje sobre la que descansa el cambio: tan pronto como el proletariado conquiste el poder político, y es evidente que el Antiguo aparato ejecutivo, la burocracia vinculada con la burguesía sería sencillamente inservible para llevar a la práctica las órdenes del Estado proletario. E inservible incluso, hay que añadir, por las medidas racionales de una República Democrática que suprimiese a los monopolios realmente, y que siendo un paso decisivo hacia el socialismo, tomase medidas de transición.

O en otras palabras, desde el punto de vista formal también el Estado proletario ordenará requisar viviendas y expropiar edificios. Y en esto consistía la forma. Pero es evidente... y esta es la diferencia de contenido. los rasgos diferenciales, que el proletariado tiene que sustituir a la burocracia y a la burguesía, sencillamente inservibles. No es necesario insistir en que toda la cita descansa en un razonamiento sobre la lucha de clases que lleva necesariamente al Estado del proletariado, a la dictadura del proletariado, y Lenin cita a Engels para demostrar el fondo del problema, los rasgos diferenciales, el contenido de expropiación y requisa por el proletariado, por su Estado, que camina a solucionar la contradicción del campo y la ciudad y a la propia extinción del Estado.

Por contraste es bueno traer aquí, las declaraciones de Manuel Castells a la revista JANO Arquitectura (3), que contradicen abiertamente la postura leninista. Y dada la influencia de esta revisión y este autor en la cuestión de la política urbana, es necesario precisar las posturas. Parte Castells de la concepción marxista flexible del Estado, pero no contento con esta flexibilidad ideológica va mucho más allá: en el último año... trató de perfilar una teoría del Estado que se adapte a las condiciones históricas que estamos viviendo hoy día, ya que la concepción de la estructura del Estado como aseguradora de la dominación de clase... es dogmática... no es

cierta. M. Castells define el Estado a nivel de formación social y no de modo de producción, es decir, la cuestión del Estado es algo formal y no fundamental o esencial en la teoría marxista, contradiciendo abiertamente a Marx, Lenin y otros. Así puede afirmar que se pueden encontrar elementos del Estado que han sido conquistas populares, lo cual implica que el Estado es más un puzzle que un aparato de represión de una clase sobre otra, dentro de la complejidad de la lucha de clases.

Estas son las bases de partida de la política urbana del eurocomunismo en citas de M. Castells uno de sus máximos exponentes. Claro que Santiago Carrillo (4) lo justifica todo en torno a la concepción del Estado, afirmando que también Lenin era *revisionista*. Este es el reino de la confusión, de concepciones flexibles, de revisiones constantes, de la originalidad de desvincular la cuestión del Estado del modo de producción, de discurrir sobre nuevas formas utópicas... en una palabra, abandonar el marxismo como una ciencia creadora, utilizándolo como algunos conceptos a mezclar original y *novedosamente*.

Volviendo a la cita de Castells lo vemos. Nos pone ejemplos del P.C. italiano: *el caso italiano es absolutamente espectacular* y de un *Movimiento Ciudadano* que es una *mezcla* interclasista, que se viene a identificar con toda la sociedad y donde no existe una postura de clase. La lucha de clases no debe existir para estos *eurocomunistas*, o bien se la han olvidado en caso. ¡Claro que los Movimientos ciudadanos son de base social interclasista! pero o bien defenderán posturas burguesas o pequeño-burguesas, o bien serán dirigidos por la clase obrera. No cabe la *mezcla*. El interclasismo de la base popular no significa renunciar a los objetivos antimonopolistas. Sea más amplia o más restringida la base popular del Movimiento, su dirección táctica y estratégica conducirá a la conciliación de clases, a consolidar el marco democrático establecido por la burguesía (y la vida de la ciudad de los monopolios), o conducirá al desarrollo de la lucha de clases, y al enfrenamiento del pueblo contra el gran capital y

su aparato represor, conducirá a la democracia para las clases trabajadoras, es decir, a la opresión sobre los intereses del capital. O en palabras más claras, la *dictadura del proletariado* tal como Marx y Lenin la llamaron en su definición científica.

Lo miremos como lo miremos, que se desengañen nuestros utópicos *eurocomunistas*, la lucha de clases sigue presente y cada vez se desarrolla con mayor ímpetu. Lo que caracteriza a estos movimientos ciudadanos, consecuencia de las luchas contra la ciudad de los monopolios, es más su antimonopolismo que el que su base social sea más obrera o más popular. En función de la contradicción entre las clases, entre el Estado (y Ayuntamientos por lo tanto) del gran capital y el pueblo (desde la clase obrera, hasta sectores de las clases medias), se aglutina ese bloque histórico antimonopolista. Pero así como el gran capital, define por sus intereses al bloque dominante (en que colaboran no pocos burgueses y pequeño-burgueses), *es la clase obrera por sus intereses quien está principalmente interesada en agrupar en la lucha contra los monopolios a todo el pueblo trabajador, y aún a sectores de la burguesía media, a pesar de sus vacilaciones. Los distintos movimientos ciudadanos son, en la práctica, un buen aglutinante que la clase obrera, más que nadie, está interesada en impulsar y ampliar.*

Analizar la ciudad de los monopolios y su despilfarro, el Estado y las clases sociales en lucha, es punto obligado para una construcción científica de las tareas ante los movimientos ciudadanos y los Ayuntamientos. Sin este punto de partida nos quedaríamos en cuestiones formales, no reflejaríamos la concepción del mundo, la moral revolucionaria, que en definitiva diferencia a un marxista leninista de un *eurocomunista* o un socialdemócrata. El cómo abordar cada problema concreto, las diferencias que a veces pueden parecer cuestiones de matiz dentro de coincidencias tácticas de la izquierda, es algo que sólo se puede comprender desde el razona-

miento científico de la lucha de clases y el papel del Estado. La necesidad de la hegemonía (liderazgo y dominación) de los intereses de la clase obrera en el desarrollo de la lucha de clases no solo es la cuestión estratégica clave para el marxismo-leninismo, sino que además comporta un método de análisis, una concepción del mundo y una moral revolucionaria que es lo específico y clave para forjar la vanguardia de la clase obrera, y con su trabajo político el bloque antimonopolista de todo el pueblo, único camino para hacer realidad la transformación de la sociedad capitalista.

Como indica Ramón Lobato (5): *por regla general en todos los países, antes de librar la lucha decisiva por el socialismo, la clase obrera tiene que acometer muchas batallas previas, económicas y políticas, por objetivos parciales de carácter todavía no socialista. Estos objetivos pueden ser muy variados, dependiendo de las condiciones de cada país y de las diversas coyunturas por las que pase: lucha por los derechos democráticos, defensa de la soberanía nacional, contra el armamentismo, por el mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo, por una reforma agraria democrática, etc., etc. En cada una de esas batallas también se refleja con intensidad las ideas que guían a los partidos en los referentes al socialismo y al Estado.*

Porque en definitiva, son dos concepciones distintas del mundo y de la sociedad que se manifiestan en todos los momentos y ante cada fenómeno social.

Tal es así que V.I. Lenin afirma en una de sus obras más conocidas: «Quien reconoce solamente la lucha de clases no es un marxista, puede mantenerse todavía dentro del marco del pensamiento burgués y de los partidos burgueses... Marxista sólo es el que hace extensivo el reconocimiento de la dictadura del proletariado. En ello estriba la más profunda diferencia entre un marxista y un pequeño o un gran burgués adocenado».

Para el Marxismo-leninismo, dictadura del proletariado es un concepto teórico, histórico-filosófico, clave para enfocar todos los problemas desde una visión científica de las

cosas, pero *no es una consigna de agitación de masas. Ningún partido político puede existir simplemente en base a la defensa de un concepto teórico por muy clave y decisivo que éste sea.* Los marxistas-leninistas tienen que encabezar las luchas cotidianas, analizadas en lo concreto y orientar las tareas de cada momento.

Los Ayuntamientos como el escalón del Estado más cercano al pueblo, y los Movimientos Ciudadanos que en estos años han tomado postura ante él, también reflejan las distintas posiciones políticas de las clases sociales en concreto.

NO ES LO MISMO DEMOCRATAS EN LOS AYUNTAMIENTOS QUE AYUNTAMIENTOS DEMOCRATICOS

No existe el poder local. No podemos separar artificialmente la Administración Local de la Central, porque son una misma cosa con diferentes organismos, no con distintos poderes. Poder sólo hay uno y es el del que domina, el de la clase dirigente, que a todos los niveles se enfrenta a la clase dominada. Un Ayuntamiento no puede ser neutral en el tema de los impuestos, de las expropiaciones de los intermediarios, etc. (6). O es buen gestor de la ciudad de los monopolios, con lo que todos los parches sirven para perpetuarla, o el Ayuntamiento se enfrenta al poder central de planificación industrial y urbana. Hay que tener en cuenta que la legislación que afecta a la ciudad depende de distintos Ministerios, y de comisiones interministeriales. Y en una palabra, se inscribe en un modelo de crecimiento industrial monopolista frente al modelo que presenta la izquierda. La planificación industrial y urbana es algo general e interdependiente donde no caben islotes marginales.

La actual Ley de Régimen Local, aprobada

el día anterior a la muerte de Franco, es un ejemplo de la opresión dictatorial de estos 40 años. Tal como ya se ha resumido (7) en otro artículo, la Ley de Bases de la Administración Local: *es una exposición de motivos fascistas, un desarrollo limitativo de la democracia local, y angustioso en lo que significa control centralista de las Haciendas Municipales, al tiempo que se nos carga con nuevos impuestos sin comerlo ni beberlo. Los caciques, controles del centralismo, seguirán gravitando sobre nuestras cabezas.* Pero esta ley, todavía anclada en el sistema de tercios, etc.... hoy ya no la defiende ni Alianza Popular. Con la redacción de la Constitución que hará alguna referencia de principios generales sobre el Municipio, y con la convocatoria (UCO lo hará por decreto para no perder la costumbre) de las elecciones municipales se dibuja una nueva organización de la Administración Local. Hasta hoy los Ayuntamientos han tenido tres graves problemas que les han dejado reducidos a simples comparsas de la Administración Central: falta absoluta de autonomía y competencias propias siguiendo el modelo centralista, hacienda local inexistente y por tanto pobreza casi total para poder llevar adelante cualquier programa, y sobre todo falta absoluta de un funcionamiento democrático. Los plenos municipales son una pura fachada para que tome nota la prensa en su sección de local. Toda la vida municipal se cuece en los «plenillos» previos (en Madrid, Comisión Municipal de Gobierno), y más a diario por Delegados de servicios, auténticos protagonistas de las decisiones municipales. Paulatinamente los caciques locales han tenido que ir transformando sus cacicadas en argumentos técnicos y en desinformación a los vecinos.

De las tres facetas que se discuten como papeles de una Alcaldía, es decir representante del pueblo, Administrador de la localidad, y coordinador con el poder central, hasta hoy los alcaldes han sido: delegados del gobierno, favorecedores de especuladores y otros amigos, y opuestos a la participación de los vecinos. Es decir, que nada debemos conservar

de los Ayuntamientos franquistas, salvo los edificios y pocas cosas más.

Sin embargo, *hay quienes hoy quieren poner más hincapié en que haya demócratas en los Ayuntamientos, más que en los Ayuntamientos Democráticos*, que exigen los vecinos. Demócratas en los Ayuntamientos (desde siglas progresistas hasta marxistas-leninistas) puede haberlos y no por eso consideramos que el funcionamiento sea democrático, y mucho menos que en esa localidad el poder lo detente el pueblo. El funcionamiento verdaderamente democrático para el pueblo, con su participación eficaz, lo empezaremos a conseguir solo en una situación en la que el conjunto del Estado y toda la planificación esté en contra de los monopolios y a favor del pueblo. Sin esta transformación global, la actuación parcial de cualquier Ayuntamiento es positiva pero resultará limitada constantemente y en contradicción dentro del propio aparato estatal. Los Ayuntamientos, en las democracias bajo el dominio de los monopolios (Francia, Italia,...) son importantes posiciones conquistadas por la izquierda, pero son un arma de doble filo para el ejercicio de la democracia por los vecinos. La postura de elegir un alcalde y concejales socialistas o comunistas para un período de 4 años o semejante, es decir, de poner un demócrata en el Ayuntamiento, puede significar que ese *político* va a solucionar con su gestión los problemas denunciados en la campaña electoral. Y como llevará una actuación no corrompida, los vecinos pueden descansar tranquilos y sin preocupaciones. El alcalde es rojo y hace política por ellos. No se puede ignorar que esto lleva a una clara *tecnocracia de izquierdas*, que por el momento es más progresista que la derecha, pero no a una formación de un bloque antimonopolista con todo el pueblo, no a la transformación de la sociedad. Los efectos desmovilizadores en no pocos Ayuntamientos en que gobierna la izquierda en Francia e Italia podrían ilustrar lo que afirmamos. Para muestra valga un botón: el alcalde de Roma que se presentó en las listas del PCI en vez de abordar el problema de las numero-

as propiedades eclesiásticas que dominan la capital italiana, su primer gesto fue ir a la Misa del Papa a confirmar la buena vecindad...

Los marxistas-leninistas analizamos los Ayuntamientos de otra manera. Nosotros propugnamos Ayuntamientos Democráticos a hoy, que signifique pasos concretos en la democratización del Estado actual. Hoy defendemos la consigna por la que vienen luchando los movimientos ciudadanos desde hace años y que significa: 1) Autonomía y competencias propias, 2) democracia y revocabilidad, 3) funcionamiento descentralizado, y 4) participación y control de los vecinos. Principios que por ejemplo significan medidas municipales propias sobre: patrimonio e impuestos locales, planificación, vigilancia y sanciones, legalidad de actos y acuerdos locales, policía no represiva, información propia (boletín municipal); Carta Municipal donde se contemple el voto desde los 18 años para la elección directa de todos los concejales, revocabilidad de cargos y acuerdos por Referéndum Municipal; descentralización en distritos, y reorganización de los mismos, Plenos del Ayuntamiento abiertos a los vecinos, subvención a las Asociaciones, etc... Es necesaria una nueva Ley de Régimen Local que salga urgentemente de las Cortes, sobre estas bases. Y mientras tanto junto a estos principios aplicados a la vida local, *un Plan de Urgencia que solucionase los problemas más sensibles para los vecinos, al tiempo que se estudia con la participación vecinal planes generales para una adecuación del Municipio en contra de los monopolios y a favor del pueblo*. Evidentemente tanto los principios políticos como las gestiones para una industrialización y urbanización antimonopolista conducen a crisis con el aparato central del Estado. Se trata de batallas donde aprende el pueblo y sus dirigentes. *Estos Ayuntamientos son colinas conquistadas en la guerra dentro de terreno enemigo y por lo tanto más con la condición de «posiciones del frente» que como zonas liberadas con posibilidades de una planificación netamente antimonopolista.*

En cualquier caso sujeta cualquier actuación al conjunto del desarrollo de la guerra.

En la batalla Municipal, como en todas las batallas, hay cosas muy importantes que aprender. El pueblo necesita vivir estos procesos democratizadores junto a sus dirigentes, y sacar conclusiones sobre lo que ya veíamos al principio de este artículo: *la fuerza de la razón y la razón de la fuerza*, la unidad y la organización, el momento concreto y la causa en su conjunto, el necesario bloque antimonopolista y la firme posición y el análisis científico de los dirigentes de la clase obrera.

Ni estas, ni ninguna otras elecciones, pueden ser un fin en sí mismas. Son ocasión de unidad del pueblo con planteamientos políticos inmediatos y antimonopolistas. Hoy y aquí, para los marxistas-leninistas se trata de un nuevo paso dentro de un *profundo movimiento para transformar las cosas*. La revolución no parece que esté al doblar la esquina. La política cotidiana, del momento, se tiene que impregnar de la moral revolucionaria de *transformar las cosas* mediante un trabajo de masas. Dentro de este paso fundamental para lograr el bloque antimonopolista, se inscriben estas elecciones.

EL CARACTER ANTIMONOPOLISTA DE LOS MOVIMIENTOS CIUDADANOS

Pero ¡joj! con los Ayuntamientos, ¡joj! con las infiltraciones en el aparato del Estado. Los Movimientos Ciudadanos han de guardar celosamente su independencia. Hoy se presentan continuas oportunidades por el poder (del gran capital) de colaborar en organismos mixtos entre Gobiernos civiles, Ayuntamientos, departamentos ministeriales, y las Asociaciones ciudadanas. Se trata de un arma de doble filo. ¿Ninguna negociación? ¿Ninguna integración? ¿Ningún pacto? *Bajo la aparien-*

cia de comisiones técnicas, de infiltrarse en los aparatos del Estado, se están firmando pactos sociales a todas las escalas.

Vayamos por partes. En primer lugar distinguir lo que son las tareas de Gobierno local o central, y lo que son las tareas de los movimientos reivindicativos. Las tareas de gobierno local son realizar la gestión más eficaz en el marco preestablecido por el sistema del gran capital. En el marco de las actuales ciudades y formas de producción y consumo, un alcalde demócrata puede actuar contra los monopolios pero no puede solucionar el problema que sin duda le desborda. El marco económico y de poder al que está sujeto sólo le permite utilizar su cargo hasta determinados límites. Su gobierno, su gestión, vive en una constante contradicción, entre el empuje del pueblo y lo recortado de sus posibilidades de actuación. Su gobierno y gestión no puede ser neutral en ningún caso. *Por eso no hay que confundir esas tareas de gobierno local con las tareas de control vecinal.* El control y las reivindicaciones corresponden a las Asociaciones ciudadanas, son materia «sindical» de los vecinos, amas de casa, etc... Cada cosa en su sitio: la política reivindicativa y de control para los vecinos en un claro contenido antimonopolista, y el gobierno local como representante de la política de gestión del municipio. Esto significa que *las comisiones mixtas, técnicas, de investigación, etc..., no son neutras, sino que son mesas de negociación entre entidades contrapuestas, donde habrá representantes de los intereses populares y representantes de los monopolios, que sin duda no se pueden conciliar.* Los intereses de la burguesía y la pequeña-burguesía en los Ayuntamientos serán, por el contrario, conciliar, encontrar fórmulas técnicas que eviten el enfrentamiento pueblo-Monopolios. La participación ciudadana en los Ayuntamientos corre así el peligro de caer en el pacto social. *A cambio de que me permitas meterme en el aparato de Estado, yo me exijo más de lo que estás dispuesto a dar* es lo que parecen decir algunos dirigentes de Asociaciones ciudadanas. Por ejemplo, en la recién-

te lucha del pan en Madrid, se acuerda mantener el precio del pan entre el Gobierno Civil y las Asociaciones de consumidores y centrales sindicales, y plantearse la reestructuración antimonopolista del sector panadero como única solución de fondo al problema y porque el precio del pan baje. Pues bien a cambio de instalarse en los organismos decisorios del consumo (Junta de Precios, etc...) se olvidan algunos dirigentes vecinales de la solución antimonopolista al pan (reestructuración, antimonopolios y fraude), y pasa a discutir otros temas de precios que brinda el momento. En este tema del consumo y de la comercialización, por ejemplo, la política de los monopolios es dejar que se discutan los precios en comisiones mixtas y técnicas, ya que así pueden amortiguar más las manifestaciones y movilizaciones populares, y en cualquier caso tener un interlocutor válido, pero siempre y cuando no se plantee un control real de las estructuras de producción y comercialización, su remodelación antimonopolista, verdadera madre del cordero del problema de los precios.

Ante esto sería una postura infantil abandonar las comisiones mixtas y quedarse solo en la lucha frontal de la calle (manifestaciones, boicots, etc...). Hay que combinar en *cada momento, y desde una perspectiva radicalmente antimonopolista, la movilización popular con la negociación de soluciones posibles. Hay que condenar el pacto social, pero hay que saber negociar y llegar a conquistas parciales sobre la Administración de los monopolios. Es la única forma de forjar unos movimientos ciudadanos no solamente antimonopolistas, sino también con fuerzas y con experiencia para librar las duras batallas que se suceden continuamente.* Delimitar en cada caso los campos es clave para los intereses populares. Por eso, ha de ser incompatible un cargo de gobierno de un Ayuntamiento, un concejal por ejemplo, con la presidencia o representación de una Asociación ciudadana.

Por el contrario, la política burguesa y pequeña-burguesa infiltrada en los movimientos ciudadanos y en los Ayuntamientos gusta de

la confusión de términos, mezcla lo que no tiene que mezclar y separa lo que tiene un mismo sentido. El reino de la confusión sólo favorece a los monopolios. Así, los partidos son para la política, y las Asociaciones para el sindicalismo apolítico. Esta separación es sólo papel mojado. De hecho los partidos están en las reivindicaciones de los barrios, y cada vez con mayor oportunidad propagandística; y también de hecho se utiliza a las Asociaciones para potenciar candidatos electores de tal o cual partido, luego aquella afirmación además de falsa, no se la cree nadie.

Estos profesionales de la confusión para el pueblo, borran las diferencias entre los intereses de las Asociaciones ciudadanas y los intereses de los Ayuntamientos, del Estado y del gran capital. Todo lo reducen a problemas técnicos, a informes y contrainformes, a comisiones de profesionales, a acuerdos en el terreno de lo que la Administración está dispuesta a dar. Negociaciones entre Juntas directivas de Asociaciones y Ayuntamientos, conseguir salir en la prensa tal o cual líder porque ha conseguido un semáforo en la negociación, a fin de ser elegido en las siguientes elecciones municipales, o a fin de *ir preparando un compromiso histórico entre la izquierda y la derecha*.

El ejemplo más claro es quizás el del Metro de Bilbao (8). Al gran capital le interesa hacer ante todo el Metro de Bilbao y en ese marco impone la negociación. Pues bien, en vez de contar con los vecinos de Bilbao sobre si se quiere el Metro o Ambulatorios, u otra forma de transporte, lo que el PCE plantea son algunas alegaciones técnicas al trazado del Metro, aceptando de entrada la política del gran capital, y atreviéndose lo más, a mejorarla un poco y sin salirse para nada de sus límites.

En el caso de la legalización de las Asociaciones de Vecinos, para los más vacilantes lo importante no era la unidad y fuerza del movimiento asociativo, sino la legalización ante todo de las Asociaciones. Así se consagra formalmente la pluralidad de Asociaciones, permitiendo que cada Asociación de un

mismo barrio lleve un nombre distinto, y haya tantas como nombres son posibles. Algunos partidos aceptan este juego sin haber presentado batalla, y las Asociaciones han tenido que entrar una a una por el aro. Incluso ahora las Asociaciones que ya estaban legalizadas anteriormente a esta claudicación, tendrían que reformar sus Estatutos y su nombre.

Y con esta situación entramos a analizar el futuro de las Asociaciones ciudadanas. En primer lugar constatar el *doble pluralismo asociativo* que se da en nuestros barrios. Hay un pluralismo natural y conveniente que se basa en la especialización de las Asociaciones y la multiplicación de locales en los barrios. Hoy en un barrio coexisten los locales de la Asociación de Vecinos con los de tal o cual partido, los locales de los sindicatos, con las Asociaciones de Amas de casa, jóvenes, culturales, etc... Es lógico que cada cual se afilie a la Asociación en que mejor encaje pues cada una tiene sus peculiaridades específicas. Esto puede aumentar el número total de afiliados y la vida asociativa del barrio, al contar con más locales. Pero tras este pluralismo hay también una pluralidad de tendencias políticas y en concreto: partidos políticos. Las divergencias ideológicas pueden chocar en estos movimientos ciudadanos, y por eso se impone un punto de unidad para todo el barrio o pueblo: *la Asamblea*. No se trata de inventar nada nuevo. La práctica de que la Asamblea del barrio cuando es masiva y por un tema candente no se atiene a los afiliados de tal o cual Asociación, y sin duda es la máxima autoridad para nombrar comisiones, para hacer y deshacer de forma unitaria. En los barrios de mayor experiencia de Asambleas ya es una costumbre ante cualquier acontecimiento. Su generalización en las fiestas del barrio, ante cualquier reivindicación, para presentar el plan de urgencia, etc..., tiene que ser la base de recuperar la unidad de los movimientos ciudadanos, hoy en crisis. Es más, hoy, la nueva situación política facilita que estas Asambleas sean masivas, y frecuentes si son para un tema concreto y candente.

Por otra parte estas *asambleas de barrios o pueblos abiertas* (lógicamente en barrios no demasiados grandes) son además una posibilidad de ir configurando desde la base la tendencia hacia el bloque antimonopolista para la transformación de la sociedad. La práctica de estas asambleas es naturalmente paralela a los asuntos de todas las Asociaciones, sindicatos y partidos del barrio, contribuye por lo tanto a la unidad anti-monopolista, y a evitar los peligros de dispersión entre Asociaciones y de pacto social por los más vacilantes. *Impulsar los movimientos de masas* de los movimientos ciudadanos hoy se presenta como una tarea clave ante la crisis económica y el peligro de una democracia restringida en la participación del pueblo.

Sobre estas bases las Asociaciones de Vecinos, de amas de casa, etc..., tienen un papel cada vez más claro, lejos de desaparecer su presencia, se tiene que potenciar, pues sus reivindicaciones cada vez son más angustiosas, y el pueblo no tiene mejor arma a su alcance. En estas elecciones municipales las Asociaciones no deben comprometerse en políticas partidistas, en los manejos de políticas de *concentración* o conciliación con el capital monopolista. Las Asociaciones ciudadanas no deben permitir que se las utilice de la misma forma que han de evitar quedar marginadas. *Las Asociaciones tienen que aparecer con voz propia para elaborar su Plan de Urgencia frente al gran capital, y para exigir que sean los independientes y partidos que formen candidaturas los que se responsabilicen de su gestión si llegan al Ayuntamiento.* Que las Asociaciones no se queden marginadas no quiere decir que pretendan gobernar en el Ayuntamiento (eso corresponde a las opciones políticas), sino que marquen claramente cuales son sus intereses antimonopolistas, y que los exijan hoy a las candidaturas y mañana a los concejales y alcalde.

Por tanto las Asociaciones consecuentes con sus vecinos han de combatir esa otra *unidad* de conciliación (*concentración nacional* le llama el PCE refiriéndose al gobierno)

con el gran capital *dinámico*. No deja de ser sospechoso que quienes boicotearon la unidad de la izquierda en las elecciones generales, ahora nos vengán hablando de unidad. Claro que es una unidad sin principios, una unidad para encumbrar a quienes están dispuestos a negociar sin condiciones con el gran capital según vienen demostrando. La *unidad* para no transformar la realidad, sino para contener al pueblo ante el chantaje de los *pinochets* con que nos quieren asustar, no solamente es algo de lo que es preciso diferenciarse, sino además denunciar.

La clave por tanto está en que los *Planes de Urgencia* respondan fielmente a las *necesidades de los vecinos*, que no sean siempre parches, que inicien soluciones de cara a la *transformación de la ciudad de los monopolios*. Planes que tienen que ser *viabiles y concretos*, es decir precisando datos económicos y urbanísticos, a fin de que ningun conciliador pueda dar gato por liebre o hacer demagogia. Tienen que ser realizables inmediatamente para que el pueblo los respalde masivamente. Respaldo popular que se ha de procurar antes, en, y después de las elecciones municipales. O la izquierda acomete a fondo, con movilizaciones concretas, esta tarea o no está respondiendo hoy a las necesidades de los vecinos ante la crisis económica.

Aún no se conoce la ley electoral para las municipales. Pero parece probable que nos sigan imponiendo la normativa por un decreto-ley según la costumbre de UCD. Ante el miedo de la derecha por el éxito de la izquierda en Francia en las últimas municipales todo hace pensar que Suárez hará una ley a su favor, sobre todo teniendo en cuenta que a escala local no cuentan tanto los figurones estatales. En este sentido *hay que denunciar ya la falta de una Ley de Régimen Local* (aunque sea provisional) de contenido mínimamente democrático. Mientras tanto, la vigente Ley hecha el día anterior a la muerte del dictador pesa como una losa sobre el futuro de los alcaldes y concejales. Como los elegidos en las municipales no podrán intervenir directamente en la necesaria nueva Ley

de Régimen Local, es un contrasentido el poder hacer promesas en este terreno, es un contrasentido como que se pueda elegir a alguien para un cargo del que no se saben las competencias ni responsabilidades. En todo caso sólo se sabe lo que dice la actual Ley Ascista, que sin duda ningún demócrata aceptará.

Evidentemente, aunque no haya Ayuntamientos Democráticos, los demócratas en los Ayuntamientos demostrarán su consecuencia con los intereses del pueblo enfrentándose junto con sus convecinos contra la opresión autoritaria que la derecha quiere imponer. Aún no está entre las masas el problema de los Ayuntamientos Democráticos, pero lo que sí están candentes son *las soluciones concretas y viables a sus problemas más urgentes en los barrios y los pueblos; esto es, los Planes de Urgencia y de Ordenación Urbana*. Arrancando de estos Planes de Urgencia, como defensa concreta del pueblo ante la crisis económica y la política del Gobierno, serán necesarias plantear *medidas de actuación democrática dentro de estos Ayuntamientos*, en el sentido de defender la *autonomía*, la mayor *democracia* posible, la *descentralización* y la *participación popular*. Sobre estas bases podemos pensar en empezar a dar la batalla hoy contra la dictadura de la ciudad de los monopolios T.V. y A.M.

NOTAS

(1) H. Lefebvre. Principalmente «El derecho a la ciudad» y en general toda su obra.

(2) Tomás Villasante. «Los vecinos en la calle» Ediciones de la Torre.

(3) JANO Arquitectura, n.º 39, julio-agosto 1976.

(4) Santiago Carrillo. «Eurocomunismo y Estado». Editorial Grijalbo.

(5) Ramón Lobato. «Qué es la dictadura del proletariado». Ed. La Gaya Ciencia.

(6) J. Omeñaca. «Movimiento Ciudadano: crisis». Bilbao 1977.

(7) Tomás Villasante, revista Arquitectura. COAM número 198.

(8) Jesús Omeñaca. «El Metro popular y los intereses del gran capital». Bilbao 1977; folleto recogido también en «Movimiento Ciudadano: crisis».

La Universidad Vasca:

Algunos problemas

Jesús LEGUINA

El acelerado proceso de recuperación de la identidad cultural del pueblo vasco necesita de la creación y expansión de una Universidad de Euskadi, que viene a ser sin duda, la clave de bóveda de ese proceso. Sin cuya consecución no será posible romper la barrera de la alienación cultural en que hoy se encuentra sumida una buena parte del país vasco, y singularmente, sus clases trabajadoras.

* El presente trabajo corresponde, con leves modificaciones de detalle, a la exposición oral del autor en una mesa redonda que sobre «La Universidad Vasca» tuvo lugar en la Universidad de Deusto (Bilbao) el día 28 de abril de 1977. El texto fue elaborado como parte de la ponencia colectiva presentada a dicha mesa redonda, siendo autores de sus otras partes de la citada ponencia los profesores Juan Churruga y Gregorio Monreal.



La Universidad Vasca:

Algunos problemas

Antes de entrar en el contenido concreto de mi intervención — que lleva por título *Problemática de la implantación de la Universidad Vasca*— parece conveniente formular algunas observaciones previas. En primer término, deseo dejar constancia de la carga emocional del tema, en particular para quienes formamos parte de la comunidad universitaria vasca, profesores y estudiantes. Entiendo, sin embargo, que la emotividad que el tema suscita, que es legítima y hasta útil para la denuncia y la protesta frente a una situación injusta, no es buena compañera a la hora de analizar el problema en toda su complejidad y de alumbrar soluciones viables hacia el futuro. La emoción debe ceder aquí el puesto a la razón.

Tenemos que hacer todos un esfuerzo por situar el tema de la UV dentro de sus justas coordenadas de análisis, huyendo de planteamientos mitológicos románticos, utópicos o simplistas, no porque todos estos planteamientos sean en si mismos rechazables, sino porque pueden llevarnos a una comprensión defectuosa, idealista o parcial de la realidad; a una visión imaginaria del problema, desconectada, pues, de la complejidad que este ofrece en la práctica. Digo esto porque me parece que entre los trabajos más recientes dedicados al tema, algunos no escapan a este defecto.

No es mi propósito (ni, aunque quisiera,

podría hacerlo por evidentes razones de limitación de tiempo disponible) hacer ahora un análisis pormenorizado y exhaustivo de todos y cada uno de los problemas que a la implantación de la UV se le presentan. Mi aspiración es mucho más modesta: trataré solo de seleccionar algunos, aquéllos que me parece pueden ofrecer un mayor interés en este momento para centrar el debate posterior.

Debo decir además que tampoco pretendo ofrecer soluciones, ni definitivas ni provisionales, a tales problemas, confesando de antemano mi perplejidad y mis dudas ante muchas de las cuestiones que la futura configuración de la UV nos plantea.

Tómese, pues, las palabras y las ideas que a continuación voy a exponer más como reflexiones en voz alta que como proposiciones acabadas. Algunas de las afirmaciones que a continuación haré podrán parecer un tanto esquemáticas, sin los necesarios matices. Confío en que sabrán comprender y perdonar esta limitación, impuesta por la brevedad de tiempo de que disponemos.

Trataré, entre otros, algunos aspectos técnicos y organizativos poco brillantes, pero no menos importantes. La historia ofrece abundantes ejemplos de ideas brillantes y de proyectos sugestivos, aniquilados y reducidos a la nada por falta de una adecuada articulación.

su grado máximo de paroxismo durante los últimos 40 años de dictadura franquista. Este proceso podrá durar más o menos, pero acabará sin duda por consumarse, pues las reivindicaciones nacionales y regionales son ya algo imparable, algo que ninguna fuerza podrá impedir.

A nadie se le oculta, sin embargo, que la cristalización de los futuros poderes autónomos nacionales y regionales puede cobrar formas y grados muy distintos según cuáles sean las fuerzas y las clases sociales que hegemonicen aquéllos y el poder del Estado. Y a nadie se le puede ocultar tampoco que, por lo que respecta a Euskadi y a su Universidad, la configuración que el ente político vasco asuma en el futuro, en función del grado de autonomía que se alcance y de las fuerzas sociales que lo controlen, conformará indudablemente la imagen de la Universidad vasca. Por ello, no puede sernos de ningún modo indiferente la forma en que se consume y articule el futuro ente político

autónomo o Estado vasco y cuáles sean las fuerzas sociales que dirijan y controlen el proceso. Por ello, digo también, que la implantación de la Universidad Vasca es, ante todo, un problema de naturaleza esencialmente política, en la medida en que la solución que al mismo se dé está directamente vinculada a la cuestión política n.º 1: la cuestión del poder y de las clases y fuerzas que lo hegemonicen.

La Universidad Vasca, en definitiva, será muy distinta, adoptará una u otra fisonomía, según que el liderazgo y la hegemonía política de Euskadi corresponda en el futuro a la burguesía monopolista, a las clases burguesas no monopolistas o a las clases trabajadoras y populares. Entiendo que éste es un aspecto capital del problema, que es imprescindible tenerlo siempre en cuenta para que todos sepamos cuáles son los intereses que de verdad están en juego, evitando así incurrir en peligrosos ideales, oscurecedores y mixtificadores de lo que ocurre en la realidad social en la que vivimos.

El porqué de una Universidad Vasca

En este contexto, parece innecesario insistir sobre las razones que justifican la creación de una Universidad Vasca, Universidad que todavía no existe, a pesar de que contemos, como es notorio, con algunos centros universitarios diseminados por toda la geografía del País. La aspiración a una Universidad de Euskadi forma parte de la respuesta que el pueblo está dando hoy a la opresión cultural y política que desde antiguo viene padeciendo, opresión que —conviene no olvidarlo— ha sido en buena medida coprotagonizada por la oligarquía vasca. La reivindicación de la Universidad Vasca forma parte de la lucha que las clases

trabajadoras y populares del País, y un número cada vez mayor de sus intelectuales, están llevando a cabo por recuperar y afianzar su identidad como pueblo y como comunidad nacional diferenciada. Un ilustre Catedrático de la Universidad de Madrid —el profesor Carlos PARIS ha dicho que la Universidad es un *«agente decisivo en la supervivencia de una colectividad»*. Creo que esta afirmación es rigurosamente aplicable al caso de Euskadi. Entiendo, pues, que la Universidad Vasca, para merecer tal nombre, deberá cumplir sus funciones de receptora, transmisora y creadora del saber humano, no de espaldas

a la realidad social, sino totalmente inmersa en su medio circundante, identificada con las necesidades de la comunidad a la que debe servir, comprometida con sus problemas y abanderada de su cultura, siendo al propio tiempo adelantada en el proceso de transformación hacia

una nueva sociedad en la que desaparezca todo tipo de opresión económica, cultural y política, una sociedad, en suma, en que la libertad y la igualdad sea algo real para todos, y no simples coberturas retóricas al servicio de los intereses de unos pocos.



La cuestión del euskera

Cuestión capital en la implantación de la Universidad Vasca es la presencia en la misma del euskera. El euskera debe acceder a la Universidad, y debe acceder ya, sin demoras. Si de verdad se pretende que la Universidad Vasca sea la Universidad del pueblo vasco, de todo el pueblo vasco, es evidente que el patrimonio cultural por antonomasia de este pueblo —la lengua vasca— debe ocupar el puesto que le corresponde, en cuanto vehículo cultural y científico de la comunidad nacional vasca, en todos los grados de la enseñanza, incluido el escalón superior o universitario.

Pero, al propio tiempo, no es posible ignorar que en los momentos actuales una parte muy importante del pueblo vasco desconoce absolutamente el euskera y utiliza exclusivamente como medio de expresión y de comunicación cultural el castellano, en Euskadi-Sur, y el francés, en Euskadi-Norte. De otro lado, la enseñanza impartida en los centros universitarios (públicos y privados) existentes hoy en el País está rigurosamente monopolizada por estas dos lenguas, excepción hecha de algunas experiencias embrionarias y marginales.

Esta es una realidad que, repito,

no es lícito desconocer a la hora de reclamar la cooficialidad del euskera en la Universidad. La cooficialidad significa, pues, un primer paso que debe darse ya sin tardanza para poner fin a una situación escandalosa de discriminación cultural. Pero evidentemente, por lo que a la Universidad se refiere, la enseñanza e investigación en español, de todas las ciencias y saberes de nivel superior será el resultado de una progresiva normalización lingüística en todo el país, cuya mayor o menor duración dependerá en buena medida de los esfuerzos que en tal sentido lleven a cabo todos los grupos e instituciones sociales del País; entre ellos, y en primer término, la propia Universidad.

A corto plazo, sin embargo, debería iniciarse un proceso de desdoblamiento de las unidades docentes, creando y reservando nuevas plazas para que sean cubiertas por profesores euskaldunes que impartan, la enseñanza en euskera a los estudiantes que lo deseen.

Al comienzo, las dificultades serán grandes, sin duda alguna, por inexistencia de textos didácticos, de bibliografía, de revistas científicas, etc. Pero el camino se hace al andar y hay que iniciarlo con lo que se tiene.

la selección del profesorado

ntima relación con lo que acabo de decir guarda el tema de la selección del profesorado. Hay aquí dos peligros que es preciso evitar, y que yo calificaría como el peligro de la endogamia y el peligro del nomadismo. El primero, que me parece menos grave por inviable, consistiría en la adopción de un criterio rigidamente cerrado, según el cual la Universidad Vasca solo habría de reclutar profesores autóctonos, rechazando toda incorporación foránea. Esto, que me parece inviable —al menos en una primera fase— porque el profesorado del País será notoriamente insuficiente para atender a todas las enseñanzas que la Universidad debe impartir, creo además que sería un grave error, pues la Universidad Vasca no puede ni debe desarrollarse en una actitud de antagonismo y hostilidad hacia otras Universidades del Estado.

Lo cual no significa, evidentemente, aceptar con resignación el statu quo. Y aquí incide el segundo peligro, que me parece más grave: el peligro del nomadismo, es decir, la incorporación del profesorado a través del actual sistema centralizado y corporativo, sistema que produce el pernicioso efecto del desarraigo y desinterés de muchos profesores no vascos por la realidad y los problemas del país, a la espera siempre de futuros traslados hacia otras latitudes, y que provoca además la necesidad de que muchos profesores vascos tengan que emigrar hacia otras Universidades.

Pienso que la Universidad Vasca habrá de romper con tal sistema de selección del profesorado, y entiendo que una alternativa viable, en un contexto político democrático y dejando a salvo las situaciones adquiridas, sería la contratación de profesores por la propia Universidad. Si se hace con seriedad y rigor, y sujeto

a controles democráticos, tal sistema de contratación permitiría:

- 1) Estabilizar rápidamente en el empleo al profesor preparado, serio y dedicado vocacionalmente a las tareas docentes e investigadoras.
- 2) Excluir al inepto, al absentista, al informal, al pluriempleo, al que no sirve a la Universidad, sino que se sirve de ella para otros fines.
- 3) Crear equipos de trabajo coherentes y estables, que no sean descuartizables por el baile de las oposiciones y de los desplazamientos a otras Universidades para cubrir plazas vacantes.
- 4) Recuperar a los profesores vascos que prestan sus servicios en otras Universidades del Estado.

Habría, pues, que buscar fórmulas flexibles y equilibradas que hagan posible un aprovechamiento máximo de los cuadros docentes existentes en la actualidad, garantizándoles la estabilidad y la promoción en las tareas docentes e investigadoras, y estimulándoles hacia el aprendizaje y conocimiento de la lengua y de la cultura vasca. Fórmulas que permitan, asimismo, prestar una atención prioritaria a la formación de jóvenes investigadores euskaldunes, que progresivamente vayan incorporándose a los equipos docentes de la Universidad. Fórmulas, en fin, que permitan también la contratación de profesores de otras Universidades, cuando así se estime necesario.

Si no se lograra conjurar los peligros apuntados, la Universidad Vasca difícilmente llegará a alcanzar sus objetivos, provocándose una degradación de sus enseñanzas, con una correlativa frustración del colectivo estudiantil vasco, lo que probablemente determinaría una tendencia a la huida hacia otras Universidades.

El alumnado

En cuanto al alumnado, entiendo que la Universidad de Euskadi habrá de estar abierta a todos los estudiantes vascos con preparación y capacidad intelectual para cursar estudios superiores, sin discriminación de ningún tipo, asegurando su permanencia en las aulas en razón solamente del trabajo realizado y de los rendimientos académicos alcanzados.

Pero en una sociedad como la nuestra, la discriminación y la selectividad se producen de hecho, de forma inevitable, a lo largo de todo el proceso educativo anterior al escalón universitario. De otro lado, una parte importante del alumnado vasco padece una discriminación adicional, al no poder realizar en lengua vasca, en

su totalidad y a un nivel adecuado, los estudios secundarios, lo que la sitúa en inferioridad de condiciones para poder acceder a los estudios superiores que en el futuro se impartan en euskera.

La Universidad Vasca deberá, por tanto, prestar una atención especial a estos dos problemas, facilitando el ingreso de estudiantes procedentes de las clases trabajadoras, mediante un amplio sistema de becas y de presalarios, y atendiendo prioritariamente a la formación de licenciados euskaldunes, en las Facultades de Letras y Ciencias y en las Escuelas de Magisterio, que puedan incorporarse rápidamente a los escalones primarios y secundarios de enseñanza.

Ambito territorial

Si se acepta la premisa de que el pueblo vasco, pese a su heterogénea composición cultural y pese a su división en el seno de dos Estados soberanos (España y Francia), constituye una comunidad étnica y nacional diferenciada, es forzoso admitir que su centro de cultura superior —su Universidad— aspire a proyectar su jurisdicción sobre la totalidad del territorio de Euskadi, peninsular y continental. Se trata, sin embargo, de una aspiración a largo plazo que en estos momentos no es planteable por el hecho elemental de la división fronteriza que acabo de mencionar.

Ciñéndonos, pues, al caso de Euskadi-Sur, hay una reivindicación inaplazable sobre la que se viene insistiendo mucho últimamente. Me refiero a la creación del distrito universitario único que abarque a las 4 provincias vascas del Estado español. Comparto plenamente esta reivindicación.

Frente a ella se han alzado algunas voces que, yendo aparentemente más allá, reclaman la creación inmediata de una Universidad en cada una de las 4 provincias. Entiendo, sin embargo, que esta exigencia, además de ser utópica, encubre en algunos casos una clara maniobra demagógica. Con ella se trata, en efecto, de prolongar *sine die* la absurda y pintoresca situación de dependencia de muchos centros universitarios vascos de las Universidades de Zaragoza y Valladolid. Conscientemente o no, se pretende exacerbar además un espíritu localista o provincianista trasnochado que, de hecho, impida la contemplación de los problemas universitarios vascos como una parte inescindible de la cuestión política nacional. Los patrocinadores de esta tesis parecen olvidar, por otro lado, que la creación, mantenimiento y expansión de una Universidad es una tarea gigantesca, de una envergadura económica de primera

magnitud, que difícilmente podrán soportar aisladamente cada una de las provincias vascas.

Creo, por ello, más razonable el que se vaya rápidamente a la constitución de un distrito para todo el País Vasco peninsular, que sirva de único marco de referencia territorial para, desde él, poder programar adecuadamente todas las necesidades educativas del País, en sus diferentes niveles. Distrito único por otra parte, en el que, de momento, deberán integrarse todos los centros universitarios oficiales existentes en el País formando una sola Universidad y, en un futuro no lejano, todos los demás centros.

Cuestión aparte es la de si resulta más conveniente la concentración en un punto o la dispersión de tales centros por toda la geografía del país. En favor de la dispersión se suelen invocar dos razones:

1) La realidad actual en la que la dispersión es manifiesta; y 2) la mejor atención a las necesidades específicas de cada zona del país.

Frente a ellas, cabe oponer otras de mayor peso, a mi juicio, que abogan por la concentración. En primer lugar, la concentración de Facultades permite un mejor aprovechamiento del aparato administrativo que atiende los servicios comunes universitarios. En segundo lugar, no hay que olvidar que la enseñanza, la investigación y la cultura universitaria en general necesitan un caldo de cultivo, un clima intelectual, que sólo puede alcanzarse a partir de un cierto nivel de aglutinación de profesores y estudiantes. En tercer lugar, sólo la proximidad física de unas Facultades a otras permite la creación de Departamentos interfacultativos y la realización de estudios interdisciplinarios.

Las universidades de la Iglesia en Euskadi

Y llegamos aquí a un punto difícil y vidrioso que no me parece lícito soslayar en una reflexión honesta sobre la Universidad Vasca. Me refiero, claro está, a las Universidades de la Iglesia en Euskadi, Navarra y Deusto, concretamente. Trataré de abordarlo brevemente con toda la delicadeza que se merece, pero también con la mayor claridad posible.

El tema de Deusto y Navarra se inserta en otro más general, desde el que debe ser contemplado. Se trata del tema de las llamadas Universidades privadas o libres, que algunos plantean como alternativa a la esclerosis e ineficacia de la Universidad oficial. A ello hay que decir lo siguiente. En primer término, en Europa las Universidades privadas —en el sentido riguroso de la expresión, y a salvo algunas excepciones de muy

dudosa calificación como tales, por lo demás— no existen, e incluso en los Estados Unidos, de donde se suele tomar el modelo, constituyen una pequeña minoría, con orígenes históricos muy peculiares, y, aunque su nivel técnico es en nuestros días excelente, es preciso señalar que todas ellas están rigurosamente controladas por grandes grupos económicos y, en buena medida, indirectamente financiadas por el Estado federal a través de fabulosos contratos de investigación. Son además extraordinariamente caras y, por consiguiente, elitistas, lo que ha provocado en las últimas décadas un creciente auge de las Universidades estatales, con financiación directamente pública. Pero hay otro aspecto que juzgo mucho



más importante. Me refiero al equívoco subyacente al empleo del término *libertad* en este caso. Aquí y ahora, en España y en Euskadi —aparte la Iglesia— no hay otra fuerza económica con capacidad para sostener Universidades que el gran capital bancario e industrial, ligado a los centros económicos internacionales. ¿Para quién, pues, la libertad? Cuando se pide libertad para crear Universidades no se está pidiendo una libertad para todos (pues ese *todos* es una pura entelequia) sino que se pide libertad para controlar y dirigir lo que hay que enseñar, lo que hay que investigar, quién lo hace y cómo lo hace, al tiempo que se reclama la facultad de discernir títulos profesionales con eficacia obligatoria general. No se trata, por tanto, de defender la libertad de todos (y, en primer término, la libertad científica o de cátedra), sino los privilegios de ciertos intereses económicos.

Creo, por tanto, que la verdadera libertad y la auténtica alternativa a las graves deficiencias del modelo burocrático de la actual Universidad oficial no consisten en la entrega de la enseñanza e investigación superior a la iniciativa bancaria, sino en garantizar que este servicio público esencial se preste, sin discriminaciones económicas, a todos los ciudadanos aptos para ello, sin controles ideológicos que interfieran la libertad de enseñanza, ni condicionamientos financieros privados que orienten la selección del profesorado, la programación de los estudios y la admisión de los estudiantes. La libertad —así entendida— sólo puede ejercitarse desde una Universidad pública, gobernada en régimen de autonomía,

financiada públicamente y supervisada por un Poder público de carácter popular. Pues bien, es en este contexto en el que, a mi entender, deben contemplarse el pasado, el presente y el futuro de las Universidades de Deusto y Navarra. Dejando en todo momento a salvo la buena fe y, en su caso, la competencia y preparación de sus servidores, el pasado más reciente de ambas Universidades no es precisamente reconfortante. Han vivido, en general, despreocupadas del entorno social vasco (salvadas también aquí todas las excepciones que haya que salvar), cultivando celosamente el más puro elitismo y en relaciones de buena armonía con uno de los regímenes políticos más despóticos y antipopulares que ha conocido la historia. En opinión del ilustre pensador católico ARANGUREN, Deusto y Pamplona han venido a constituir una especie de «*regimentación clasistamente discriminatoria dentro de la enseñanza superior*», un nuevo tipo de «*neo-clericalismo*», con el que se ha tratado, una vez más, de desplazar a la Universidad oficial. En cuanto al presente, nada puedo decir. Creo, sin embargo, que pueden detectarse algunos signos indicadores de que estamos asistiendo a una crisis profunda de sus postulados fundacionales, aquellos que harían referencia al adoctrinamiento religioso de los estudiantes, a la formación de élites dirigentes y a la creación de grupos de presión. Por lo que respecta al futuro, entiendo y deseo que estas dos Universidades habrán de transformarse y acercarse a las necesidades, los problemas y los intereses del pueblo vasco, transformación que en un

futuro no lejano dé paso a su plena integración en la Universidad oficial de Euskadi.

En definitiva yo diría que, si la Iglesia, si las comunidades religiosas quieren presentarse ante el pueblo no como poder,

no como entidades vinculadas a los poderosos, el mejor servicio que pueden prestarle es salir de sus propios ghettos y colocarse junto a todos en pie de igualdad, en el trabajo manual y en el trabajo intelectual.

Organización y financiación de la Universidad

La organización de la UV deberá fundarse sobre dos principios: 1) la autonomía; 2) la democracia.

La autonomía significa que la Universidad gozará de libertad para:

- a) establecer su propia estructura administrativa y académica;
- b) elaborar y aprobar los planes de estudios, la duración de las enseñanzas y las titulaciones académicas que se dispensen;
- c) administrar los fondos financieros que el poder político ponga a su disposición mediante las oportunas consignaciones presupuestarias;
- d) seleccionar al profesorado y al personal no docente, así como fijar las condiciones de permanencia de ambos estamentos y de los estudiantes.

La democracia universitaria, por su parte, significa que en el gobierno de la Universidad y en la programación de las tareas docentes, investigadoras y administrativas deben participar todos los estamentos que trabajan en la Universidad: profesores, estudiantes y personal no docente, los cuales elegirán por sufragio a sus respectivos representantes.

Pero además la estructura y funcionamiento democráticos de la futura UV requieren una vinculación directa a los órganos de poder político de que se dote al propio pueblo vasco.

Es concebible la existencia de una (o varias) Universidades del Estado en el País Vasco (como, de alguna manera ocurre ahora), directamente dependientes de un Departamento ministerial que administra por igual, conforme a normas uniformes, a todas las Universidades españolas. Pero a mi juicio, y de acuerdo con las ideas anteriormente apuntadas, es impensable una Universidad de Euskadi que mantenga tales lazos de dependencia respecto del Poder central. La enseñanza en general, y la universidad en particular, deben pasar a depender del ente político autónomo de Euskadi, en cuyo seno podría crearse un Consejo de Educación, integrado por representantes de las fuerzas políticas, sindicales, culturales, asociaciones de vecinos, miembros de la propia Universidad y de otros centros educativos, etc., y que se encargaría de llevar a cabo una planificación de la enseñanza e investigación en todos sus grados, en el País Vasco Peninsular, tratando asimismo de coordinar sus tareas con organismos semejantes que eventualmente pudieran crearse en el País Vasco Continental.

A dicho organismo colegiado corresponderá la tarea de garantizar, de un lado, el autogobierno y el funcionamiento democrático de la Universidad, frente a posibles injerencias de las autoridades

administrativas, y de supervisar, de otro, la gestión económica de los fondos financieros que el ente político vasco ponga a disposición de la Universidad.

La financiación de la UV deberá ser pues, íntegramente pública, con cargo a las partidas presupuestarias votadas por los representantes políticos del pueblo vasco.

En una 1.ª etapa, la financiación deberá correr necesariamente a cargo del Estado, pero me parece bastante claro que, en un proceso de autonomización o de federalización del Estado, los entes políticos nacionales y regionales que en el próximo futuro se creen deberán contar con un poder tributario autónomo con que erogar los fondos necesarios para financiar los distintos servicios que asuman con competencia exclusiva, entre ellos, y en primer lugar, la enseñanza y la investigación universitaria. Por ello, en una 2.ª fase el financiamiento

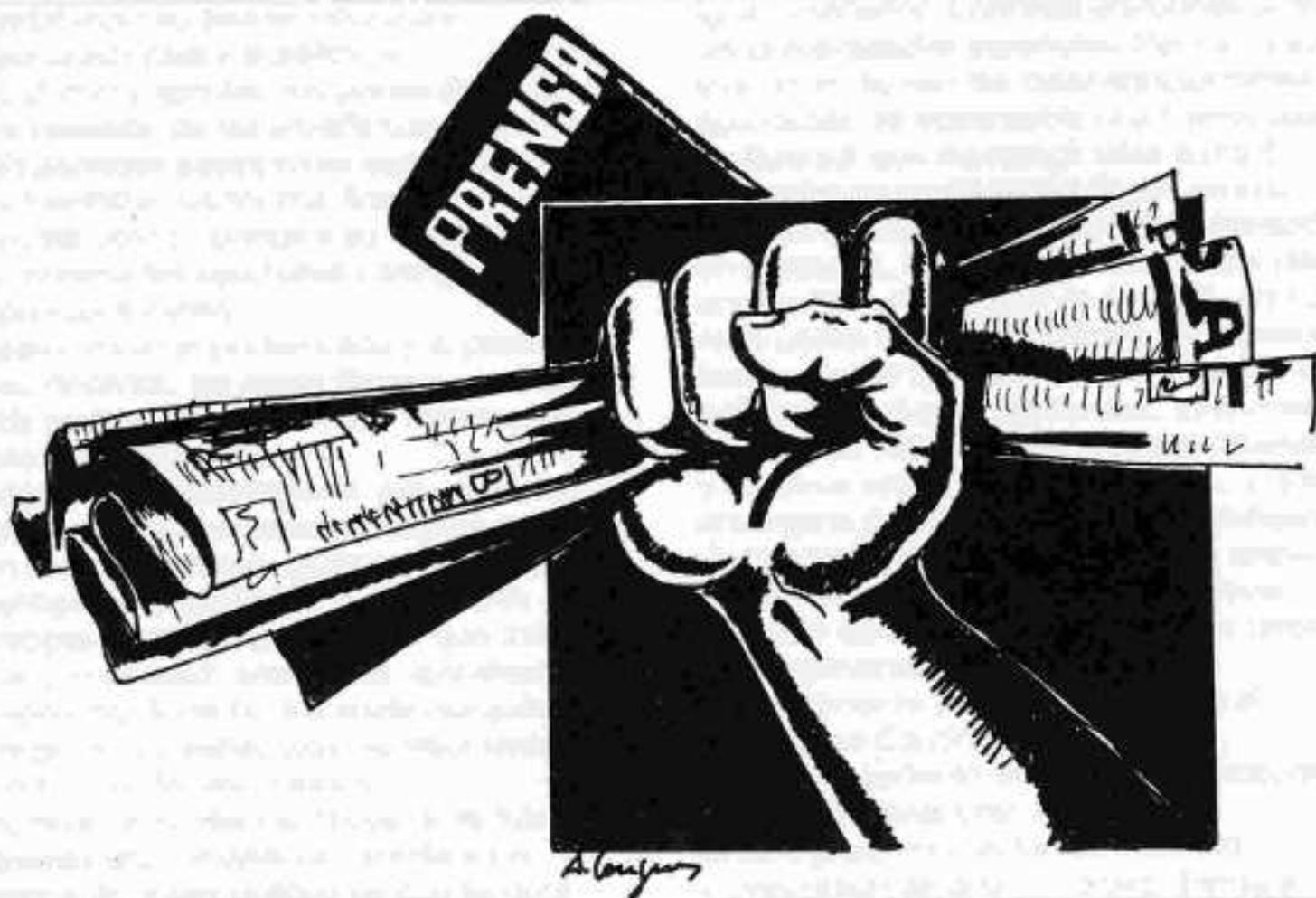
de la Universidad Vasca deberá correr a cargo del ente político vasco, bien exclusivamente, bien con una participación adicional del presupuesto del Estado.

para que así sea, si tenemos en cuenta la notoria infradotación de medios personales y materiales de que hoy adolece la Universidad será absolutamente necesaria acometer sin demora y en profundidad una reforma fiscal progresiva que grave principalmente a los poseedores de mayores niveles de renta. Como se puede observar, estamos todavía muy lejos de muchos de los objetivos reseñados. Pero no hay que olvidar que nos encontramos en un período de fuerte aceleración histórica: aspiraciones que hace 10 años parecían impensables, hoy son plenamente imaginables y, algunas de ellas, realizables a corto plazo.

Esta es la tarea a la que todos estamos emplazados. J.L.



El atentado a la revista «El Pápus» ha sido el último eslabón de una cadena de actos terroristas contra la libertad de expresión. Los trabajadores de prensa han aprendido las lecciones de la huelga frustrada de febrero de 1976 y han conquistado la unidad de acción por primera vez en su historia.



Huelga de prensa:

La primera unidad

de los trabajadores

Enrique BUSTAMANTE
y Joaquín ESTEFANIA MOREIRA

La bomba que estalló el martes veinte de septiembre en los locales de la revista «*El Popus*» y el asesinato del conserje Juan Peñalver resonaron en todos los trabajadores de prensa como el último acto de una peligrosa escalada.

El atentado a «*El Popus*» ciertamente, no era un caso aislado. Sólo la mayor audacia, el crimen más duro de un terrorismo nada ciego que dirigía sus golpes contra la libertad de expresión y la democracia entera. El antecedente más significativo se había producido en febrero de 1976, con el secuestro y torturas del entonces director de la revista «*Doblón*», José Antonio Martínez Soler. Pero entonces, las protestas y manifestaciones no habían conseguido que el Gobierno detuviera a sus autores. Y las amenazas de muerte a periodistas, las agresiones, las bombas como las dirigidas contra *Diario 16...*, habían continuado sin cesar.

Se buscaba amedrentar a la prensa, silenciar las voces y las luchas democráticas, proteger intereses inconfesables del antiguo régimen. Y las autoridades, responsables de garantizar una mínima seguridad a la naciente democracia, no parecían conseguir muchos frutos dentro de ese inexcusable deber de localizar y detener a los terroristas. ¿Falta de diligencia? ¿Dificultades del «servicio»? Sorprendente ineficacia en todo caso para un

aparato que tan duramente había golpeado durante años a los enemigos del franquismo.

La bomba contra «*El Paps*» fue así el último aldabonazo, la gota que hizo rebosar el vaso de la paciencia de los trabajadores de prensa. En Barcelona, los trabajadores se rebelaban inmediatamente y decidían por asambleas de medios una huelga de veinticuatro horas: el jueves ningún periódico catalán salía a la calle por la mañana ni por la tarde. Corresponsales de periódicos y agencias nacionales, emisoras de radio, y trabajadores de revistas se sumaban a la protesta. Un nuevo número de «*Prensa en Lluita*» aparecía. Y el diario «*Ya*», quizás previendo acontecimientos más cercanos, condenaba la huelga en un comentario editorial.

Esa misma noche del día veinte en efecto, un reducido grupo de trabajadores de prensa se había reunido espontáneamente en los locales de «*Diario 16*». Y junto a los habituales telegramas y comunicados se había decidido convocar una asamblea para el día siguiente.

LA CLAVE: ASAMBLEAS Y UNIDAD SINDICAL

El miércoles veintiuno, en el Club Pueblo, más de doscientos trabajadores de prensa estudiaban la situación. Se convocaba una manifestación para el día siguiente y, frente a las posturas derrotistas del *nada más se puede hacer*, se decidían celebrar asambleas en todos los medios.

El paso decisivo se había dado. Un sector escasamente organizado y sindicado, con un largo historial de convenios frustrados y desechos consumados detrás, daba un salto en un grado de conciencia gracias a un doble instrumento: las asambleas y la unidad de acción de las centrales sindicales democráticas hasta entonces divididas y separadas; y no por casualidad, las empresas atacaron las «asambleas tumultuarias» intentando oponerlas a las centrales.

Tras la manifestación, la asamblea celebrada en la antigua Casa Sindical, el jueves

veintidós, mostró claramente ese amplio avance. Más de mil quinientos trabajadores expresaban las decisiones generales de la mayor parte de los medios de ir a la huelga. El sector comenzaba a reconocer su propia fuerza. Y la pregunta de para cuándo la huelga recibía una respuesta casi unánime: ¡*Ahora!*

A partir de entonces y hasta las tres de la madrugada, comenzaría la guerra de nervios. Representantes de las centrales sindicales pero también muchos trabajadores no organizados sindicalmente, permanecían sin dormir en el Comité de Huelga. Algunos directores intentaban romper la decisión corriendo rumores falsos sobre otros periódicos que estaban trabajando. A las tres, todo estaba confirmado: los diarios no saldrían a la calle. Los paros de solidaridad de talleres de Artes Gráficas y la decisión de la Asociación de Vendedores de Prensa de Madrid de cerrar al día siguiente

te, fueron la culminación de una jornada que encontraría momentos emocionantes como las asambleas y paros realizados en Televisión y Radio, o el silencio histórico durante un día del *Boletín Oficial del Estado* por primera vez en ciento cincuenta años.

Con muchas dificultades técnicas, con intentos de boicot por parte del Gobierno, *Prensa en Lucha* salía a la calle: *Hoy hacemos callar a los periódicos para que puedan seguir hablando sin terror... Estamos serenos y calmados. Pero firmes y unidos. No nos moverán.*

Por primera vez en efecto, periodistas, trabajadores de talleres y administración, técni-

cos y periodistas de Radio y Televisión, habían conseguido realizar una acción común. Las diferencias e incomprensiones entre unos y otros, agudizadas en ocasiones por las prisas, habían comenzado a superarse. Y en la misma división, artificialmente impuesta por el sindicalismo vertical, entre Prensa y Artes Gráficas había empezado a hacerse pedacitos por la solidaridad común.

El intento frustrado de huelga de periodistas de febrero del 76 había servido de lección. Sin la unidad de todos los trabajadores de prensa los periódicos saldrían siempre a la calle. De los viejos errores había que aprende-

DIRECTORES Y EMPRESARIOS EN CONTRA

Los empresarios habían sabido intuir este peligro claramente. Si los directores de diarios se habían sumado a última hora a la manifestación, colocándose de improviso a la cabeza en un vano intento de protagonismo, pocas horas después se encontraban reunidos en la Asociación de la Prensa para estudiar cómo impedir la huelga. Roson cumplía el clásico papel de Gobernador ofreciendo políticas cada cinco minutos. Y las ofertas tardías de negociación no daban resultado.

En el espíritu de la reunión no había temor a las pérdidas económicas de un día sin diarios. Eran otras sus preocupaciones. El temor a un sector unido y fuerte. A su defensa futura contra cualquier atentado, despido, expediente injustificado de crisis...

El comunicado de los directores de diarios era una expresión de estas inquietudes y un intento de desprestigiar la huelga que, pací-

fica y ejemplarmente, habían llevado a cabo los trabajadores de prensa. Muchos de esos directores que, durante años, habían silenciado y manipulado las noticias en defensa de los intereses del franquismo, se atrevían ahora a presentarse como los defensores del derecho de sus *dos millones de lectores* y contra la violación de la *libertad de expresión*. Y en lugar de dirigirse al Gobierno para pedir responsabilidades, llegaban a tachar a los trabajadores de prensa de desestabilizadores de la democracia. Los directores de agencias formativas, con altos puestos ya durante el franquismo, llegaban a alegar el derecho a *la libre circulación de noticias... que sólo se vio violentado en los regímenes totalitarios*. Y las empresas no dudaban en homologar el atentado contra *El Popus* con la huelga de prensa, condenándolas *con la misma energía*.

CONSOLIDAR LOS AVANCES

A los trabajadores de prensa en huelga sin embargo, les preocuparon tan poco estas conjeturas como la ridícula interpretación política de la huelga que el diario «YA» hacía al día siguiente, o las pedantes consideraciones de Augusto Assía en su carta *cerrada*.

Los trabajadores, que masivamente decidieron y mantuvieron la huelga, no se habían planteado si la huelga era política o no, si había que ponerle éste o aquél apellido. Se era consciente de que en esos momentos, los trabajadores de prensa estaban asumiendo un sentimiento general de la población española: exigir al Gobierno la detención de los terroristas, y el descubrimiento de sus apoyos políticos y financieros. Y con la fuerza que daba la huelga, decidían dirigirse al Presidente Suárez para transmitirle esa reivindicación inexcusable. Al mismo tiempo se dirigían también a los grupos parlamentarios democráticos, para pedirles que, en función del mandato electoral recibido, formaran una comisión de investigación de los hechos, controlar la acción del ejecutivo y le exigieran responsabilidades por sus inhibiciones.

Los trabajadores de prensa no sólo defendían así su integridad física amenazada sino, muy especialmente, el derecho de la población española a estar informados sin censuras ni miedos: *Hemos callado nuestras voces y nues-*

tros periódicos un día para poder seguir informando siempre. Y en definitiva, defendían a la misma nascente democracia, cuya existencia sin una información libre es imposible.

Por otra parte, las asambleas en los medios, con una clara intuición y sentido de clase habían pedido que la unidad conseguida no se perdiera nunca más, que la división y desorganización superadas no volvieran a apoderarse del sector. Y en la asamblea del final de la huelga, con una destacable unanimidad, los trabajadores decidieron la formación de una coordinadora unitaria de rama, con representantes de las centrales sindicales democráticas y delegados elegidos directamente en las asambleas. Mientras esas elecciones eran realizadas, el comité formado por las centrales sindicales garantizaría la coordinación y la unidad de acción.

Se comenzaba a hablar ya del próximo convenio, de la amnistía laboral aún no conseguida... A nadie se le ocurrió siquiera tocar el segundo botón que los asientos presidenciales suelen tener en los antiguos locales del Sindicato vertical: un botón que servía para callar los restantes micrófonos de la sala y silenciar las escasas oposiciones a los jefes eternos del sindicalismo oficial.

E.B. y J.E.M.

PRENSA EN LUCHA

23-IX-77 Organo de los trabajadores de la Información y Artes Gráficas de Madrid en huelga 15 ptas.

No nos callarán



■ Huelga de medios informativos en Madrid como protesta por los atentados contra la libertad de expresión

■ Miles de trabajadores de Información y Artes Gráficas se manifestaron en orden y silencio de la plaza de Colón al paseo del Prado, por Serrano

■ Una masiva asamblea decidió por mayoría absoluta la huelga total

Hoy, a las 5 de la tarde, nueva asamblea de los trabajadores de la información en los locales de la Organización Sindical

Organización Sindical

S i nos matan, ya no será con las manos atadas. Podrán seguir con las bombas, pero no con las mordazas. Los trabajadores de la Prensa, ayer, en Madrid salieron a campo abierto, a defender su derecho a vivir como habían luchado en los últimos tiempos por el derecho a informar. Ayer tarde, en Madrid —como anteayer en Barcelona—, los trabajadores de la información cubrieron las máquinas con crespones y lanzaron a la calle un periódico viriente, de 5.000 páginas, y un solo titular: UNIDAD. Que lo sepan los terroristas: por cada compañero que maten, cinco mil compañeros despiertan.

Y A somos muchos y estamos unidos. Las bombas tienen menos fuerza que la libertad. Directores de periódicos, parlamentarios, linotipistas, redactores, informadores gráficos,

humoristas, cajistas, tipógrafos, mecánicos, teletipistas, administrativos, dieron en orden una respuesta a esa minoría que quiere cortar las manos de los que escriben, cortar las cabezas de los que piensan, cortar las lenguas de los que luchan. Estamos unidos y no nos moverán.

H OY hacemos callar a los periódicos para que puedan seguir hablando sin terror. Y, en medio del silencio de duelo, sacamos la voz de los trabajadores, informando de las razones de nuestra huelga. Porque queremos que este sea un país definitivamente habitable, y porque queremos erradicar definitivamente la violencia, y porque queremos que las páginas de los periódicos sean siempre alas volanderas de libertad, y porque

no queremos perder el derecho a decir la verdad

Q UE lo sepa también el Gobierno. Que el Gobierno sepa que las bombas y los tiros ya no van contra abogados, ni contra periodistas, ni contra libreros. Las bombas tiran a dar a la democracia. Que busquen de una vez a esa pandilla de siniestros "gángsteres", a los que quieren hacer imposible la reconciliación y la paz entre los españoles. Sabemos de los momentos delicados por los que pasa el país. Estamos serenos y calmados. Pero firmes y UNIDOS. No nos moverán.

UGT, CC. OO., SE, CSUT, USO, CNT
Comisión Gestora para la Unidad de los Periodistas
Asamblea de Trabajadores de Información
y Artes Gráficas de Madrid

SI HA ESTADO PRESIDIDA POR UNA CARACTERÍSTICA NUESTRA PROFESIÓN DURANTE LA DICTADURA FRANQUISTA HA SIDO POR EL INDIVIDUALISMO...

... POR LA FALTA DE SOLIDARIDAD QUE EN GENERAL HEMOS VENIDO DEMOSTRANDO CON LAS LUCHAS DE LA CLASE OBRERA...

... UNA FALTA DE SOLIDARIDAD PRODUCIDA DE UNA NULA CONCIENCIA DE CLASE QUE HA HECHO QUE MIEMBROS DE NUESTRO SECTOR...



... SE SINTIESEN MÁS IDENTIFICADOS CON LOS ARTISTAS PLÁSTICOS QUE CON LOS TRABAJADORES DE LOS TALLERES EN LOS QUE IMPRIMIAN SUS DEBUTOS.

... POR ESO, HOY, CUANDO EL FACISMO, ATENTANDO CONTRA UNA REVISTA DE HUMOR, SE HA COBRADO UNA VÍCTIMA MÁS...

... Y CUANDO, A RAÍZ DE ELLO, LOS TRABAJADORES DE LOS MEDIOS DE INFORMACIÓN DE BARCELONA Y DE MADRID HAN DECIDIDO EL PARO TOTAL...



... LOS HUMORISTAS DEBEMOS OCUPAR UN PUESTO PREFERENTE E INELUDIBLE EN ESTA LUCHA:

... PREFERENTE, PORQUE AL FIN Y AL CABO LA BOMBA IBA DIRIGIDA CONTRA UNOS COMPAÑEROS...

... E INELUDIBLE, PORQUE EN LA UNIDAD DE ACCIÓN CON LOS TRABAJADORES ES DONDE ÚNICAMENTE PUEDE COBRAR SENTIDO NUESTRA ACTIVIDAD...



... UNA ACTIVIDAD QUE DEBEMOS LIGAR DE UNA VEZ POR TODAS A LAS ACCIONES DEL PROLETARIADO...

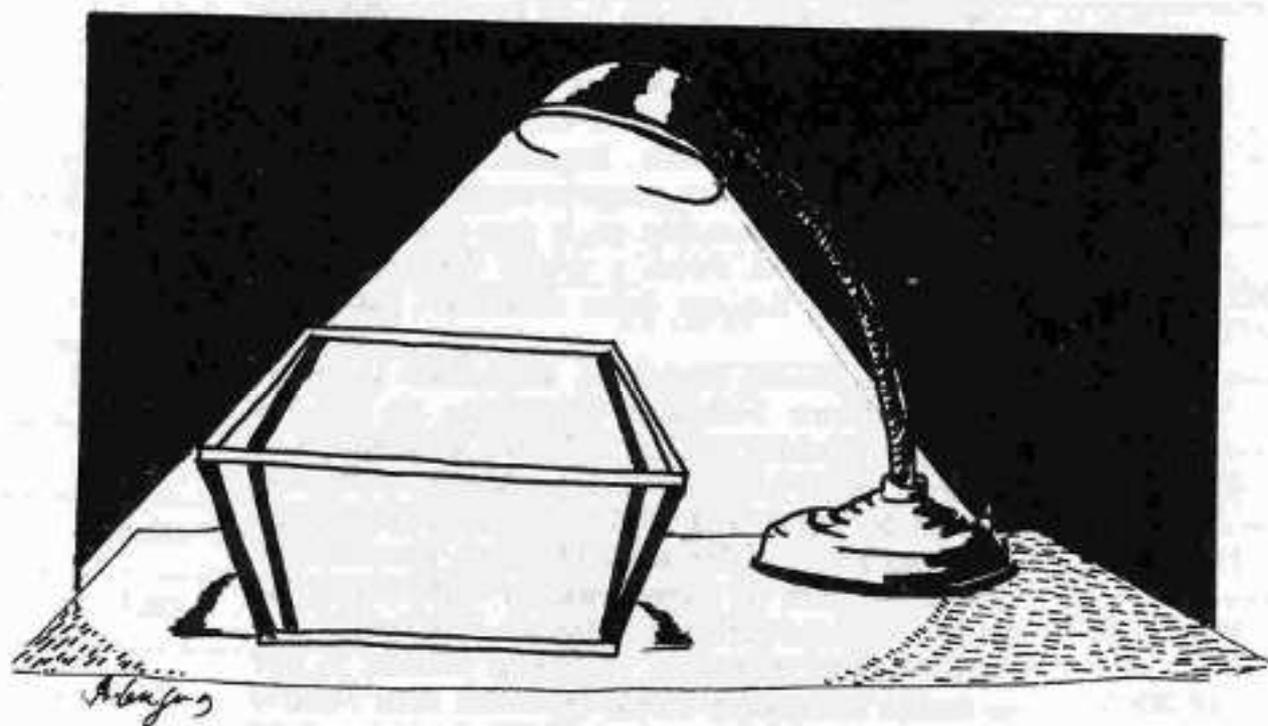
... PARA ENCONTRAR EN ÉL LA IDENTIDAD DE CLASE Y PARA CON ÉL AVANZAR HACIA LA VICTORIA FINAL.



Humoristas
del Comité
de Huelga.
Madrid madruga
del 23 de Sept.
1977

Notas críticas sobre los resultados electorales

En diversos momentos, y de forma parcial, se han puesto en cuestión los resultados electorales. A través de una serie de cuadros contruidos con cifras aparecidas públicamente se plantean más interrogantes sobre la posible falsificación de algunos datos. Mientras no se publiquen los resultados electorales completos, no habrá forma de disipar esos interrogantes.



Este trabajo está basado en un folleto anónimo recibido en la redacción de la revista titulado *Cómo se han falsificado las elecciones del 15 de junio de 1977*. Sobre él hemos comprobado todos sus datos y todas las elaboraciones que sobre ellos se hacían, resultando en su mayor parte ciertos. Hemos reelaborado sus cuadros estadísticos corrigiendo algunos errores y eliminando los datos que no hemos podido comprobar aunque tampoco nos conste que sean falsos, incluyendo después una pequeña in-

troducción explicatoria también obra nuestra.

Todos los datos están extraídos exclusivamente de la prensa de Madrid (en concreto de los diarios «ABC», «Ya», «Arriba», «Alcázar», «Información» y «El País») y suponemos que como diarios de ideología diversa ofrecen los mismos datos, éstos serán los de la Dirección General de Coordinación Informativa, por lo que creemos que no habrá error en ellos.

El valor de este pequeño trabajo se centra no en poner en cuestión la (falta de) democracia o la (falta de) igualdad de oportunidades en el período electoral, ni siquiera el antidemocrático sistema elegido de provisión de escaños de acuerdo con un sistema proporcional *corregido*; sino que, incluso aceptando todos estos hechos y de acuerdo con las cifras y datos oficiales, se puede poner en cuestión la limpieza del escrutinio y como consecuencia los resultados electorales y la situación política que ellos han generado.

Para demostrarlo vamos a comentar los cuadros basados, como hemos dicho, en las cifras oficiales.

★ En el cuadro número 1, se puede comprobar cómo la mayor parte del censo (89 por 100) está escrutado el día 16 a las cinco de la tarde y cómo a partir de este momento el escrutinio no avanza más que muy lentamente, llegando al 96 por 100 el día 18 y perdiéndose posteriormente en la noche de los tiempos, situación en la que nos encontramos hoy día, tres meses y medio después de las elecciones, sin conocer datos detallados posteriormente a ese.

★ En el cuadro número 2, analizando la evolución, conforme avanza el escrutinio, de los dos primeros partidos (UCD y PSOE) empezamos a observar cosas extrañas. La tendencia al acercamiento del PSOE a la UCD es permanente y llega a su máximo el día 16 a las 17 horas, momento en que se produce un salto brusco y distanciador de UCD sobre el PSOE. Inicialmente este hecho produce bastante extrañeza ya que al parecer lo que se estaba escrutando en ese momento eran Madrid y Barcelona, sitios donde el PSOE desde luego no estaba por detrás de UCD sino más bien al revés.

Parece desde luego como si el PSOE fuera a acercarse peligrosamente a la UCD y ésta diera un salto de temor, desde luego en el momento en que resulta menos explicable dicho salto.



1

CENSO ESCRUTADO CADA HORA Y DIA

Censo total: 23.616.421

DIA	HORA	CENSO QUE VA ESCRUTADO		DIFERENCIA NUMERICA ENTRE DOS ESCRUTINIOS
		En %	En cifras	
16	4,12	9,17	2.165.625	—
16	5,30	13,46	3.178.770	1.013.145
16	6,00	18,28	4.317.081	1.138.311
16	7,00	29,66	7.004.630	2.687.549
16	8,40	39,53	9.335.571	2.330.941
16	10,30	54,13	12.783.568	3.447.997
16	14,00	70,01	16.533.856	3.750.288
16	17,00	89,00	21.018.614	4.484.758
17	—	94,85	22.400.175	1.381.561
18	—	96,12	22.700.103	299.928

FALTAN ESCRUTAR: 916.318



2

TANTOS POR CIENTO DE LOS PARTIDOS - CRECIMIENTO

DIA	HORA	UCD	DIF.	PSOE	DIF.	PCE	DIF.	AP	DIF.	PSO	DIF.
16	4,12	35,07	—	19,19	—	4,39	—	7,16	—	2,16	—
16	5,30	45,45	10,38	24,22	5,03	5,46	1,07	9,05	1,89	3,17	1,01
16	6	43,85	-1,6	25,18	0,96	6,11	0,65	8,65	-0,4	3,33	0,16
16	7	36,21	-7,64	22,40	-2,78	5,59	-0,52	7,54	-1,11	3	-0,33
16	8,40	39,52	3,31	26,93	4,53	7,03	1,44	8,46	0,92	3,63	0,63
16	10,30	37,69	-1,83	27,34	0,41	7,44	0,41	8,65	0,19	3,94	0,31
16	14	34,59	-3,1	26,06	-1,28	7,51	0,07	8,18	-0,47	3,79	-0,15
16	17	31,1	-3,49	28,60	2,54	9,4	1,89	8,5	0,32	3,6	-0,19
17	—	34,34	3,24	28,51	-0,09	9,02	-0,38	8,26	-0,24	4,34	0,74
18	—	33,98	-0,36	28,54	0,03	9,17	0,15	8,19	-0,07	4,29	-0,05

★ En el cuadro número 3, se observa este mismo fenómeno pero en votos y no en tantos por ciento, observándose ese factor de discontinuidad que en la evolución de los votos supone el escrutinio del día 17. El PSOE estaba creciendo mucho más rápidamente que la UCD y sorpresivamente sufre una involución el día 17 que vuelve a sufrir en el escrutinio del día 18. Lo mismo podríamos decir de la todavía más grave involución que sufre el PCE ese día, recuperándose el siguiente.

★ Los cuadros 4, 5 y 6 los vamos a comentar conjuntamente pues son en realidad los mismos datos desglosados de diversas formas y son los que nos van a dar la clave del enigma.

3

CRECIMIENTO DE LOS PARTIDOS A NIVEL ESTATAL Y DIFERENCIA DE VOTOS ENTRE ESCRUTINIOS PARCIALES

DIA	HORA	UCD	DIF.	PSOE	DIF.	PCE	DIF.	AP	DIF.	PSP	DIF.
16	14	4.464.297	—	3.363.388	—	969.264	—	1.055.737	—	489.149	—
16	17	4.989.102	524.805	4.580.406	1.217.018	1.509.767	540.503	1.362.712	306.975	588.435	99.286
17	—	6.020.993	1.031.891	4.998.827	418.421	1.582.022	72.255	1.449.091	86.379	761.625	173.190
18	—	6.057.797	36.804	5.087.633	88.806	1.634.991	52.969	1.459.767	10.676	764.638	3.013

Entre el escrutinio del día 16 a las 17 horas y el del día 17 se pasa del 89 al 94,85 por 100 del censo, lo que supone que se han escrutado 1.381.561 posibles votantes y decimos posibles porque también se escrutan las abstenciones y los votos nulos y en blanco. Resultando que de esos 1.381.561 posibles votantes, sólo la suma de los votos de los cinco primeros partidos se incrementan en 1.782.136. Pero este milagro de los panes y los peces no es sólo de 400.000 votos que aparecen, nadie sabe de dónde, pues hay que tener en cuenta que si los cinco primeros partidos obtienen en ese momento 1.782.136 votos, el resto de los partidos también tienen votos.

Teniendo en cuenta que en la mayoría de los resultados parciales publicados, el resto de los partidos obtienen alrededor de un 15 por 100 de los votos válidos, tenemos que para producir esa suma de votos de cinco primeros partidos son necesarios 2.096.629 votos válidos.

Pero si tenemos en cuenta que la media en todo el Estado de abstenciones fue del orden del 20 por 100 y la de votos nulos y en blanco del 1 por 100, tenemos un 21 por 100 de posibles votantes que no se han convertido en votos válidos.

Por si alguien dijera que la cifra de abstenciones en Madrid y Barcelona (ciudades que al parecer se estaban escrutando en ese momento) fue más baja, tomamos en consideración sólo un 15 por 100 de abstenciones que es la cifra oficial dada en esas dos ciudades. Tendríamos pues entre un 16 y un 21 por 100 de posibles votantes que no se convierten en votos válidos.

Con esto podemos decir que para conseguir 2.096.629 votos válidos es necesario un aumento del censo que oscile (según sea el 16 o el 21 por 100) entre 2.495.987 y 2.653.960 personas.

4

N.º DE VOTOS DE LOS CINCO PARTIDOS EN RELACION AL CENSO TOTAL

DIA	HORA	% CENSO ESTRUCTURADO	N.º DE CENSADOS QUE SUPONE	VOTOS SUMADOS DE UCD+PSOE+PC+AP+PSP
16	14	70,01	16.533.856	10.341.835
16	17	89,00	21.018.614	13.030.422
17	—	94,85	22.400.175	14.812.558
18	—	96,12	22.700.103	15.004.826

5

CRECIMIENTO CENSO ESCRUTADO Y CINCO PARTIDO

CENSO ESCRUTADO	DIF. EN %	DIFERENCIA EN NUMERO DE CENSADOS	CUANTOS VOTOS SUBEN LOS CINCO PARTIDOS	CUANTO SE LLEVA LA UCD	SUPONE EN %*
Del 70,01 al 89%	18,99	4.484.758	2.688.587	524.805	19,5
Del 89 al 94,85%	5,85	1.381.561	1.782.136	1.031.891	57,9
Del 94,85 al 96,12	1,27	299.928	192.268	36.804	19,1
TOTALES	26,11	6.166.247	4.662.991	1.593.500	—

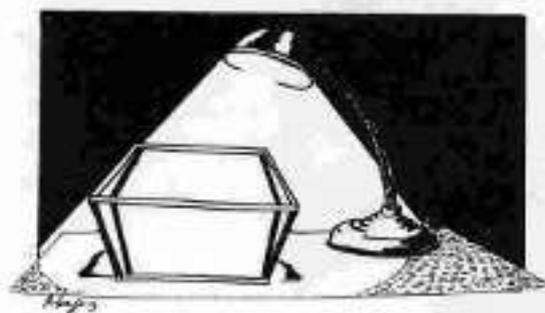
* Este tanto por ciento no tiene nada que ver con el del cuadro N.º 2, pues aquél es respecto a todos los votos válidos, y éste sólo respecto a los votos de los cinco primeros partidos. Solamente es significativo del brutal e incomprensible salto que da la UCD en ese preciso momento que va del día 16 a las cinco de la tarde al día 17.

En conclusión, que donde aparece un aumento del censo real de 1.381.560 tendría que aparecer para que fuera posible la suma de los votos de los cinco partidos 2.500.000. Es decir aparecen *un millón cien mil personas* «nuevas y desconocidas en el censo». Y parece que estas personas votan mayoritariamente a la UCD.

No podemos dejar de recordar otros hechos extraños y que parecen van componiendo un extraño «puzzle». Y estos hechos son el cierre del Palacio de Congresos y Exposiciones (lugar donde se centraliza el escrutinio) y la salida de los periodistas de él, el jueves día 16 a las 21,30 horas; y las grandes dificultades que tuvo el escrutinio de Madrid, teniendo que recurrir a datos de los partidos y a extrañas negociaciones entre ellos.

¿Hubiera variado sustancialmente el resultado electoral sin esos 1.100.000 personas que no se sabe de dónde salen y que suponen en votos válidos alrededor de 950.000? No lo podemos saber, y sólo podríamos hacer suposiciones sin sentido. Lo que sí queremos recordar es que en los últimos resultados electorales facilitados, la diferencia entre la UCD y el PSOE no llega al millón de votos y para superar esta diferencia basta con quitar a uno medio millón de votos y ponérselos al otro.

Las interrogantes que se plantean son muchas y graves, y la única forma de disiparlas es la publicación de los resultados electorales completos, provincia por provincia y pueblo por pueblo. Con estos datos (que el Gobierno no parece muy dispuesto a proporcionar) y sabiendo en qué momento se incorporan al escrutinio general cada zona podríamos disipar nuestras dudas y sacar conclusiones políticas del estudio de la sociología electoral de todo el Estado. Estudios que consideramos del máximo interés extendiéndolos no sólo a los cinco primeros partidos sino al conjunto de ellos.



CRÍTICA

DE LA INSTITUCIÓN
INSTITUCIONAL

6

DETALLE CONCENTRADO CUADROS ANTERIORES

CENSO ESCRUTADO	% DIFERENCIA	SUPONEN DEL CENSO	UCD	PSOE	PCE	AP	PSP	SUMA VOTOS CINCO PARTIDOS
89-94,85	5,85	1.381.561	1.031.891	418.421	72.255	86.379	173.190	1.782.136



ACERCA DE LA REVOLUCION CIENTIFICO-TECNICA

Me dirijo a vosotros en cuanto participante como suscriptor de la revista, del proyecto cultural que representa y me interesaría resaltar algunas cosas sobre el artículo de Julio Velez, «Acerca de la revolución científico-técnica» (n.º 4).

El contenido del texto me parece repudiable desde muchos puntos de vista. En primer lugar habría que decir que su contenido no responde al título, pues olvidando que la revolución científico-técnica es una temática que implica transformaciones en los procesos productivos, en los sistemas de reproducción de la fuerza de trabajo (lo que se llama «modo de vida»), en los aparatos estatales de gestión, en el conjunto de la ideología del capitalismo «desarrollado», obviando todo ello reduce la cuestión al tema de los intelectuales, al de los profesionales (a los que a veces confunde o no distingue claramente), o al tema de la cualificación de la fuerza de trabajo; todo ello, pienso, muy confusamente.

En segundo lugar, y ya dentro de éste problema, define a los intelectuales tautológica y erróneamente (página 6) para el final del trabajo reducirse —prácticamente— a afirmar que el marxismo-leninismo no ha identificado nunca proletariado y trabajador manual.

Se puede decir además sobre el tono general del artículo que en todo momento su autor desprecia la argumentación del revisionismo, recurre a una aparente superioridad y se limita a contraponer autorizadas opiniones a unos textos de



CRITICA

Richta de los que desconocemos su origen (página 4). Sobreentender el marxismo-leninismo como un cuerpo de doctrina ya hecho, que es suficiente exponer para fundir como por encanto doctrina del adversario es un grave error, del que nos da J. Velez repetidas pruebas a lo largo del artículo, que parece desconocer la formación histórica y las relaciones, dentro del discurso teórico de las ideologías con la práctica y la política (para recurrir a dos formulaciones clásicas: materialismo histórico y filosofía de la praxis).

Pero todo ello no es lo más grave, a mi juicio aunque así se pudiera considerar desde un punto de vista más o menos académico. La cuestión que es lo que se deja Velez en el tintero, qué es aquello de que no habla y que sin duda, y mucho más desde el punto de vista del que se reclama, debía haber sido abordado. Como se trata de un trabajo dirigido a no especialistas debía, en el momento oportuno de la exposición, haberse resutado porque es importante el tema, porque lo lleva a ser, e incluso por qué ha perdido según creo alguna de su actualidad (en el sentido periodístico). Debía haberse hablado de cual es su incidencia en nuestro país, su intensidad, su desigual desarrollo y su imbricación al menos con tres temas de bastante debate: la cuestión del Estado y la Dictadura del Proletariado, la cuestión de los profesionales, las «nuevas clases medias», la cuestión del aparato educativo y sus transformaciones y funciones. También creo se debían haber explicitado los t



CRÍTICA

EL CAPITALISMO MONOPOLISTA DE ESTADO EN LA URSS

He leído con mucho interés el artículo titulado «El Capitalismo monopolista de Estado en la URSS», publicado en el número 5 de la revista. Se trata de un tema que no puede menos de apasionar desde un punto de vista revolucionario. Nos jugamos bastante en ello.

Sin embargo, me parece que el artículo promete mucho más de lo que realmente da.

No pretendo con estas páginas ofrecer ninguna alternativa real a la interpretación que dan al fenómeno ruso los autores del trabajo. Este no es un contra-artículo. Voy a limitarme a reflejar aquellas cuestiones que, a mi modo de ver, quedan, en una primera lectura, menos solidamente establecidas. Añado que me parece grave en un tema como éste dejar cabos sin un apoyo teórico o empírico sólido.

Doy por sentadas dos cosas en las que coincido básicamente con los autores:

1) *Que el sistema conceptual del que se sirven los autores como instrumentación teórica me parece, en conjunto, válido.*

2) *Que admito que el sistema de relaciones sociales vigente en la URSS nada tiene que ver con el socialismo.*

A pesar de esta coincidencia global disiento en algunos planteamientos teórico-materialistas:

1. *En primer lugar, los autores hacen gala de un evolucionismo (págs. 76-78) histórico-positivista que yo consideraba ya definitivamente superado por el materialismo histórico. Decir que hay modos*

de producción inferiores y superiores e, implícitamente, que la historia camina de lo inferior a lo superior sólo puede ser resultado de una visión idealista y mecanicista de la misma. ¿En función de qué el modo de producción capitalista es superior a los modos de producción comunitario y primitivos? Desde un punto de vista teórico es función de nada y desde un punto de vista ideológico de lo que quieran los autores.

Si desde un punto de vista teórico no hay ninguna escala objetiva que ordene a los modos de producción, también podemos decir que no hay ninguna sucesión necesaria de unos a otros; lo cual quiere decir que no exista un tipo de relación particular entre algunos de ellos tanto por lo que se refiere a lo económico como a lo político e ideológico, por ejemplo, entre el capitalismo y el comunismo. En este sentido, la problemática del socialismo como forma de transición del capitalismo al comunismo no puede apoyarse en una teoría general de la sucesión evolutiva de los modos de producción, sino en una teoría particular de las relaciones entre los dos modos de producción señalados.

2. *El tipo de razonamiento por el que se rechaza la posibilidad de que Rusia se halle en un proceso de conformación de un nuevo modo de producción me parece dogmático.*

Se nos dice: El nuevo «modo de producción soviético» es una de dos, o bien superior al MP o bien inferior. Si es superior esto nos llevaría

ener que luchar por él (en lugar de luchar por el socialismo), lo cual es políticamente aberrante. Si es inferior, «estaríamos ante un hecho auténticamente insólito desde el punto de vista del materialismo histórico. A los tres siglos de nacer el capitalismo y después de haberse implantado profundamente en todo el mundo, un tercio del globo retrocedería a un modo de producción inferior al capitalista». (página 78)...

Ya he dicho antes que este tipo de razonamiento evolucionista me parece muy poco materialista histórico, pero es que, aunque lo fuese, lo que no puede hacer un marxista es pre-definir dogmáticamente la realidad social. Analicemos en serio el sistema de relaciones sociales de la URSS y, si concluimos (Yo personalmente no he llegado aún a ninguna conclusión clara), por ejemplo, que es un nuevo modo de producción, pongamos en cuestión nuestras ideas, pero no la realidad.

Sobre el análisis de la economía soviética hay un punto básico para entender y definir su funcionamiento que no queda suficientemente probado por los autores. Se trata de la relación entre la autonomía de las empresas (y de sus gestión en función del beneficio) y la planificación económica general. Para poder afirmar como hacen los autores, que la formación social rusa es ya una formación social capitalista no basta con que las empresas gestionen sus recursos en función del beneficio empresarial (lo cual sí es típico del funcionamiento de la economía capitalista), sino que, además, la planificación económica se halle sometida,

Sobre el análisis de la economía soviética hay un punto básico para entender y definir su funcionamiento que no queda suficientemente probado por los autores. Se trata de la relación entre la autonomía de las empresas (y de gestión en función del beneficio) y la planificación económica general. Para poder afirmar como hacen los autores, que la formación social rusa es ya una formación social capitalista no basta con que las empresas gestionen sus recursos en función del beneficio empresarial (lo cual sí es típico del funcionamiento de la economía capitalista), sino que, además, la planificación económica se halle sometida, dominada por la extracción del beneficio particular de las unidades económicas de producción. Ahora bien, no creemos que esto lo prueben los autores. Y si en la realidad los dos ejes de la economía soviética fueren el beneficio de las empresas y la planificación económica, pero con una dominación de aquella por esta, habría que sostener

que la economía soviética, tampoco es (al menos, por ahora) capitalista.

En otro terreno, pienso que son varias las afirmaciones que se hacen la URSS en el artículo que sólo pueden admitirse si se apoya la argumentación teórica con una aportación empírica de datos. De otro modo, más se parecen a exorcismos verbales que a resultados de un análisis materialista. Por ejemplo: «El beneficio en el puesto de mando lleva, además, inevitablemente a la competencia: aquellas empresas con altos beneficios desplazarán a las de menos rentabilidad y la diferencia será cada vez mayor, pues dispondrán de más fondos de inversión» (pp. 84). ¿Las desplazarán o las desplazan? ¿T cómo? Habría que aportar.

«Si como ya hemos visto en la URSS, a las empresas las miden por el beneficio que son capaces de obtener, evidentemente las empresas que acumulen altos beneficios (...) adquirirán un status superior al de las empresas con pocos beneficios o con pérdidas, y, por tanto, es evidente que se tenderá a crear una situación de dependencia y subordinación de las empresas menos rentables respecto de las más rentables» (pp. 89-90). ¿Se tenderá a crear o se tiende a crear? Hay que mostrarlo con datos...

«Las particulares características del capitalismo monopolista de Estado en la URSS antes vistas confieren a su economía una particular tendencia al estancamiento y a la decadencia». (pp. 94-95).

¿En qué consiste este estancamiento? ¿Qué información lo avala?

Sin una aportación de datos que nos muestre la realidad de estas afirmaciones (y de algunas otras), por consistentes y coherentes que sean (a mi me parece que lo son), no superan el nivel de lo hipotético y no creo que los autores deseen quedarse en él.

Existen otras cosas poco convincentes y probadas. Pero ya sólo recogeré una que considero particularmente grave y que, por serlo, sólo puede ser sostenida con una argumentación detenida y sin grietas: se trata de la tesis que se mantiene en el artículo de que el carácter del aparato político de la URSS es fascista; «dictadura de tipo fascista alemán», se nos dice citado a Mao. Yo no niego «a priori» que lo sea, pero los argumentos que se nos da no me parece suficientemente convincentes: habría que mostrar el paralelismo real entre el nazismo hitleriano y el funcionamiento del aparato estatal soviético apoya; no se nos muestra. Es más, me inclino a pensar que no existe. La URSS apoya por ejemplo, en el orden interna-

cional a fuerzas que, por revisionistas que sean, los países que actúan pueden ser consideradas como progresistas y no me imagino a Hitler haciendo lo mismo, como, desde luego, no lo hacen Pinochet o Videla.

Dejo más de una cuestión en el tintero, pero ya con lo que aquí expongo espero poder contribuir en algo a hacer avanzar el debate sobre la URSS en el que tanto nos interesa aclararnos a quienes luchamos por un socialismo de verdad.

Carlos Prieto



libros

Charles Bettelheim: «*Les luttes de classes en URSS. 2ème période 1923-1930*» Paris, Seuil/Maspero, 1977.

Es difícil comentar un libro con el que se está de acuerdo en líneas generales, que nos convence y al que no se le encuentran pegadas serias. Sin embargo, me he decidido a escribir este comentario porque hace ya algunos meses que el libro está en la calle y todavía no he visto referencias en ninguna revista de las preocupadas por estos temas en nuestro país.

Como ya he dicho, encuentro pocas pegadas al libro. Da la impresión de que Bettelheim ha recogido parte de las críticas a las que fue sometido el primer volumen de esta ambiciosa obra, que al principio anunció como de tres, y ahora pienso que insinúa de cuatro como mínimo; (un tercero está dedicado a la época de Stalin, y prometió al menos otro sobre la sociedad soviética actual). Una de las críticas más frecuentes al primer volumen era la de abstracción y falta de demostración de muchas de sus aseveraciones. En este volumen se aprecia un sensible aumento de las notas y de la extensión de las mismas. Pero es el propio texto del libro el que se refiere más que el anterior a los datos empíricos. De todas maneras, el segundo tomo continúa

en la misma línea de análisis crítico de la experiencia soviética y de las causas objetivas que la hicieron tal como fue; y todo esto, desde una perspectiva marxista revolucionaria que tiene en cuenta —especialmente— las clarificaciones y realizaciones con que han contribuido los comunistas chinos y Mao Tse-tung. Debido a esto, se detiene en crítica —desde las posiciones de Bettelheim considera revolucionarias— los errores de la revolución soviética; y en muchas ocasiones no entra en grandes explicaciones sobre los temas se limita a hacer un enunciado crítico. Lógicamente, los que no compartan los puntos de vista de Ch. B. (que son lo que llamaríamos «*maoístas*») considerarán insuficientes muchas de sus críticas.

Aunque el libro abarca el período de 1923 a 1930, no sigue un esquema de desarrollo cronológico líneas de los acontecimientos, sino que se divide en partes que se refieren a diversos aspectos y contradicciones: (relaciones mercantiles y monetarias en la planificación; política agrícola y transformación de las relaciones sociales en la agricultura; contradicciones en los sectores industrial y ur

bano, y transformaciones y luchas dentro del partido bolchevique); pero en cada una de ellas —salvo en la última que sigue un desarrollo cronológico se centra en el estudio de los problemas y contradicciones del período y, sobre todo, en su desenlace al final de éste.

El mismo autor lo deja claro en el prólogo: «*La atención será centrada en el momento en el que las contradicciones se fusionan y dan lugar, en 1928-1930, a una crisis que aparece como una «crisis general de la NEP»...*» (pág. 11). Una de las tesis centrales del libro es que esta crisis, que se «*soluciona*» con lo que se llamó «*El Gran Viraje*», supone en la práctica una ruptura de la alianza obrero-campesina. El libro pretende estudiar en primer lugar los factores objetivos —el desarrollo de los factores económicos y de las relaciones de clases— y, en segundo lugar, las ideas en el seno del partido bolchevique que hicieron posible este debilitamiento de la alianza obrero-campesina.

Así resume Ch. B., al final del tomo, las consecuencias que tuvo «*El Gran Viraje*»: «*De un lado se asiste a la completa derrota de la burguesía privada, el reforzamiento económico del proletariado soviético, a la modernización de la economía y a un gigantesco impulso industrial, lo que contribuye al impulso de las fuerzas en lucha por el socialismo en el mundo. De otro lado, la alianza obrera y campesina se encuentra gravemente debilitada, el desarrollo industrial de la URSS toma un carácter cada vez más unilateral, y la primacía dada a la técnica tiende a reforzar el papel jugado por los técnicos así como por los aparatos administrativos, económicos e incluso represivos.*» (página 548).

Desde estas conclusiones, Bettelheim critica la tesis «*economicista*» sostenida por la *Historia del PC (b) de la URSS* de Stalin, y que sigue vigente para los actuales dirigentes soviéticos así como para los teóricos e historiadores de los PCs revisionistas (como el francés J. Ellenstein). Según esta tesis, las fuerzas productivas de la agricultura habrían alcanzado un «*techo*» que no podía ser traspasado más que mediante una rápida transformación de las condiciones de la producción, mediante la mecanización de los trabajos agrícolas, lo que «*obligaba*» a la colectivización.

Los temas que plantea el libro en sus distintos apartados son múltiples: las requisas campesinas, los errores en la «*lucha contra los kulaks*», las deficiencias en el aprovisionamiento de utillaje al campo y sus consecuencias,... en la segunda parte, que trata de los problemas del campo.

En la que trata de las contradicciones en las ciudades hay dos temas que merecen ser destacados. Uno es el que se plantea en el capítulo titulado *Taylorismo y emulación socialista*. Plantea el problema de los intentos de desarrollar un «*taylorismo soviético*» siguiendo ciertas indicaciones de Lenin, y en qué medida esto degeneró en un simple «*organización científica del trabajo*» al estilo capitalista. El estudio de este tema, para el que Ch. B. sugiere el libro de Robert Linhart: *Lenine, les paysans, Taylor* (1), cobra ahora nuevo interés con las acusaciones que los actuales dirigentes chinos hacen a «*los 4 de Shanghai*» sobre los problemas de la organización del trabajo en las fábricas, etc. (2). Para apoyar sus críticas utilizan algunas citas de Lenin en las que parece que éste defendiera —en algunos aspectos— el Taylorismo. Bettelheim acusa —en la pág. 231— a los partidarios del taylorismo en la Rusia de los años que le ocupan, de usar citas de Marx y Engels (sobre todo de éste) unilaterales y opuestas a las ideas fundamentales de la teoría marxista.

El segundo tema que me interesa destacar es el de la «*burguesía*» o «*nueva burguesía*» en el seno de la sociedad soviética. Una de las críticas que más repetidamente se ha hecho a Ch. B. a raíz de su primer volumen era la falta de definición de esta categoría que él utilizaba en el centro de sus argumentaciones. Es además evidente que este es un problema teórico planteado no sólo a nuestro autor, sino a todos los dirigentes, intelectuales y teóricos marxistas-leninistas, empezando por «*los 4 de Shanghai*», cuya campaña de lucha contra el «*derecho burgués*» tenía como objetivo precisamente a esta «*nueva burguesía*».

No tenemos espacio para desarrollar las críticas que Ch. B. hace a Stalin y los problemas que plantea, por lo que nos limitaremos a enunciar algunas de las más relevantes. En general, todo el libro está plagado de reflexiones críticas acerca de las realizaciones y consignas del PC(b); pero se pueden encontrar formulaciones más sistemáticas de los errores fundamentales del período en las páginas 388 a 395 y 462 a 540.

Las primeras se ocupan de algunas tesis enunciadas por el propio Stalin en su discurso ante el pleno del CC del PC(b) de noviembre de 1928, en el que, según el autor, Stalin formula «*una nueva línea política, que rompe con las resoluciones anteriores del congreso* (se refiere al XVº) y se alinea con las prácticas efectivas de los organismos económicos y administrativos» (pág. 388). Se trata de dos tesis: 1) la que afirma que el factor clave de la industrialización es el desarrollo de la producción de los medios de producción que debe ser asegurado «*a la máxima velocidad posible*». Esta tesis estaría «*en contradicción con las resoluciones del XVº Congreso y no mencionaría el papel fundamental del desarrollo agrícola en la continuidad y el mantenimiento del carácter equilibrado de la industrialización*». Esta tesis sería elevada posteriormente a la categoría de «*ley económica del socialismo*».

2) La que afirma que para resolver el retraso de la tasa de crecimiento de la agricultura sobre la de la industria es necesario «reconstruir la agricultura sobre una nueva base técnica». «La transformación de las formas sociales de producción parece aquí estar subordinada a la de las técnicas...» (págs. 391-392).

Las páginas citadas en segundo lugar (462 a 540) corresponden al capítulo III^o de la IV^a parte: «La formación ideológica bolchevique y sus transformaciones». Nos limitaremos a enunciar algunos de los problemas de que trata: la concepción economicista-tecnicista de las fuerzas productivas y la primacía otorgada al desarrollo de la técnica; la concepción del «desarrollo social» como efecto del desarrollo de las «fuerzas productivas»; la idea de que las concepciones ideológicas del campesinado pueden ser «corregidas» mediante las transformaciones técnicas en la agricultura; la teoría de la «revolución por arriba» llevada adelante por el Estado, a la que las masas aportan simplemente su «apoyo»; la teoría de «principio de totalidad» afirmada por Stalin en «Materialismo dialéctico y materialismo histórico»; la tendencia a identificar partido, Estado y proletariado, la tendencia a identificar partido y teoría marxista y la tesis del predominio de la unidad sobre la contradicción.

De esta última tesis errónea pone Bettelheim un ejemplo que tendría consecuencias políticas muy importantes en el desarrollo de la lucha política en el partido bolchevique y en el tratamiento que Stalin daría a las contradicciones internas del partido.

«El efecto más inmediato (de la teoría del predominio de la unidad sobre la contradicción)... concierne a las condiciones de funcionamiento del partido, corresponde a la afirmación de la tesis política del carácter necesariamente «monolítico» del partido...» (pág. 510). Estas ideas (que por otra parte fueron compartidas con frecuencia por la «oposición») llevaría a graves errores en el tratamiento de las divergencias internas. En las páginas 421 a 424 trata del autor precisamente de la forma en que fue llevada a cabo la depuración del partido decidida por la XVI Conferencia del Partido (abril de 1929). La depuración fue planteada en términos organizativos y no de movimiento de masas. Se pide que sean expulsados los partidarios de diversas corrientes disidentes en el partido bolchevique. «Tales formulaciones permiten excluir a los que expresen reservas a propósito de ciertas apreciaciones mantenidas por la dirección del partido sobre la situación económica o política, o que extraigan de estas apreciaciones conclusiones prácticas diferentes.» «De lo que se trata no es de una actividad, sino de opiniones, incluyendo opiniones supuestas, puesto que la resolución (de la XVI^a Conferencia) habla de opiniones «solapadas» que deben ser objeto de una lucha «sin cuartel»...» (pág. 422).

El tema es del mayor interés y es uno de los que los chinos han formulado más claramente en sus críticas a Stalin; ha sido también objeto de toda una teorización de Mao sobre el «tratamiento de las contradicciones» no antagónicas, en concreto de las contradicciones en el partido.

Aunque puede sonar a tópico, terminaré diciendo que se trata de un libro de gran interés no sólo por lo que estudia, sino por las sugerencias de estudio que abre a los marxistas-leninistas. Es de esperar que Siglo XXI no tarde demasiado en publicar la traducción.

Miguel Jiménez Aleixandre

NOTAS:

1) París. Senil 1976.

2) Curiosamente en un artículo firmado por Wang Che de críticas «a los cuatro» (reproducido en Vent D'est n.º 6, pág. 4 a 8) se utiliza como argumento la cita del mismo artículo de Engels (sobre la autoridad) que Bettelheim (pág. 231) pone el solfa.

información

FANSHEN. LA REVOLUCION EN UNA ALDEA CHINA, DE W. HINTON

Este libro es fruto de una larga estancia del autor en la aldea de Long Bow como observador en el seno de un equipo de trabajo enviado por el Gobierno Popular y el Partido Comunista Chino a lo largo del año 1948, (esta aldea había sido liberada en 1945) con el objeto de estudiar las experiencias de la reforma agraria en esa aldea.

El libro es un manual imprescindible para todo estudioso de los problemas agrarios pues es un estudio riquísimo en datos y en experiencias no solo de los cambios de la vida material de los campesinos sino también de cómo estos procesos remodelaban su propia conciencia.

Por otro lado es un libro básico para comprender la revolución china (los años que van de 1945 a 1949, año del triunfo de la revolución) al tiempo que explica como las diferencias entre las dos líneas que se han de enfrentar a la Revolución Cultural se encuentran ya en este periodo.

Un libro importante y, aunque largo, ameno.

(Barcelona, Editorial Laia, 800 pp.)

FRENTE CULTURALES Y MOVILIZACIONES DE MASAS, DE A. Y M. MATTELART

En períodos de agudización de la lucha de clases, la cultura explicita su carácter de clase y el papel de los medios de comunicación, como productores de ideología, pasa a un primer plano. Armand y Michelle Mattelart, conocidos investigadores de los «mass media», vivieron esa experiencia en los tres años del experimento allendista en Chile. Los Mattelart exponen, en un libro que puede considerarse como imprescindible para cualquier estudioso de la ideología de los medios de comunicación, cómo en el período de la Unidad Popular los esfuerzos de la izquierda para poner una ideología al servicio del pueblo fueron por detrás de la misma lucha de clases y cómo, como consecuencia de lo anterior, «los reaccionarios aprendieron más rápidamente que las masas», en palabras de Fidel Castro. La falta de equilibrio y de conexión entre lucha ideológica y lucha en la calle fue uno de los motivos del fracaso final del proyecto Allende, ya que la política de los sectores populares con respecto al sistema de comunicación de la burguesía fue siempre defensiva, y no sobrepasó tal plano.

(Editorial Anagrama, Elementos Críticos, 255 pp.)

bibliográfica.

TEMÁTICA DEL MARXISMO. SINTESIS CONCEPTUAL DEL PENSAMIENTO DE SUS FUNDADORES. (2 vols.)
JUAN DEL TURIA

RELATOS DE UN GUERRILLERO COMUNISTA ESPAÑOL,
DE JOSE GROS

LOS CINCO PRIMEROS CONGRESOS DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA. MANIFIESTOS, TESIS Y RESOLUCIONES. (4 tomos)

Nos encontramos aquí con un libro insólito en nuestro panorama editorial. Se trata de una selección de textos de los fundadores de marxismo y de los que han llevado (o intentado) llevar a la práctica la transformación de la sociedad que dicha teoría exige. Pero toda selección de textos implica una elección y en ésta están implícitas las peculiaridades e intenciones ideológicas y políticas del autor. J. Del Turia aclara en su introducción que la finalidad de esta obra es facilitar un instrumento de trabajo frente a los «... *nuevos revisionistas (que) dentro del campo ortodoxo se lanzan otra vez contra los puntos más sensibles del marxismo: la lucha de clases, la dictadura del proletariado, la concepción marxista del Estado, es decir, los puntos menos simpáticos y digeribles para la burguesía, declarando caducos estos conceptos y calificando de dogmáticos a sus defensores...*» Y el profesor Bermudo, prologuista de la obra constata la utilidad de un trabajo que «... *pone al alcance de amplios sectores sociales una materia prima que favorecerá la asimilación y el uso del marxismo, que potenciará el uso del marxismo como guía en el análisis de la realidad concreta y en la acción encuadrada en tales análisis.*»

(Barcelona, Editorial Cinc D'Ors, 1977)

La recuperación de nuestra historia más reciente, de nuestra memoria colectiva, empieza a tomar forma escalonada. Este es el caso de estos relatos de la vida guerrillera en los que un militante del P.S.U.C. (Partit Socialista Unificat de Catalunya) deja constancia de como fue el peregrinar de los combatientes republicanos, su lucha contra el nazismo en Francia y la URSS, y de nuevo la vuelta a combatir —esta vez clandestinamente— contra el enemigo instalado en su propio país. Desde el punto de vista histórico proporciona datos de primera mano para conocer la política que siguió el Partido Comunista de España en relación a las guerrillas que operaban en el interior y su valoración en torno al necesario fin de las agrupaciones guerrilleras.

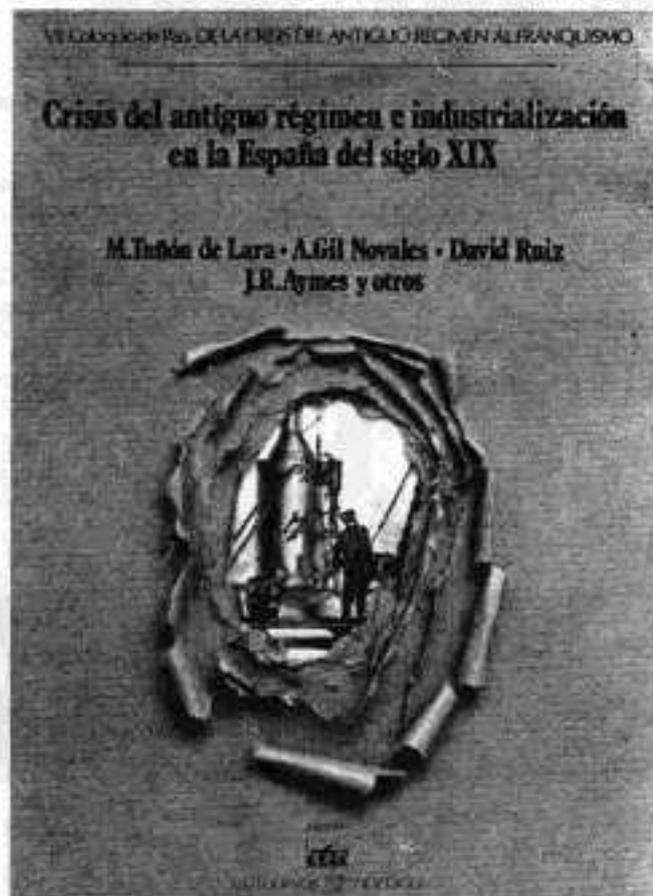
(Barcelona, Editorial ATE, 1977)

La editorial argentina Cuaderno de Pasado y Presente nos presenta en sus números 43, 47, 55 y 56, cuatro tomos que recogen el material referente a los cinco primeros congresos de la Internacional Comunista y no promete la publicación del que se refiere al VI (1928) y al VII Congreso (1935).

La tarea de poner al alcance de un público más amplio los documentos de la Internacional Comunista no parece encomiable pues es muy necesario hoy día analizar críticamente la experiencia del movimiento comunista internacional para resolver multitud de problemas que nos aquejan. La lucha contra el peligro de fascismo, la unidad de las fuerzas obrera y populares, las posibles bases de los revisionismos posteriores, entre otros, son los problemas que abordan estos Congresos y en sus soluciones tanto justas como erróneas podemos aprender de la práctica del Movimiento Comunista Internacional.

(Buenos Aires, 1973 y 1975).

CUADERNOS PARA EL DIALOGO - VII COLOQUIO DE PAU



DE LA CRISIS DEL ANTIGUO REGIMEN AL FRANQUISMO

Dos volúmenes, de 280 y 310 páginas, respectivamente, con las aportaciones de los historiadores y estudiosos, españoles y franceses, al Coloquio convocado por el Seminario que dirige Tuñón de Lara.



(Divulgación Universitaria 111)
La «influencia» patronal en el movimiento obrero español.



(Divulgación Universitaria 114)
Un libro clásico sobre un tema poco conocido.



(Divulgación Universitaria 47)
Ensayo crítico en torno al papel de la educación en el capitalismo.

DISTRIBUCIONES DE ENLACE

Ausias March, 49 • BARCELONA, 10 • Teléfono 245 54 23



el carabo

DITOR: Servicio de Ediciones Científicas. Sociedad Anónima.
DIRECTOR PERIODISTA: Joaquín Estefanía Moreira.
DISEÑO GRAFICO: Roberto Turégano.
SECRETARIA: Carolina Hardison.

PROMOTORES Y COLABORADORES

Catalunya: Joan Carretero, Anna Mercadé, Joan Senent-Josa y Francisco Tauste.

uskadi: Pedro González, Rafael Simón (Alava); Tomás Arteaga, José Luis Barbería, Miguel Castells, Jesús Leguina, Higinio Otazu y Paco Letamendía (Guipúzcoa); Javier Echeverría, Vicente Huici y Miguel Lacasta (Navarra); Gregorio López Irsuegui (Vizcaya).

Galicia: Enrique Alonso Quintás.

Madrid: Rodrigo Bercovitz, Juan José Castillo, Joaquín Estefanía Moreira, Angel García Pintado, José Gómez Navarro, Teresa González Calvet, Gustavo Jaso, Angel Martínez G. Tablas, Mario Muelas, Carlos Prieto y Juan Zapata.

Murcia: García Navarro.

País Valenciá: Isabel Bermell, Amparo Bolumar Montrull, Alfonso Cano, Pilar Muñoz, Julio Pérez Perucha, Vicente Tirado Jiménez y Jacinto Turégano.

EL CARABO no se identifica necesariamente con las opiniones de los artículos firmados, que pertenecen a la responsabilidad de sus autores. ★ EDITA: S.E.C.I.S. Peñascales, 42. Madrid ★ INSCRITA EN EL REGISTRO MERCANTIL DE MADRID HOJA 30.187.F.156.T.3.80 General 3.056. SEL. 3.º ★ Teléfono 2 45 81 44. C/ Secisa, c/c. 11.038. Banco Hispano Americano. Suc. Doctor Gómez Ulla. 2. Madrid-28. ★ APTDO. 1315 - MADRID ★ Depósito legal: M.28.268 - 1976 ★ Fotocomposición Imposa-Tecnigraf. Juan de Ollas, 12 - Madrid 20 ★ Impresión: Hijos de E. Minuesa, S.L. Ronda de Toledo, 2 Madrid-5.